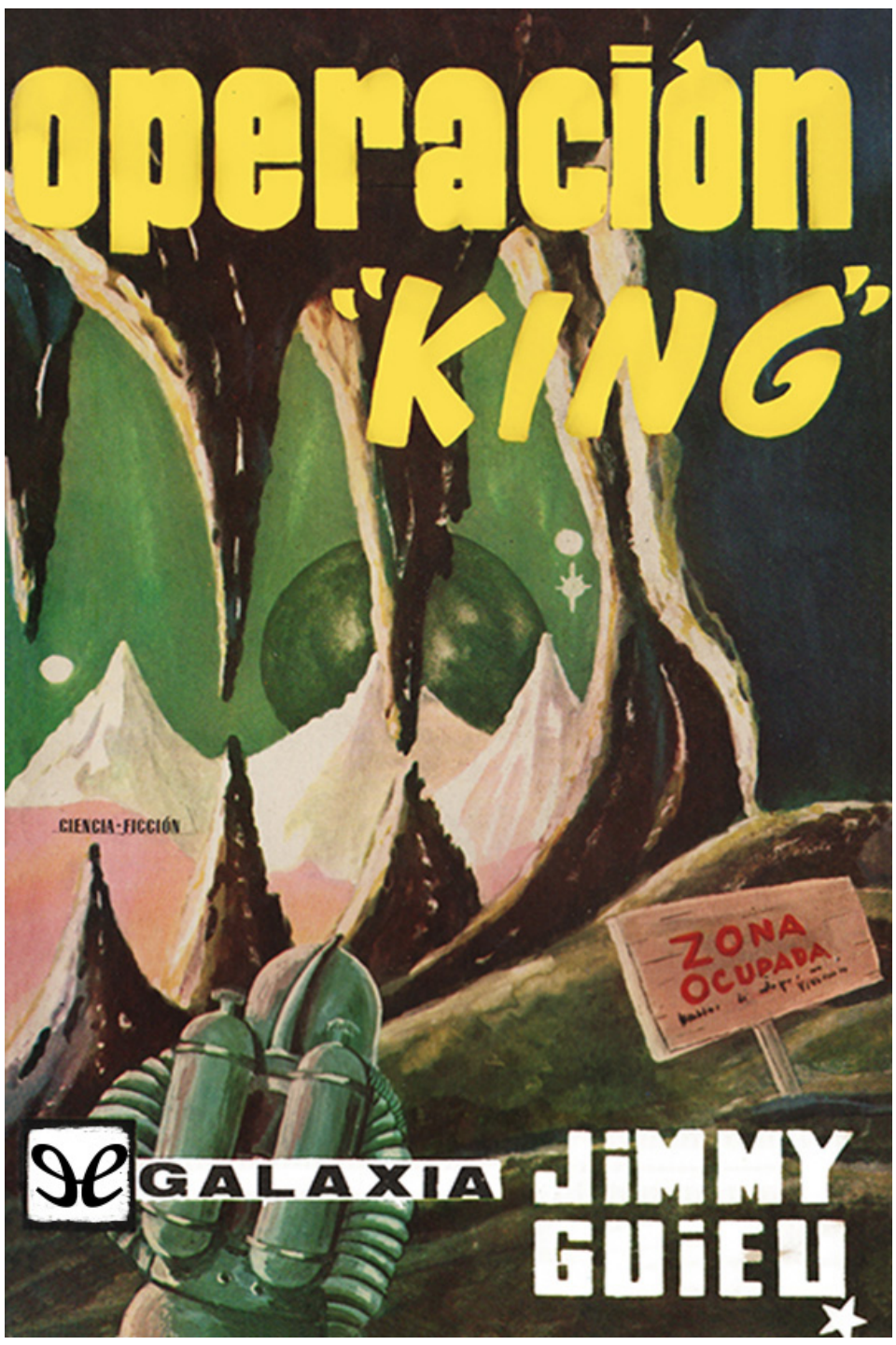


operación "KING"



CIENCIA-FICCIÓN



GALAXIA

**JIMMY
GUEU**



La «Space King» es la nave estelar que debe arribar al cercano Marte. Este proyecto americano, el no va más de la ingeniería tecnológica, también tiene por objetivo batir a los rusos en la carrera espacial. Pero Dave Sheridan, el piloto de la nave, es abordado por un desconocido que le ordena que no vaya a Marte.



Jimmy Guieu

Operación «king»

Galaxia - 02

ePub r1.1

Titivillus 09.05.16

Título original: *Projet «king»*

Jimmy Guieu, 1963

Traducción: José Ferrer Aleu

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

Erizado de antenas parabólicas y pantallas de las pilas fotoeléctricas o fotopilas de facetas que brillaban con un resplandor fijo, el satélite artificial *Omega 9* proseguía sin ninguna variación su ronda orbital cuyo apogeo lo alejaba a mil setecientos treinta kilómetros de la Tierra. Los soportes de sus células fotoeléctricas de silicio, desplegados a uno y otro lado del casco, habían determinado a los equipos de técnicos americanos que desde hacía años venían relevándose a bordo de la nave, a darle el remoquete de «Mariposa».

En una órbita sensiblemente inferior gravitaba el *Space King*, la astronave gigante cuyos elementos habían sido reunidos y montados en pleno espacio por los cosmotécnicos de la estación espacial *Omega 9*. Un trabajo sumamente delicado y de gran empuje que se había empezado cuatro años antes, durante la primavera de 1969.

Aparte su aspecto, este «Rey del espacio» —comúnmente llamado *King*— no tenía nada parecido al aerodinamismo de las astronaves que uno se imagina a causa de los dibujos fantásticos, esas imágenes de las novelas de ciencia ficción o de anticipación, tan corrientes.

El artefacto estaba constituido básicamente por tres enormes depósitos cilíndricos («salchichas» en la jerga de los cosmotécnicos); de un diámetro aproximado de treinta metros, y una longitud de setenta cada uno. Estaban unidos longitudinalmente de manera que su sección transversal adoptaba la forma de un trébol. Entre los tres elementos aparecía insertado una especie de fuselaje; con una cúpula en metaloplástico que tomaba la forma de un hongo sobresaliendo del conjunto. El tallo de este gigantesco hongo albergaba cuatro cubiertas superpuestas, sobre las salas de

máquinas y las bodegas. El *King* ofrecía, además, en la base, un ramo de toberas en forma de embudo, para la propulsión nuclear.

A lo largo de los potentes armazones metálicos paralelos a los depósitos, se habían fijado dos cohetes de desembarco adosados a las correspondientes catapultas de lanzamiento. Eran unos cohetes de tres pisos, que más parecían unos sencillos torpedos pegados a la coraza de ese titán de extraña figura. Extraña, pero racional dentro del vacío espacial, en el cual las curvas aerodinámicas no hacen la menor falta. En realidad este aparato había sido concebido para colocarlo en órbita como satélite de algún planeta, no para aterrizar en él, misión que estaba reservada a sus cohetes-hijuelos de desembarco.

Para equilibrar su apariencia, al otro lado del *King*, podían verse unos depósitos que podían ser desprendidos, rodeados de cohetes de retropropulsión para la maniobra de posarse en cualquier otro mundo. En caso necesario, estos depósitos suplementarios podrían alimentar de combustible los cohetes de desembarco convertidos en aparatos de reconocimiento.

Gravitando a la misma velocidad que *King* sobre su propia órbita, diversos materiales aparecían «flotando» a su alrededor: planchas de blindaje, contenedores, rollos de cables y algunas piezas de desecho que los cosmotécnicos en sus escafandras de vacío (vidoscafos), equipados con reactores dorsales, reunían para ser acomodados en las bodegas del *Omega 9*.

La cabina superior del satélite artificial —cinco metros de diámetro por tres de altura— estaba provista de dos ventanillos rectangulares. Su tablero de mandos comprendía cinco pantallas de televisión. Dos de estas recibían imágenes transmitidas por dos telescopios ópticos, uno de los cuales estaba destinado exclusivamente a las observaciones astronómicas. Este, en la actualidad, estaba en servicio en manos del astrónomo Dean Rushlow. Tendría unos treinta años, pelaje color zanahoria y a pesar de su mono de uniforme no conseguía disimular su delgadez extrema.

A su lado y de no mayor edad, estaba el eminente ingeniero piloto: el comandante Dave Sheridan, especialista en electrónica, que había seguido la construcción del *Space King* desde muy cerca y en sus menores detalles, para convertirse más tarde en su piloto. El

tercer personaje, embutido también en su traje especial para el vuelo, era el coronel Floyd

O'Malley,

futuro jefe de la expedición de la «Operación King». Tenía más de cuarenta años, cabellos en forma de cepillo, muy rubio.

O'Malley,

con su aspecto un tanto rígido, con inflexiones algo cortantes en su voz, difícilmente habría podido ser tomado por un civil, aun sin llevar uniforme.

Después de una ojeada al cronógrafo de a bordo, exclamó:

—Son las 05:18 en Vandenberg. Me pregunto qué diablos estarán haciendo «allá abajo».

—Pero, mi coronel, están simplemente esperando que el cohete haya alcanzado la distancia requerida —respondió el astrofísico Dean Rushlow, con un aire de tanto me importa, a lo cual le autorizaba su calidad de civil.

—Con su obsesión por precisar las cosas, aun cuando estas a causa de la enorme distancia toleran un confortable margen, van a conseguir que los rusos nos fastidien. Por una vez que les llevamos, al parecer, una considerable delantera, van a ver ustedes cómo sus bengalas de colores van a lucir mucho antes que las nuestras.

—Debo advertir por anticipado —objetó el comandante Sheridan— que el hecho de que nuestra bomba nuclear estalle a ciento cuarenta o ciento cincuenta millones de kilómetros de distancia de la Tierra, tiene muy poca importancia. En el terreno práctico es otra cosa. Todos nuestros cálculos han sido efectuados para estudiar los efectos de esta explosión espacial a una distancia bien precisa. Ahora bien, si tenía que ocurrir antes o después del punto de referencia, deberíamos rehacer todos nuestros cálculos.

—No me dice usted nada nuevo. ¿Pero, qué necesidad tenemos de hacerla estallar tan lejos? Sabemos, hasta donde nos es posible, que los rusos, por su parte, han lanzado dos cohetes hace unos veinte días y otro ayer por la noche. La primera, todo nos lo hace suponer, contenía una carga H experimental, como la nuestra. Si su proyectil estalla antes que el nuestro, todo el mundo se divertirá a nuestra costa, diciendo que continuamos como siempre, a remolque, etc., etc. Ya conocen ustedes la canción.

—Sí, desde luego, la conozco, coronel —sonrió Dave Sheridan—.

Pero no es menos cierto que en diez años hemos recuperado nuestro retraso con respecto a los rusos, y que dentro de tres días, el 1 de agosto del año de gracia de 1973, el *Space King* surcará los aires en dirección al planeta Marte. No sé exactamente lo que cocinan los rusos, pero tendría una gran sorpresa si en este aspecto hubieran conseguido algo más que nosotros.

—No sé si lo han hecho mejor que nosotros —gruñó el coronel O'Malley

—, pero en cualquier caso, el artefacto que lanzaron ayer por la noche desde Baikonur, como pudimos ver a través de esta pantalla, era algo grandioso, de unas dimensiones que impresionaban, casi tan grande como nuestro *King*. Y esto me causa desazón. También fue montado y reunidas sus piezas en una órbita espacial, digamos de espera. Y asimismo, o quizá antes que nosotros, se halla en ruta hacia Marte. Si la bandera roja con la hoz y el martillo consigue ondear antes que la nuestra sobre ese planeta, ya podemos prepararnos. El *Space Queen*, una versión más depurada del *King*, está aún en construcción y su terminación dependerá en todo caso del presupuesto adicional que el Senado tiene aún en estudio para su aprobación. Un éxito a medias en nuestra carrera hacia Marte, sería una catástrofe que la oposición aprovecharía para destacar que ya llevamos gastados demasiados millones de dólares sin haber conseguido ningún resultado que lo justifique. Con lo cual el presupuesto solicitado para 1974, sería reducido en un buen mordisco de la partida que nos es necesaria y con la cual contamos.

—Permítame usted, mi coronel —intervino el jefe piloto—, pero me parece que están dramatizando prematuramente. Sea lo que sea, y dondequiera que se hallen los rusos en sus trabajos respectivos, nada podemos hacer para acelerar nuestra labor, que ha sido llevada con gran celeridad. El *King* ya está dispuesto; terminada su puesta a punto final, mientras han sido llevadas a su bordo las reservas alimenticias precisas para el viaje, tomará la salida dentro de tres días exactamente. Esperemos haber llegado a Marte para poder determinar con claridad, quién de los dos, Este u Oeste, ha ganado el combate.

Dean Rushlow, el astrofísico, observó a su vez:

—Es indudable que nosotros nos hemos apuntado un tanto en nuestro haber, cuando el año pasado mandamos a Marte nuestro

Explorador, ese auto-oruga laboratorio, por medio de un cohete automático.

—¡Vaya una cosa! —rezongó el coronel

O'Malley

—. ¿Acaso estaba usted allí para poder afirmar que los rusos no hablan mandado otro *Explorador* antes que el nuestro?

El sonido nasal de un altavoz puso fin a su discusión.

—Puesto de Mando de Vandenberg a *Omega*, 9. Corto.

—*Omega* 9 a Vandenberg —respondió Rushlow—. Se oye muy bien. Corto.

—Se recibe bien. Atención: H menos tres minutos. Pruebas de imagen. Corto.

Rushlow conectó el circuito TV del telescopio a la red terrestre y, al cabo de unos segundos, la base de Vandenberg anunciaba:

—La calidad de la imagen es excelente. No es comparable, desde luego, a la conseguida por el observatorio astronómico de Flagstaff. Atención: H menos dos minutos diez.

Sobre la pantalla aparecía la imagen telescópica del espacio lleno de estrellas de un brillo fijo. Y entre estas brillantes estrellas oscilaba un destello pulsante intermitente: se trataba de un láser adaptado a un cohete automático portador de una potente bomba termonuclear.

—H menos un minuto...

Sin apartar la vista de la pantalla, el astrofísico observó con ironía.

—Otro momentito más y el «secreto» con que ha sido rodeada esta experiencia ya no lo será. Gran parte de los observatorios situados en la zona donde ahora es de noche la podrán observar con sus aparatos, ya que esta explosión ha sido anunciada por Teller desde hace mucho tiempo.

Encogió los hombros al decir:

—Esta manía del secreto es una verdadera obsesión.

—Usted es un sabio, Rushlow —rezongó el coronel

O'Malley

—, y los militares de la Casa Blanca razonan de muy distinta manera. Después de nuestros primeros fracasos tan estruendosos, al principio de la conquista del espacio, nos hemos dado por fin cuenta de la importancia que tiene ser algo más discretos... Aunque

sólo fuera para no tener que avergonzarnos en caso de otro fracaso. Claro está que no ha podido guardarse una absoluta reserva, después de emplear cuatro años en la construcción de *Space King* en esa órbita de espera. Sin embargo, las experiencias conjuntas no deben ser dadas a conocer hasta el último instante... Si no podemos pasarnos de ello.

—H menos veinte segundos —anunció ahora el altavoz.

Las miradas convergieron en la pantalla donde, a intervalos regulares, parpadeaba el *Láser* del cohete teledirigido.

—H menos cinco segundos, cuatro, tres, dos, uno, cero... —desgranó la voz nasal—. El cronometraje adicional empezará a contarse dentro de seis minutos. Terminó.

—Tomada nota. Dentro de seis minutos. Corto —respondió el astrofísico antes de cortar el contacto.

Consideró durante unos instantes el parpadeante cohete que «latía» sobre la pantalla, tomó el cigarrillo que le ofrecía Dave Sheridan y manifestó:

—Por lo menos no me negarán, que es algo que desorienta, el hecho de pensar que esta imagen que estamos viendo ya no es otra cosa que la de un artefacto fantasma.

—Un poco sí, lo confieso —respondió el coronel O'Malley,

sin apartar los ojos de la pantalla en donde aparecía y desaparecía regularmente, el brillo del intermitente del cohete—. Hace unos cuarenta segundos... poco más o menos, que ese artefacto hizo explosión en el espacio, a causa de una gigantesca reacción termonuclear; sin embargo, continuamos viéndolo en la pantalla.

—Y lo continuaremos viendo durante más de ocho minutos aún, ya que los rayos luminosos que transportan su imagen han de recorrer, hasta llegar a nosotros, ciento cincuenta millones de kilómetros, que a la velocidad de la luz, trescientos mil kilómetros por segundo, significan esa diferencia de algo más de ocho minutos en recibir la imagen de la explosión.

Estaban fumando su segundo cigarrillo, cuando la base de Vandenberg restableció el contacto con ellos. Dean Rushlow respondió:

—*Omega 9* a Vandenberg. Se oye muy bien. Corto.

—Cronometraje adicional: H más seis minutos. Muy bien

todavía, por la imagen. Volveremos a llamar a H más ocho minutos. Corto.

—Estoy pensando el que no harían los periodistas y los radio-reporteros para lograr asistir a esta escena —manifestó O'Malley

—. Nuestros colegas de Moscú también, de seguro...

—No hay ningún temor de que un radiorreceptor de aficionado, ni de algún agente del Este, consiga interceptar nuestras conversaciones con la base —sonrió Dave Sheridan—. Nuestras relaciones por radio se realizan no sólo en frecuencias variables sino, además, mediante un sistema código-descifrador automático y electrónico que filtra la emisión y la recepción. Sobre este mismo principio deberán desarrollarse nuestras futuras relaciones con la Tierra después de nuestra partida con el *Space King*.

—H más ocho minutos. Fin a los ocho con once... Atención: ocho minutos cinco segundos... Ocho, nueve, diez..., ¡FIN!

Sobre la primera pantalla, el punto luminoso se convirtió en una fantástica bola de fuego, con una luz cegadora que se hinchaba para descomponerse luego en nubes púrpuras y violáceas, como una maléfica flor cuya corola devoradora borraba las estrellas e incendiaba el espacio.

Súbitamente, en la periferia de este monstruoso globo de radiaciones, aparecieron dos destellos de luz, mucho más débiles y casi inmediatamente anegados en la fabulosa luminosidad globular, que, al cabo de pocos instantes, se reabsorbió, para desaparecer en la negrura del espacio tan efímeramente perturbado por ese cataclismo «local».

—¿Han visto ustedes esos dos puntos luminosos que han aparecido en el borde del «hongo» termonuclear?

—Sí, mi coronel —afirmó el ingeniero piloto—. No tengo la menor idea de qué puede ser. ¿Y usted, Rushlow?

La mueca del astrofísico no precisaba más palabras. Intentó, no obstante, formular una hipótesis cuando el altavoz rezongó.

—Vandenberg a *Omega 9*... ¡La visión ha sido excelente! Los distintos relés han filmado sin dificultad todo el desarrollo de la explosión. El director del observatorio de Flagdtaff, Arizona, nos va a dirigir la palabra, Rushlow. Les pasamos la comunicación...

Después del «clic» acompañado de un silbido, una nueva voz se

dejó oír:

—Observatorio Lowell a *Omega 9*... Estamos satisfechos de saber que todo marcha satisfactoriamente, Rushlow. Sin embargo, precisamos una referencia: ¿se debe, quizá, a un efecto óptico, una anomalía de vuestro aparato o bien han habido realmente dos destellos luminosos en la periferia del campo de la deflagración?

—El fenómeno ha sido bien real, profesor; hemos podido observarlo directamente, pero no le puedo indicar la naturaleza del mismo. Es posible que el análisis espectral nos facilite más datos sobre este asunto. No es imposible que dos meteoritos, de talla suficiente, se encontraran en ese instante sobre el mismo campo de la explosión termonuclear, que los habría volatizado.

—Ya pensé en esto, que me parece ser lo más evidente. Volveremos sobre la misma cuestión lo antes posible. ¿Van a regresar hoy, verdad?

—Dentro de una hora, profesor —sonrió el astrofísico—. Me parece que me he ganado algunos días de permiso sobre la tierra firme. Hasta pronto, profesor.

Un nuevo «clic» y se oyó otra vez la voz de Vandenberg.

—El cohete de la tripulación que debe relevarlos está en camino. Estará en órbita dentro de unos minutos. Está prevista la «reunión» a las seis y siete minutos. Estén preparados para abandonar el satélite. Corto.

—Estamos prestos —confirmó Rushlow—. Termino. Corto.

Enfundados dentro de sus desagradables vidoscafes de miembros abotagados, la cabeza metida dentro de un casco esférico de hiperdelrín, con la cara escondida en parte detrás del enchufe del inhalador de oxígeno, el coronel

O'Malley,

el astrofísico Rushlow y el comandante Dave Sheridan salieron del departamento de descompresión. Cogidos con una mano a los soportes de socorro colocados en la estrecha plataforma, contemplaban desde allí la formidable masa de la Tierra que, bajo sus pies, seguía su gigantesca órbita.

No muy lejos de las costas de California, el Pacífico estaba sumergido todavía en plena noche. La Luna acababa de desaparecer

detrás de la curvatura del globo. Al norte del continente, Alaska y una parte del Canadá continuaban invisibles, disimulados por el creciente de las tinieblas que, partiendo verticalmente la Tierra en dos mitades, iba disminuyendo a medida que su rotación y el desplazamiento de la estación espacial iban mostrando esta salida del sol.

Los tres hombres estaban contemplando este espectáculo sobre la inmensidad gris azulada del Pacífico. A la «derecha», como si flotara una inmensa pelota de goma, el gigantesco *Space King* formaba pantalla y el sol, a través de su estructura de viguetas y postes, proyectaba sobre ellos y sobre el casco de *Omega 9* una inexplicable maraña de formas y de luz, de bien delimitados contornos a causa de la ausencia de atmósfera.

Como si se tratara de una nube de insectos, los cosmotécnicos o «cosmotecs», siguiendo una costumbre cariñosa consagrada por el uso, evolucionaban en torno al mastodonte de metal. Orientando a su conveniencia sus reactores dorsales, parecían efectuar un extraño *ballet* en el vacío.

La voz de Sheridan tronó en los receptores de sus compañeros:

—Los cosmotecs están jugando a los crucigramas para conseguir unir todas esas piezas sueltas, que les quedan en su «taller». Es una endiablada tarea para meter todo el sobrante en los sollados de *Omega 9*.

—Simple rutina —indicó el coronel Floyd O'Malley

—. Mañana, el satélite cambiará de órbita para aproximarse al segundo taller espacial, actualmente en las antípodas. El *Space King* está ya muy adelantado; no serán precisos más de tres o cuatro meses para terminarlo totalmente.

—Dicho de otro modo —subrayó el ingeniero piloto—, estará listo para navegar por el espacio antes de nuestro regreso de Marte. Es confortador saberlo para el caso de que algo no fuera demasiado bien «por allá».

O'Malley

dejó oír una risita sarcástica:

—Si algo iba mal, como dice usted, Sheridan, no hay que pensar en una intervención rápida: el *Space King* necesitará al menos unos veinte días para recorrer todo ese trayecto.

—¡Vaya, vaya!, un récord claramente superior al nuestro, ya que precisaremos treinta y cinco días para alcanzar el planeta rojo.

—Sí, será un récord del cual nuestros nietos se reirán dándose palmaditas en sus muslos. Encontrarán lo más natural que sus aparatos, unos artefactos antigravitacionales, por ejemplo, realicen el trayecto Tierra-Marte en tres cuartos de hora. Y nosotros no podremos criticar sus burlas: ¿no nos estamos divirtiendo acaso, al contemplar los «gallineros» fabricados por Bleriot, con bastante injusticia? Debemos convenir en ello, si se tiene en cuenta la considerable cantidad de riesgo y de trabajo que representaba en su época de optimismo y coraje que eran necesarios entonces, para llevar a buen término, ante las burlas de sus contemporáneos, y en especial de los sabios, una tarea de aquella enjundia.

—¡Ah, ahí llega el relevo! —anunció el astrofísico.

Con el casco brillando al sol, el cohete iba agrandándose a ojos vista. Colocado en una órbita muy próxima a la del satélite, el aparato que transportaba el equipo de relevo accionó sus retro-propulsores y, gradualmente, sincronizaba su velocidad a la del *Omega 9*.

Perfectamente establecida ya la maniobra de las citas espaciales, después de muchos años de ensayos y pruebas, ésta se llevó a cabo sin previos tanteos y, muy pronto, no había más que unos veinte metros entre los dos aparatos. La escotilla de salida del cohete desapareció, dejando ver un rectángulo de luz sobre el cual se destacaban las siluetas macizas de tres hombres vestidos con sus vidoscafos.

Movidos por sus reactores dorsales, los dos grupos se lanzaron al vacío para saludarse, agitando las manos mientras se dirigían unos y otros a sus respectivos puestos de destino. Los cosmotecs tomaron plaza en el *Omega 9*, mientras el coronel

O'Malley

y sus compañeros abordaban con toda suavidad en el cohete.

En el cohete que, pilotado por Dave Sheridan iba a abandonar su órbita para reintegrarse a la Tierra...

A las once, después de haber sufrido el examen médico-biofisiológico, Dave Sheridan fue declarado en excelente estado de

salud, lo que ya suponía el interesado, mientras recibía de manos del médico jefe de la Base de Vandenberg de las Fuerzas Aéreas, el permiso para regresar a «su hogar». En este caso se trataba de tres días de permiso para prepararse al gran viaje hacia si planeta Marte. La aventura más fantástica que el hombre hubiera intentado jamás.

No necesitó ni una hora el Plymouth a turbinas del comandante Sheridan para recorrer los doscientos kilómetros de autopista que separan Vandenberg de Los Angeles. Una «corta» hora, durante la cual *Omega 9* había dado una vuelta completa a la Tierra.

Muy a su gusto en un ligero traje de krylón muaré, traje de paisano mucho más cómodo que un vidoscafo, Dave dejó su Plymouth sobre la rampa de entrada del garaje de su casa de South Gate, elegante barrio en el centro de Los Angeles, «central» desde la formidable extensión tentacular de esta ciudad, hacia el este y el noreste.

Su coche confiado a los cuidados de un buen mecánico, tomó uno de los ascensores de la casa que le subió hasta el piso 17. En el interminable corredor sumido en una suave luz, tanteó sus bolsillos y luego se encogió de hombros: una vez más había olvidado sus llaves en la guantera del coche. Llamó a la puerta de la habitación 729; y una mujer de unos cincuenta años, de formas redondeadas, pequeña y simpática, acudió a su llamada; llevaba un delantal blanco de un material plástico adornado y anudado alrededor de su cintura.

—Buenos días, señor Sheridan —saludó la mujer cordialmente—. Encantada de volverle a ver. ¿No está usted cansado?

—Buenos días, Pearl —sonrió el comandante al entregarle su maleta de pécarí. Era una buena mujer que le servía a un tiempo como cocinera y ama de llaves, y de la cual no tenía más que elogios para prodigarle, después de cinco años a su servicio.

—¿Y qué razón tendría para estar fatigado, Pearl? —insistió satisfecho y divertido.

Con una solicitud bien sincera, Pearl le recibía siempre con la misma pregunta cuando regresaba de cualquier misión, por rutinaria que fuera.

—Caramba, esos viajes en cohete han de ser extenuantes, a la larga.

—No más que conducir un coche. Ya no se trata de aquellos viejos trastos de 1965...

—¡Oh el progreso! —suspiró la mujer, moviendo la cabeza—. Llama usted cacharros a los primeros cohetes pilotados y habla del año 1965 como si se tratara de una época prehistórica. Y apenas hace ocho años de todo ello.

—Usted lo ha dicho, Pearl. El progreso —bromeó—. Bueno, veamos qué hay de nuevo. ¿Correo?

—Una carta de sus padres, algunas revistas y dos llamadas de una joven...

—¿Clara? ¿Joyce?... ¿Nancy, quizá? —se rió.

—Es una mujer que no ha querido dar su nombre.

—¿Cómo era?

—No sabría decirle, señor Sheridan. Jamás ha conectado el circuito de la imagen a su teléfono. Su primera llamada fue hace cinco días; le dije entonces que no llegaría usted a casa hasta dentro de unos días. Esta mañana, sobre las ocho, ha vuelto a llamar. Le he confirmado que no estaría usted en casa antes de las diez.

—¿Quién será, y qué puede desear? —dijo ahora Sheridan, como si hablara consigo mismo.

Pearl encogió los hombros poniendo cara de circunstancias, con aspecto más desaprobador que otra cosa. Y, sin embargo estaba acostumbrada a esta clase de llamadas, no tan discretas como ésta, desde luego. Seductor, soltero, dos cualidades, o ventajas, que le valían a su patrón más de una buena oportunidad. Era ella la que en su ausencia, informaba, de una manera muy diplomática por cierto, a las que bautizaba con el nombre, algo irónico, de «corazones destrozados».

Dave penetró en el *living* cuya larga ventana encristalada (inundando de luz y de sol los alegres muebles claros en roble blanco y encerados) recaía sobre el Recreation Park. Un parque de bellas alamedas bordeadas de sicomoros y poncianas, con sus floridos arriates en donde alternaban los magnolios con las mimosas, cuya fragancia embalsamaba la atmósfera.

El comandante Sheridan volvió a colocar sobre la mesa la carta que acababa de leer, hojeó las dos revistas (*Scientific American* y *Electronic Engineer*) y se sirvió a continuación un *bourbon Old Crow*.

—Voy a prepararle para el almuerzo su plato preferido —dijo

Pearl, con familiaridad, desde la cocina—. Una paella como a usted le gusta, bien cargada de mejillones y langostinos.

—Pearl, es usted una auténtica perla —respondió el aludido, mientras comía unas rositas de maíz que extraía de una copa de cristal.

El timbre del visífono dejó oír su tonalidad regulada suavemente. Dave pulsó el contacto del aparato colocado sobre el panel de roble blanco. La pantalla adquirió un tinte lechoso pero no mostró ninguna imagen.

—Dave Sheridan al aparato.

—Me siento satisfecha, por fin, de poder hablar con usted, comandante Sheridan.

La voz femenina tenía una inflexión agradable, cálida, con un ligero acento que hacía sospechar un origen eslavo, sobre todo con las «r» pronunciadas con mucha claridad pero con suaves modulaciones.

—Ha olvidado usted conectar la imagen —le indicó él.

—No se trata de un olvido, sino de una decisión.

—Y tampoco me ha dicho usted su nombre, *miss*...

—No serviría de nada.

—¡Qué lástima! —bromeó—. Déjeme, al menos, hacer un retrato imaginario de usted: algo más de veinte años, rubia, esbelta, con ojos azules desde luego, y dos adorables hoyuelos en las mejillas. ¿Se le parece?

—No se trata de mí, comandante Sheridan, sino de usted —respondió la voz, con un tono de gravedad que le pareció exagerado.

—Bueno, ya que la cosa es grave y se trata de mí, hágame el favor de apear el tratamiento, no me llame más «comandante Sheridan» y emplee de preferencia mi nombre de pila.

—Muy bien, Dave. Escuche ahora con atención: va a abandonar usted su proyectado viaje para el que tanto usted como sus amigos están preparándose tan activamente desde hace tiempo. Va usted a dejarlo *definitivamente*.

Sheridan parpadeó, estupefacto: ¿cómo podía saber nada esa joven de su proyectado viaje? ¿Y hasta *qué punto* estaba informada? Supo controlar su reacción ante la sorpresa, y contestó, bromeando:

—O.K. bella desconocida. Si eso puede satisfacerle, renuncio

desde este instante al *garden party* organizado por mis amigos de San Diego, pero con una condición: que acepte usted almorzar conmigo. Ahora son las diez y veinticinco de la mañana; hasta el mediodía tiene suficiente tiempo para llegarse hasta mi casa. ¿Qué le parece?

—Creo que no me toma usted en serio, Dave. Pero, sin duda me he expresado mal. Me es completamente indiferente que vaya usted o no con sus amigos de San Diego. Lo que no quiero que haga usted, es que junto con sus colegas, sabios y cosmotecs, parta a bordo del *Space King*, el miércoles próximo, 1 de agosto de 1973, con destino al planeta Marte... Así está más claro, ¿no es cierto?...

CAPÍTULO II

Esta vez, Dave Sheridan acusó el golpe.

Tan sólo un grupo de hombres muy reducido sabía la fecha exacta de la partida del *Space King*. Y pocos más sabían que él estaba destinado, él, a ser el jefe piloto de la astronave. ¿Cómo, en tal caso, podía esa mujer conocer tantos detalles?

Dave se detuvo un instante, para lograr dar a su voz una entonación burlona:

—No se canse usted, hermosa mía. No me ha dicho todavía a que clase de juego estamos jugando y aún no sé cuándo me debo reír. ¿Por qué no viene usted a mi casa para explicármelo mejor? Es una invitación, desde luego, pero vale tanto como otra, y la mía tiene la particularidad de ser sincera y sin nada escondido.

—Lo siento, pero no me hallo en situación de poder aceptar su invitación. Dave —respondió la joven, con un candor que le desarmó.

Dave continuaba decepcionado: su intención de herir, no había alcanzado el objetivo; la desconocida permanecía sin alterarse, dueña de sí misma.

—Si insiste usted obstinadamente en llevar a cabo su «Operación King», usted y sus colegas van al encuentro de dolorosos aconteceres. Créame, Dave, renuncie usted a ese viaje.

—Suponiendo que un viaje como ése sea posible en la actualidad, ¿por quién me toma usted para pedirme tal cosa? ¿Por el Presidente de los Estados Unidos? De acuerdo, empecemos la partida, supongamos por un momento que tal proyecto existe y que yo estoy metido en él. ¿Supone usted que en mi condición de técnico en electrónica e ingeniero piloto estoy en situación de conseguir detenerlo? Pequeña, está usted divagando.

—Esta actitud burlona no le va bien, Dave —repuso la mujer—. Acostumbra usted ser algo menos vulgar y por esta razón sus palabras no me afectan. No es más que una *pose*, por su parte, porque está asombrado de ver que tengo tantos datos sobre usted mismo, como sobre el plan de la llamada «Operación King» y su fecha de lanzamiento. Sé también que el *King* llevará a bordo cinco sabios, además de los hombres de tropa, cosmotecs, unos veinte hombres escogidos, pertenecientes a un comando especial. Estos técnicos militares, durante los dos últimos años han sido sometidos a un entrenamiento duro en la región del Black Rock Desert, primeramente; luego sobre una llanura glaciada en las montañas de Davidson, en Alaska, más allá del Círculo Polar.

»Sé, por otra parte, que el coronel Floyd O'Malley dirigirá la expedición y que, como jefe piloto del *King*, tendrá usted el rango de comandante a bordo. En fin, sé también que el viaje durará treinta y cinco días, la estancia en Marte será de tres meses y que regresarán a la Tierra el 10 de enero de 1974.

Este alud de precisiones le dejó estupefacto, pero la desconocida prosiguió después de una pequeña pausa:

—Colocado en órbita de satélite alrededor de Marte, el *King* soltará uno de sus cohetes de desembarco que irá a posarse en la región ecuatorial, si ello fuera posible, no muy lejos del mismo lugar en donde hace un año, el cohete teledirigido soltó su laboratorio sobre un auto-oruga, el *Explorador*, laboratorio automático que les ha facilitado informaciones preciosas sobre la aerografía y la aerofísica.

Dave que no podía confirmar en ningún caso la veracidad de tales informaciones, tuvo que refugiarse en su habitual sistema de defensa:

—Todo esto es muy apasionante. Tendría que escribir usted un libro para que las buenas gentes sacaran de él algún provecho, también. Mientras tanto, dígame usted su nombre. Y déjese ver usted. Le aseguro que no soy alérgico a la belleza; todo lo contrario.

La pantalla continuó ciega, pero un suspiro se dejó oír a través del altavoz. Un suspiro de fatiga y de decepción al mismo tiempo.

—Lo siento, Dave. Llegué a creer que podía usted ayudarme, para evitarme algunas dificultades a las que tendré que hacer

frente.

—¡Le aseguro que no quiero hacer nada mejor que ayudarle! —dijo Dave, con un matiz de sinceridad—. Citémonos en algún lugar, y no juguemos más a este ridículo juego.

—Está usted pensando en algo muy distinto, Dave, cuando me pide esta entrevista.

—Lo ha leído usted en los posos del café —se burló él.

—De qué iba a servir nuestra entrevista, si acaba usted de confesarse incapaz de conseguir nada para prohibir el proyecto de lanzar esa astronave al espacio —contestó la joven, ignorando el sarcasmo—. Es verdad que, al realizar mi gestión cerca de usted, ya me esperaba su resultado negativo. Pero creía, de todas formas, que aceptaría usted ayudarme, hablar con sus jefes para intentar, cuando menos, disuadirles, convencerlos de abandonar ese proyecto...

—¿Y esperaba usted que le hiciera este servicio solamente por sus hermosos ojos? Si ni tan sólo los he visto. Confiese, al menos, que sus argumentos carecen de consistencia. ¿Qué espera de mí, en resumen? ¿Y por qué razón?

—Pasa usted del desparpajo fingido a la grosería, Dave —le reprochó ella con dulzura—. Pero le perdono su inconsciencia y su incapacidad de facilitar mi tarea. Adiós, Dave.

—¡Eh, oiga! ¡Espere usted un minuto! —gritó él colgándose materialmente del micro—. ¿Qué quiere usted, exactamente?

Se oyó un suave «clic» y la tonalidad uniforme resonó en el altavoz: la desconocida había cortado.

Dave Sheridan continuó unos instantes en silencio, meditando, furioso consigo mismo y, en el fondo, sintiendo un tanto de inquietud o malestar.

¿Estaría loca?

¡Quizá! ¿Pero, cómo podía estar tan al corriente de la Operación King, y con tanta precisión?

Tomó de la copa unas palomitas de maíz, y fue a roerlas sobre el balcón terraza, la mirada vacía, perdida más allá del parque, hacia la reluciente unión del río Los Angeles con el canal del río Hondo. Alguno de los componentes de la expedición habría hablado de ella con su esposa o su novia, a pesar de tratarse de algo «estrictamente secreto». Asustada ante la idea de que su marido, o su novio, se

viera metido en tal aventura, la joven había imaginado toda esa comedia. En su limitada capacidad, había creído que siendo él el jefe piloto, podría «hacer algo». ¡Un razonamiento verdaderamente estúpido!

Regresó al *living*, marcó el número de la central visiofónica, sin hacerse demasiadas ilusiones, por lo que a su petición concernía.

—Lo siento, señor. No nos es posible establecer el origen de una llamada urbana. Intentaré averiguar si se trataba de alguna interurbana. Tenga usted un poco de paciencia, por favor — respondió a su petición la telefonista.

Transcurrieron muchos minutos, antes de que la joven apareciera de nuevo sobre la pantalla: una sonrisa iluminaba su cara:

—La llamada procedía de Washington, desde una cabina de la oficina de Correos de la Ciudad, en la Avenida de Massachusetts.

—¡Humm...! La persona que me ha llamado ha debido de dar su nombre para conseguir tal comunicación interurbana.

—No, señor. Eso solamente en el caso de que se hubiera tratado de una comunicación con previo aviso, en cuyo caso habría usted sido advertido con antelación.

—Muchas gracias...

Cortó la comunicación, tamborileó pensativamente con los dedos sobre el pie de materia plástica del aparato y luego se encogió de hombros: la desconocida continuaría siendo, pues, una desconocida...

Washington -
0225 h.

Responsable de las «Relaciones Públicas» del Pentágono, el capitán Harry Tucker pulsó la clavija del interfono. Uno de los ujieres del gran salón de recepción, un sargento, anunció:

—Una visitante, *miss* Lena Bates, solicita una entrevista con el general Densmore, mi capitán.

La lucecita roja que brillaba sobre el interfono hizo fruncir el entrecejo al capitán Tucker: esto significaba que tal visitante se había convertido, en determinado sentido, en un personaje sospechoso.

Automáticamente, una de las ramas del Servicio de Seguridad del Departamento de Defensa había sido alertado: la rama que estaba encargada de la vigilancia del bloqueo exterior, el único por otra parte al que estaba permitido el acceso.

—Voy a informarme de si el general puede recibirla. Procure que esa señorita no se impaciente —respondió el capitán Tucker.

Hundió una de las clavijas del sector de líneas y apareció en la vecina pantalla una parte del *hall* con sus departamentos limitados por grandes cristales privilegiados, sus sillones y butacas de cuero. En su despacho de la recepción, el sargento daba la impresión de estar en pleno trabajo, con su estilográfica en la mano y hojeando un libro con un índice de referencias en color.

En una de las butacas permanecía sentada una joven de largos cabellos negros, ojos castaños, un tanto melancólicos. Tucker le calculó unos veinticinco años, consideró que se trataba de una mujer espléndida, con ese conjunto de color verde pálido con reflejos nacarados que moldeaba y resaltaba sus magníficas formas. Unos magníficos pendientes, con seguridad llenos de auténticos diamantes, adornaban su faz y brillaban con sus mil facetas. No; no se trataba de la clase de baratijas que puede uno adquirir en cualquier almacén de precios únicos, consideró el encargado de las «Relaciones Públicas».

—¿Cómo es posible que una criatura tan adorable haya podido parecer sospechosa a los ojos del sargento? —se preguntaba, mientras hablaba por el interfono con el comandante Morton, jefe del Servicio de Seguridad en el sector noroeste del Pentágono.

—Tucker, Servicio de Información —se anunció a sí mismo—. Voy a recibir la visitante que se halla en el departamento del *hall*, número D-4, mi comandante.

—De acuerdo, Tucker. Voy a conectar mi interfono con las telecámaras de vuestro despacho, con el objeto de poder seguir con detalle toda la entrevista. Intente hacerle confesar, a cualquier precio, cuáles son las razones que la impulsan a solicitar entrevistarse con el comandante en jefe. Si considero que su justificación es válida le llamaré para decirle que el jefe acaba de llegar y que la recibirá dentro de cinco minutos. Si no digo nada,

despídala... Siempre de manera amable. Mientras tanto habré hecho fotografiar para nuestros fines, sus documentos personales que ha debido confiar al recepcionista, según es costumbre.

Un minuto después, afable y sonriente, Tucker hacía pasar a la visitante:

—Buenos días, *miss* Bates. Siéntese, por favor. ¿Desea entrevistarse, usted, con el jefe de Estado Mayor Supremo? Creo que será algo muy difícil, no puedo evitar el decírselo así. El general Densmore está ausente en este momento y, además...

—Está muy ocupado, ya me lo han dicho —afirmó ella, acabando la frase por él, en un tono que no contenía ninguna ironía—. Sin embargo, es *absolutamente* indispensable que tenga una entrevista con el jefe del Estado Mayor, capitán.

—¿Puede usted decirme de qué se trata? Así me sería posible orientarla a usted sobre el ayuda de campo del general que tomaría a su cargo tomar sus declaraciones.

Miss Bates se distrajo un momento jugando con el cierre de su bolso de piel de cocodrilo, cruzó y descruzó sus piernas bronceadas y se informó:

—¿Supongo que se tratará de la ruta normal que deberé seguir, no es eso?

—Eso me temo, *miss* Bates.

—De acuerdo —aceptó ella—. Va usted a tomarme por una mujer excéntrica, y hasta es posible que me confunda con una loca, pero de hecho la cosa no tiene la menor importancia. Para empezar le daré algunos pormenores. Dentro de tres días, la astronave bautizada con el nombre de *Space King*, y que actualmente está girando en órbita alrededor de la Tierra, deberá partir con destino al planeta Marte. El jefe designado para esta primera expedición interplanetaria será el coronel Floyd

O'Malley,

destacado por el Gran Cuartel General de las Fuerzas del Aire en la base de Vandenberg. El piloto de esa astronave será el comandante Dave Sheridan, ingeniero en electrónica que ha realizado ya varios vuelos entre la Tierra y la Luna. Debo añadir que el comandante Sheridan en compañía del coronel

O'Malley

y del astrofísico Dean Rushlow acaban de pasar tres días a bordo

del satélite artificial *Omega 9* para realizar observaciones astronómicas en relación a una explosión termonuclear, llevada a cabo por medio de una bomba transportada en un cohete teledirigido y que tuvo lugar a una distancia de ciento cincuenta millones de kilómetros de la Tierra, esta misma mañana a las cinco y cincuenta de la madrugada... Pero todo esto lo podrá leer usted en los periódicos de mañana —añadió la joven con un aire despreocupado.

»Y ahora voy a exponerle el objeto de mi visita, capitán. Quiero indicar al general Densmore que el proyectado viaje a Marte comportará para sus enviados bastantes complicaciones. Hablando con verdadera objetividad, mejor sería que abandonaran ustedes este proyecto. Y nada más, por ahora...

El capitán Tucker experimentó gran dificultad para disimular su estupor. Su grado no le permitía estar al corriente de nada referente a la «Operación King» cuyos detalles, por otra parte, no le concernían en absoluto... Ignoraba incluso la existencia de tal proyecto. Verdadero o falso, no era asunto de su incumbencia. Sin embargo, la pasmosa narración de tan encantadora interlocutora era asunto suyo, tanto como lo es la obligación que tiene cualquiera de nosotros de llamar al más cercano hospital psiquiátrico cuando nos visita algún Napoleón, Julio César o Juana de Arco, por ejemplo. Teniendo en cuenta lo curioso de sus afirmaciones y propósitos, a pesar de su indudable encanto y su apariencia inofensiva, esta visitante acusaba un terrible desequilibrio mental...

Miss Lena Bates, con las manos bien manicuradas, cruzadas sobre sus largas y bien torneadas piernas, contemplaba pacientemente al encargado de las Relaciones Públicas que tenía ante ella.

—Espero su veredicto, capitán.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Claro...! Eso... mi veredicto. Bueno... verá usted, yo no puedo... Cómo le diría...

—¡No! No espero que me dé usted su opinión referente a lo que acabo de comunicarle. ¿Cree usted que estoy loca, o no?

No pudo evitar pestañear. Esta mujer tenía una seguridad pasmosa. Con una cara de ángel, unos ojos maravillosos, un cuerpo de diosa..., pero un cerebro averiado.

—Estaba reflexionando... referente a su petición, miss Bates —

disimuló el interpelado—. Verá usted, desconozco en absoluto nada de lo que pueda referirse al proyecto del que acaba de hablar, y en tales circunstancias no puedo...

El timbre del interfono interrumpió su perorata. Movi6 la clavija.

—Comandante Morton —se anunció el jefe del Servicio de Seguridad—. El general Densmore no regresará hasta dentro de una media hora, tenga usted la bondad de conducir a la señorita Bates a mi despacho, mientras esperamos que den las cuatro y cuarto.

—A sus órdenes, mi comandante —obedeció Tucker, contento de poder ceder el *asunto* a otras manos, y confiar tan singular *cliente* a los buenos oficios del Servicio de Seguridad.

Cuando salían del ascensor, en el primer piso del Bloque S-I,

el comandante Morton, embutido en su impecable uniforme, esperaba a Tucker con la visitante a la que saludó con una ligera inclinación. El encargado de las Relaciones Públicas regresó a sus ocupaciones y Morton hizo pasar a *miss* Bates a su despacho invitándola a sentarse.

Por simple rutina, se hizo repetir todo cuanto ya sabía, toda vez que los micrófonos y cámaras de televisión interior, le habían contado ya todo lo que la joven vino a decirles. Una historia inverosímil; inverosímil sobre todo para Tucker. Morton acababa de obtener la confirmación después de hablar con el agregado militar de la Casa Blanca: el *Space King* iba a abandonar la Tierra para dirigirse a Marte. Era preciso averiguar a cualquier precio de dónde había podido obtener *miss* Bates la información, mantenida en «riguroso secreto».

Cuando terminó de hablar, el comandante Morton, acodado sobre su despacho, unió las puntas de sus dedos y preguntó, sin manifestar sentimiento en su rostro:

—¿Por qué se cree usted obligada a aconsejar al general Densmore el desistimiento, o aplazamiento cuando menos, de la «Operación King»? Siempre, claro, en el supuesto de que tal proyecto exista.

—No puedo responder a su pregunta, comandante.

El aludido, siempre con sus dedos unidos, golpeó suavemente su barbilla con los índices y prosiguió, imperturbable:

—¿Se da usted cuenta exactamente del carácter desusado de su gestión, *miss* Bates? Está usted, actualmente, en el Cuartel General del Servicio de Seguridad del Pentágono. Su singular actitud... su comportamiento, me autoriza a exigirle una respuesta más precisa... e inmediata. En caso contrario...

Dejó voluntariamente en el aire la continuación de su frase.

—Lo siento, comandante. Pero ¿qué puede ocurrirme? Me interesa saberlo, toda vez que lo único que puede esperar de mí es una «negativa» —respondió la mujer sin ninguna intención de desafío en su voz, pero sí con algo de curiosidad.

Asombrado, Morton estuvo a punto de tartamudear:

—Yo... En ese caso, siento tener que comunicarle que deberé ordenar su detención por intentar perturbar la seguridad *exterior* de los Estados Unidos. Sus fantásticas historias podrían haber sido ideadas por alguna potencia extranjera que procuraría obtener un buen resultado. En su propio interés, convendría, y sería incluso más prudente, que me dijera de una vez, el verdadero objetivo de su visita.

—Pero, comandante, si acabo de decírselo de un modo bien claro. Su país debe renunciar a ese absurdo proyecto de mandar una expedición a Marte.

—Mi país... A juzgar por su acento, usted es de origen eslavo. Sin embargo sus documentos indican como lugar de nacimiento Marshfield, Wisconsin. Es posible que sean falsos.

—Ante la importancia excepcional de mis consejos, a los que usted al parecer no les concede gran crédito, ¿supone que una cuestión tan nimia vale la pena de que nos haga perder el tiempo?

Ahora el comandante Morton la miró más asombrado todavía y parpadeando:

—¿Así, que confiesa usted que lleva una documentación falsa?

—Es usted quien toma lo que le digo por una confesión. Lo que puedo asegurarle es que nunca he dicho tal cosa, y por otra parte nada se opone a que haga usted las oportunas averiguaciones para asegurarse de mi identidad, ¿no es cierto? Pero le estoy haciendo perder su precioso tiempo —sonrió, mientras se levantaba, sin aparentar darse cuenta del aire estupefacto de su interlocutor—. ¿Cree usted que cuando el general Densmore sepa el motivo de mi visita, tomará más interés en seguir mis consejos?

Morton se levantó a su vez, apoyó el dedo sobre un botón, y dijo:

—Ya se lo diré mañana, *miss* Bates.

—Está bien. ¿Tendré que volver mañana?

—No, no será preciso. Seré yo quien vendrá a verla al F.B.I. donde será usted convenientemente interrogada.

—Así pues, estoy arrestada, ¿no es cierto? —preguntó la joven con un ligero encogimiento de hombros, lo cual significaba para ella una simple contrariedad sin mayores consecuencias.

La gravedad de su situación no parecía preocuparla lo más mínimo y su detención era uno de tantos contratiempos anodinos. Morton no podía volver de su asombro.

En respuesta a su llamada, dos soldados hercúleos, con el distintivo de la policía militar (M.P.) al brazo, penetraron en el despacho. *Miss* Bates siguió dócilmente a los dos hombres, y al llegar junto a la puerta se volvió para decir:

—¡Supongo que una petición de audiencia con el Presidente de los Estados Unidos no tendría más éxito! ¡Y aunque pudiera conseguirlo, que consiguiera hablar con el propio Presidente, éste me haría más caso que ustedes!

—Es lo más probable... Seguro. Tanto más que usted se empeña en no decirnos las verdaderas razones que la impulsan a hacer esta gestión tan extraordinaria y extravagante.

—Dejémoslo correr, comandante. Mis razones nadie podrá obligarme a revelarlas. Ni con los métodos más bajos que pueda emplear la policía no...

—¿Quién habla de tales procedimientos bárbaros? —cortó él, molesto—. El F.B.I. posee en Alejandría un nuevo laboratorio equipado con las más modernas drogas de efecto psico-químico. Una inyección inofensiva y sin dolor, y los menos charlatanes se convierten en gentes muy habladoras. ¡Son una maravilla esas drogas!

—Me gustaría ver eso —afirmó la joven mientras invitaba a sus guardianes a que le abrieran la puerta.

Cuando hubo salido entre los dos soldados, el comandante Morton, completamente desconcertado, puso la clavija de contacto del interfono en conexión con la *Civil División* uno de cuyos servicios aseguraba el enlace con el F.B.I. Su informe preliminar

terminaba así:

—... su comportamiento inexplicable y desconcertante no tiene más que una sola explicación: Lena Bates es un agente de las potencias del Este, dotada de un monstruoso aplomo, y capaz de intentar una maniobra de intimidación con vistas a retrasar la salida del *Space King*. Y la famosa razón que no ha querido revelar, es ésta: *este aplazamiento permitiría a los rusos lanzar al espacio, antes que nosotros, un aparato similar y con el mismo destino.*

—Es evidente —convino su interlocutor—. Esta tarde, el laboratorio de Alejandría nos informará sobre el resultado del tratamiento psico-químico a que van a someterla. ¿Ha conseguido usted obtener buenas fotografías de la joven?

—Deben de haber salido perfectas, de frente y de perfil, toda vez que mis fotógrafos no han vuelto por mi despacho. Colocados en las habitaciones vecinas han trabajado con sendos *Polaroids* gracias a los cuadros trucados aplicados en las paredes. Actualmente los clisés están ya camino de los Servicios de Identificación del F.B.I.

Un Pontiac de turbinas corría retumbante por la autopista de Jefferson Davis que, desde el Pentágono se alargaba en línea recta hacia el Sur, en dirección a las oficinas de Alejandría.

En la trasera, muy tranquila, Lena Bates no aparentaba encontrarse preocupada, ni poco ni mucho, por la presencia a su lado de los dos gigantes de la M.P. con su cara hermética, indiferentes.

—¿Puedo fumar?

Uno de los dos extrajo de su bolsillo superior de la camisa militar un paquete de *Camel*.

—No, gracias. Prefiero fumar de los míos, si no hay inconveniente, desde luego. Por favor, quiere usted sacarlos de mi bolso...

Rio mientras añadía:

—Se lo pido para que no vaya usted a suponer que escondo entre mi pañuelo y el rojo de labios, ninguna metralleta o un bazuca.

Sin perder su impasibilidad de perfecto policía militar, el soldado buscó en el bolso de piel de cocodrilo, tanteó el paquete de

cigarrillos, lo extrajo, lo abrió y de su propia mano sacó un cigarrillo que ofreció a la joven, era un *Pall Mall*, lanzando por la abierta ventanilla el celofán del envoltorio.

—Gracias —dijo ella mientras aceptaba el fuego que le ofrecía el hombre—. ¿Sería tan amable de subir el cristal de la ventanilla? Me molestan las corrientes de aire.

El soldado cumplimentó el deseo de la joven, sin que un solo músculo de su rostro se alterara, ante las exigencias o los caprichos de tan extraña y bella mujer.

—¡Qué amable es usted! —dijo la joven sentándose bien apoltronada contra el fondo del asiento, mientras fumaba con voluptuosidad estirando sus bien torneadas piernas.

Treinta segundos después, a pesar del aire que penetraba en el interior por el cristal de la ventanilla izquierda al lado del conductor, los dos soldados *dormían a pierna suelta*. En cuanto al chófer, el humo anestésico del cigarrillo de Lena Bates no le había afectado aún, ni a ella tampoco, por estar inmunizada contra sus humos.

La joven se inclinó hacia él y, con una voz dulce y suave, le preguntó.

—Dígame usted, sargento ¿le haría mucho daño una bala de Colt disparada por la espalda, a través del asiento?

El conductor sorprendido, levantó los ojos hacia el retrovisor y pudo ver a sus dos compañeros profundamente dormidos, la cabeza caída sobre el pecho, y balanceándose graciosamente a derecha e izquierda. Palideció, tragó saliva y se expresó con aire contrito:

—¿Qué... qué significa todo esto?

—¿Quiere hacerme el favor de disminuir la velocidad y marchar al paso?

Titubeó, pero al oír un ruido significativo a su espalda, comprendió la realidad del peligro en que se encontraba: la detenida acababa de quitar el seguro del arma que tenía en su mano, indudablemente tomada de uno de los soldados. Obedeció y puso el coche al paso, sin poder imaginarse que el ruido sospechoso había sido originado por un cortauñas de bolsillo.

—¡Vaya! ¡Ya era hora! Ahora suba usted el cristal de la ventanilla, vamos...

El sargento apoyó el dedo sobre uno de los botones del

salpicadero y el cristal accionado eléctricamente subió hasta cerrar completamente la ventanilla. Lena Bates dio algunas chupadas más a su cigarrillo antes de ordenarle que parara el vehículo del todo.

—Pare usted al borde de la acera.

Los párpados pesados, con la vista nublada, frenó de un modo inconsciente, automático y cayó de cara sobre el volante.

Lena Bates colocó su cigarrillo a medio consumir en el cenicero del salpicadero, donde continuaría desprendiendo el humo anestésico pero sin peligro alguno y se apeó. Cerró cuidadosamente la portezuela y se fue andando por la orilla de la carretera, bastante concurrida a esas horas de la tarde.

Balanceando con negligencia su bolso al ritmo de sus pasos, recorrió unos quinientos metros, sin ninguna prisa y asegurándose con algunos movimientos llenos de coquetería de que sus pendientes continuaban estando colocados armónicamente, *todo ello hablando a media voz*, como para sí:

—Hice verdaderamente todo cuanto estaba en mi mano realizar, pero era de prever que sin darles más precisiones respecto a los motivos que tenía mi petición, «ellos» iban a negarse de pleno... Si... ¿Tienes nuevas consignas...? ¿Cómo? ¿Ponerme en contacto con Dave Sheridan en persona? ¡Es absurdo! Cuando salí se convino que me dirigiría a él sin mostrarme personalmente... Me gustaría comprender... Sí, ya me doy cuenta ahora: debo crear un precedente «afectivo» que cuando llegue el momento actúe en nuestro favor... No, no está mal pensado... ¿Dónde...? Bien, ya me arreglaré según el caso. En seguida voy... ¡Oh, vamos! Un castigador —cuchicheó, girando la cabeza.

Un De Soto blanco se había detenido al llegar a su nivel. Muy convencido de sí mismo, de su aspecto de estrella de cine, el conductor se inclinaba hacia la portezuela.

—¿No cansa andar con tanto calor...?

—Es muy saludable —respondió la joven, sin enfadarse.

—¿Me permite que la acompañe?

—No voy a más de un centenar de metros de aquí. No vale la pena, créame.

—¿No va más lejos? —preguntó el joven, incrédulo, mirando hacia adelante—. ¿Pero si a cien metros no hay nada, nada en absoluto, como no sea el estanque Four Mile Run, a la derecha, y la

vía del tren a la izquierda?

—Convenga usted en que puede gustarme contemplar el estanque de más cerca.

—¿Y después? —Se arriesgó a preguntar con una sonrisa equívoca.

—Después... después le dejaré a usted un recuerdo inolvidable —susurró ella, con una mímica divertida que podía interpretarse de muchas maneras.

Subyugado por su cuerpo y por la mirada de sus ojos de gacela y por la gracia de esa paseante tan complaciente, el automovilista, no menos complaciente, la hizo subir a su lado y, quemando las etapas, intentó abrazarla. Ella lo puso en su sitio, sin aspavientos, y siempre con su deliciosa sonrisa en los labios.

—Le he dicho que después. Lléveme usted hasta allí, primero. De otro modo, puedo perfectamente hacer sola mi camino hasta allá, y se quedará usted sin ese recuerdo mío «inolvidable».

—O.K. —respondió ahora él, al tiempo que ponía en marcha el coche.

Al cabo de unos cien metros, se detuvo. A la derecha, hacia abajo del terraplén de la pista, a lo largo de la orilla verdeante por la hierba y los matorrales, se veía brillar el agua verde-azulada del estanque de Four Mile Run.

—¿Vamos a bajar un momento para contemplar el panorama? —preguntó el automovilista.

—Con mucho gusto, Mike.

—¿Sabe usted mi nombre? —se asombró él.

—Supongo que será el suyo, puesto que lo vi sobre la placa que tiene puesta en el salpicadero del coche. Mi nombre es Lena Bates.

—Lena es muy bonito —dijo él, tomándola del brazo para ayudarla a descender el ribazo, muy pendiente en aquel lugar.

Desde la orilla del agua, no podía divisarse la carretera y los dos se hallaban bien disimulados los arbustos que los rodeaban.

El joven habló ahora de nuevo, con una sonrisita equívoca:

—¿Y ese recuerdo «inolvidable», Lena?

—En seguida, Mike —murmuró ella, quitándose sus zapatos—. Déjeme sola un momento, por favor...

Soltó su brazo, mientras pensaba para sus adentros:

—Aunque sea un tanto «locuela» esta Lena me parece muy

apetitosa.

Cuando se dio cuenta de que penetraba en el agua, levantando su falda hasta sus bien torneados muslos se convenció de que no era un tanto «locuela», sino que estaba «mochales perdida».

—¡Eh! Oiga, qué le pasa a usted —dijo—. Va usted a hundirse de golpe, el declive es muy pronunciado, e inmediatamente se desploma el fondo hasta quinientos o seiscientos metros. ¡Se va a ahogar usted!

—No hay riesgo, sé nadar —le espetó sin volver la cabeza.

El bolso al brazo, el calzado en la otra mano, mientras levantaba más sus faldas para no mojarlas, Lena Bates dio aún algunos pasos tanteando, lanzó los zapatos hacia adelante, *pareció levantarse fuera del agua y desapareció instantáneamente*.

Un grito de estupor salió de su garganta, que vio súbitamente cómo se agitaba el agua del estanque, formando anchos círculos concéntricos.

Lleno de pánico, se retiró precipitadamente, como si le persiguiera un fantasma, se debatió un momento con la portezuela, la garganta seca, la respiración entrecortada, los ojos fuera de las órbitas, salió en tromba, como alma que lleva el diablo.

Lena Bates había cumplido lo prometido: le había dejado un «recuerdo inolvidable», pero no era, desde luego, el que había esperado.

A las siete y media de la tarde (hora local de Washington) todas las emisoras y cadenas de televisión americanas, interrumpieron sus programas para difundir un comunicado procedente del Cuartel General de la Policía Federal. Comunicado que iba acompañado de dos fotos, cara y perfil, de Lena Bates, *acusada de la muerte de su novio y buscada por la policía*. Un automovilista fue la última persona que la vio hacia las siete menos cuarto en la orilla del estanque Four Mile Run, cerca de la autopista Jefferson Davis.

Cualquier persona susceptible de dar algún informe de la persona que se busca, o facilitar su captura, debía avisar inmediatamente a la Comisaría de Policía más cercana.

En Los Angeles, donde por razón de la diferencia de horario no eran aún más que las tres y media de la tarde, Dave Sheridan,

sentado confortablemente en el *living* de su casa, contemplaba la televisión. Aún maldiciendo por la interrupción del programa que contemplaba, se dio cuenta, como buen conocedor, del hermoso rostro de la «criminal» que buscaba la policía, y se dijo que era menester que se tratara de una loca para ser a la vez tan bonita y asesina...

Sobre la mesita, cerca de él, tomó un vaso de ananá helado, e iba a beberlo, cuando el timbre de la puerta de entrada sonó para interrumpir su tranquilidad.

Dejó el vaso sobre la mesa, mientras mandaba al diablo a su desconocido inoportuno y abrió la puerta. Como si le hubiera herido un rayo, quedóse con los ojos abiertos y los brazos caídos, el aire estúpido...

En el umbral estaba, en persona, con toda su «magnificencia», Lena Bates, la criminal cuya foto mostraba precisamente en ese instante, la pantalla del televisor.

CAPÍTULO III

—Buenos días, Dave. Como puede ver he resuelto aceptar su invitación.

¡Esa voz! ¡La habría reconocido entre otras mil!

—*¡Usted...!* —exclamó, asustado—. ¿Era usted quien llamó esta mañana, y la misma que está buscando la policía?

—Por asesinato, sí —terminó afirmando ella—. ¿Pero será motivo suficiente para que me deje usted permanecer en el rellano?

Algo burlona, penetró ante él, aun sin haber sido invitada. Sin conseguir reaccionar ante tanta tranquilidad, Dave perdió su inmovilidad para reunirse con ella en el *living* donde se había instalado ya la joven, ante el televisor. Su foto aparecía aún en la pantalla mientras el locutor continuaba repitiendo el mensaje de la policía.

Con una tranquilidad que podía hacer creer que estaba en su propia casa, Lena Bates bajó el tono de la televisión, colocó su bolso de cocodrilo sobre la mesa y se sentó en una de las butacas.

—Esas fotos que han tomado sin que me diera cuenta durante mi entrevista en el despacho del Servicio de Seguridad del Pentágono, no me favorecen en nada.

—¿Se da usted cuenta de su inconsciencia? —rezongó Sheridan, mientras se sentaba en otra butaca—. ¿Qué espera usted viniendo a mi casa? ¿Que le dé alojamiento y me calle?

—¿Se lo pedí yo, quizá? Simplemente he venido a charlar un poco con usted, Dave. Al fin y al cabo, fue usted quien me invitó, ¿no es cierto? —le recordó ella.

—Es cierto, pero entre el instante de mi invitación y el de su venida a mi casa, ha matado usted a su novio. Confíese que es bastante motivo para que modifique, en lo que le concierne, mi

concepto de la hospitalidad. Usted...

Se calló, y fuera de lugar lanzó un grito, para proseguir:

—El locutor debe de haberse equivocado, o yo no lo entendí bien. A usted la vieron en Washington, la última vez, a las siete menos cuarto de la tarde, o lo que es lo mismo: las tres menos cuarto de la hora local de aquí, Los Angeles. Y a las tres y media ha llegado usted a mi casa. ¿Cómo es posible que en tres cuartos de hora haya llegado usted hasta aquí desde Washington, *o sea desde cerca de cuatro mil quinientos kilómetros de distancia?*

Eludió la respuesta directa:

—Lo importante no es eso, Dave. Lo que interesa, para mí al menos, es que sepa usted que soy inocente. Ese pretendido asesinato no ha ocurrido jamás, como no sea en la imaginación de los del Pentágono... Sí, estuve allí, para aconsejar al jefe del Estado Mayor de las distintas armas, para que anulara la orden de partida del *Space King*. El hecho de que yo me hallara al corriente de todo lo referente al «estricto secreto» de la Operación King no ha tenido suerte cerca de las autoridades y he tenido que dejar plantados a los agentes encargados de mi custodia, a los que me había confiado el Servicio de Seguridad.

—¿Los ha matado usted? —se alarmó el ingeniero-piloto.

—No se precipite usted. ¿Qué falta hace emplear métodos tan radicales cuando pueden evitarse fácilmente?

—Admitido que las acusaciones contra usted no sean más que ardides empleados con la única preocupación de hallar su rastro. Pero aun así y todo, se halla usted metida en una situación sin salida, *miss Bates*.

—Lena.

—Lena —admitió él, sorprendido por la tranquilidad de tan singular mujer.

—¿Me quiere invitar a fumar, Dave?

Le ofreció su estuche y le dio fuego. Dos arrugas de preocupación cruzaban su frente.

—No debe usted preocuparse por mí, Dave. ¿Tengo el aspecto de haber llegado al fin?

Sheridan aproximó hacia sí la mesa-bar

portátil, puso dos cubitos de hielo en el cóctel de ananás solicitado

por la joven, y le acercó el vaso:

—Así es, no tiene usted el aspecto de hallarse muy preocupada, ¿pero cómo va a componérselas para eludir la persecución de que es objeto?

—Es cosa mía... Y toda vez que no hay forma de conseguir detener la salida del *King*, permítame brindar por tan... delicada misión —dijo levantando su vaso—. Sean las que sean las situaciones a las que deba usted enfrentarse, no *actúe jamás a la ligera*. Me permito sugerirle que repita usted estas palabras al coronel

O'Malley

y a los demás componentes de la expedición.

—Tiene usted cosas muy curiosas —ironizó—. ¿Y cuál es la razón de esta llamada de atención, si puede saberse?

—Hombre prevenido vale por dos, Dave. Es una advertencia, y esto debe ser suficiente para usted y para hacerle *muy* prudente.

Dio una rápida ojeada al *living*, y sin transición pasó de un tema a otro:

—Tiene usted una casa muy confortable.

Apoyó su cabeza en el alto dosel de la butaca, mientras dejaba su vaso en la mesa, adoptando una actitud relajada.

¡Qué extraña mujer! ¡Y cuán desconcertante! Perseguida por el asesinato de alguien, con o sin razón, pudiendo ser vista y reconocida en cualquier instante, detenida inmediatamente que apareciera en la calle, y allí estaba, descansando, verdaderamente bella en su despreocupación, hablando con una tranquilidad cuando menos sorprendente.

El comandante Sheridan aplastó la punta de su cigarrillo en un cenicero de cerámica y abandonó su mutismo:

—He pensado mucho en usted, Lena, y...

—¡Qué agradable es lo que me dice! —respondió la mujer con un candor simulado, mientras jugueteaba con sus pendientes de brillantes destellos.

—No me refería a usted personalmente, Lena, sino al «caso» que representa su situación —la desengañó él.

Se puso a reír, se arrebujó en la butaca, extendió suavemente, con pereza, el brazo hacia el televisor para aumentar el volumen de sonido, al parecer mucho más interesada en la música de baile que

en la conversación de su huésped.

Dave controló su irritación, renunció a cerrar el interruptor, y prosiguió:

—Su acento, digamos que es de la «Europa oriental»...

—Un filólogo calificado podría incluso afirmar que era el acento de los naturales de la región de Krivoi-Rog, en Ucrania —concretó la joven, con una cara divertida de conspiradora.

Se asombró al ver que revelaba su nacionalidad verdadera con tanta facilidad, pero continuó:

—Su acento *ruso*, su manera de proceder, el hecho de que se halle usted al corriente de todo lo referente a la «Operación King», es todo tan extraño, sabe usted tantas cosas que no vale la pena negar nada, me inducen a suponer que pertenece a uno de tantos servicios de información del Este. Pero, sin embargo, me deja estupefacto que un agente ruso se haga notar de la manera que usted lo hace, tanto por su rara conducta como por su acento, cuando la misión del verdadero agente es la de pasar, ante todo, desapercibido. Esto no encaja en absoluto con el oficio que desempeña usted... A menos que lo haga conscientemente, sin preocuparse porque la identifiquen...

Ella parecía estar a millones de kilómetros de distancia, contemplando el televisor.

—¿Me escucha usted?

—No, Dave; estaba escuchando la música —respondió ella abandonando la butaca—. Hace mucho tiempo que no he bailado. ¿Me invita usted?

Le tomó de las manos, obligándolo a levantarse. Su espontaneidad, su simplicidad le desconcertaban. ¡Si hubiera sabido que ese mismo día iba a recibir otras sorpresas...!

Danzaron durante dos o tres bailes, sin hablar, mejilla contra mejilla, y amoldando su cuerpo al de Dave, siendo este el primero en romper el silencio:

—¿Por qué hace usted todo esto, Lena, si es verdad que no espera usted de mí ninguna ayuda?

—Admita usted que puedo querer conservar de usted... un recuerdo agradable. Pronto se irá, Dave. Se irá hacia un destino al que ningún hombre ha llegado jamás. Un héroe ha hecho vibrar en cualquier tiempo los corazones de las mujeres —rió—. Es natural

que lo consiga con tanta más razón, un futuro conquistador de Marte.

Los dos se observaban, sin hacerse ninguna ilusión sobre el carácter fingido de este jugueteo que no engañaba a nadie. Sheridan inquirió, con una suavidad fingida:

—¿Me tomará usted por un imbécil, cielo? ¿Qué está cocinando con toda esta escena de seducción? ¿Espera que el «héroe» sucumba a los encantos de la bella espía y se «duerma» en sus laureles?

—Ahora que habla usted de «dormir» —dijo entonces Lena, separándose de él—, voy a mostrarle algo que disipará sus inútiles temores.

De su bolso de piel de cocodrilo sacó su paquete de *Pall Mall*:

—El tabaco de estos cigarrillos está impregnado de un poderoso narcótico, inodoro, contra el cual estoy inmunizada. ¿No le ofrecí ninguno? No, nasa de eso, ya que fue uno de sus cigarrillos el que tomé para fumar no hace mucho. Esto debería darle cuando menos la seguridad de que no tengo ninguna intención, por ahora, de hacerle «dormir», hablando propiamente, para suprimirle luego. Lo que no haría variar en nada la suerte de la «Operación King». Otro ingeniero-piloto tomaría su lugar.

—¿Qué persigue usted, en ese caso?

—Ya se lo he dicho, o dado a entender: crear una situación de hecho que llamaremos «cosas a recordar». Un recuerdo *común* que comprenderá usted más adelante.

Se oyó una llave girar en la cerradura y la puerta se abrió: Pearl llegó, cargada de provisiones. Dave empujó rápidamente a la joven al interior de su habitación y fue a recibir a su ama.

—¡Buenas tardes, señor Sheridan! Perdone mi retraso. Había tanta gente en...

Se quedó parada mirando fijamente el bolso de encima la mesa y, tomando un aire como ofendido, oblicuó hacia la cocina. Sheridan la siguió hasta allí, manifestando:

—¡Oh...! ¡Humm...! Creo que voy a cenar al restaurante, esta noche. Si quiere usted marcharse...

—Está bien, está bien —respondió Pearl, moviendo la cabeza significativamente—, ya me voy. ¿Debo venir mañana, como de costumbre?

—Verá usted... En fin, sí. Venga hacia las once. Yo mismo me

prepararé el desayuno.

—Como usted quiera, señor Sheridan. Hasta mañana... No antes de las once —remarcó, para demostrar que había comprendido bien sus instrucciones.

Y se marchó, muy digna, no sin lanzar una vez más una mirada furtiva hacia el bolso de mano. Cuando se hubo marchado, Dave penetró en su habitación en donde Lena parecía estar muy divertida.

—¡Pobre Pearl! He podido oír lo que decían, Dave. Pearl debe estar mandándome al diablo. Pero me parece que voy a decepcionarle a usted. Se ha privado de sus servicios inútilmente: no me puedo quedar aquí...

—¿No desea usted quedarse?

—No *puedo*, lo cual no es lo mismo —corrigió la joven—. Dentro de dos horas, como máximo, debo haberme ido, *cielo*.

Esta vez, la palabra no tenía el tono burlón de antes, y los ojos de la joven expresaban una melancolía que parecía sincera.

En el tibio aire de la noche, el perfume de los magnolios y de las mimosas del parque ascendía hasta la terraza del piso del ingeniero-piloto. Sentada cerca de Dave, en el muelle sofá, Lena canturreaba, la cabeza apoyada sobre el hombro de su compañero. Se interrumpió al tiempo que levantaba su mirada hacia el cielo cuajado de estrellas:

—Ese punto que brilla con reflejos rojos es Marte, ¿no es cierto?

—Sí, Marte, el «planeta rojo» o el «rubí celeste», tan amado por los poetas.

—¿Qué efecto te produce, Dave, pensar que dentro de tres días vas a pilotar un artefacto que va a llevarte hasta tan lejanos confines?

—Algo parecido a una borrachera, de impaciencia. No quisiera aparecer pedante a tus ojos, al hablar así, pero me siento algo así como debió sentirse Cristóbal Colón cuando partió, para descubrir un mundo lejano, desconocido y lleno de misterio y de amenazas... quizá.

Calló durante unos minutos, besó las puntas de los dedos de la mujer.

—¿Por qué viniste, Lena? No sé nada de ti...

Ella le cerró la boca con un beso.

—Esto no es responder a mi pregunta —sonrió él.

—*No hay* respuesta, querido mío. Y vas a prometerme que no dirás nada a nadie de nuestra... entrevista antes de tu partida, Dave.

—Cuando me haya ido ya, ¿es igual que le cuente nuestra aventura al coronel

O'Malley?

No lo entiendo.

—Es muy sencillo, por consiguiente: si lo decías *antes* de la marcha de la expedición, te detendrían con toda seguridad, para interrogarte, por supuesta complicidad en el «caso Lena Bates». El crimen de que se me acusa es imaginario, pero la búsqueda de que soy motivo, es bien real. Revelar que me has escondido en tu casa, el mismo día del, digamos «asesinato», te reportaría muchas molestias. *Y yo tengo mis motivos para desear que seas tú quien pilote el Space King.*

—De acuerdo, no diré nada a nadie. Pero ¿por qué te interesa tanto verme precisamente a mí pilotando el *Space King*? Y eso de *ver* es una manera de hablar, porque no vas a ver nada en absoluto, por la sencilla razón de que en cuanto salgas por esa puerta, pueden reconocerte y arrestarte en el acto.

Con un gesto, cuya rapidez, inexplicable, no era natural, tocó sus pendientes con los dedos y se levantó:

—No saldré por esa puerta, Dave.

Se levantó también él, sorprendido por esa reacción inesperada que no respondía a nada. Ella lo abrazó intensamente, le besó largamente, lo empujó hacia el interior del *living* y le dijo:

—Por favor, déjame sola, *aquí*...

Un pensamiento terrible le asaltó y la retuvo por los hombros, con firmeza. Lena Bates se puso a reír, con una risa clara, llena de juventud y de vida:

—¡Oh, no, Dave! No es nada de eso: no tengo ninguna intención de lanzarme desde lo alto de este balcón a la calle. Sé buen chico y regresa al *living*... y no te muevas durante cinco minutos.

Él obedeció, presa de una angustia callada. Lena subió encima de la balaustrada de la terraza, adelantó uno de sus pies... como si

tanteara el terreno y... ¡desapareció, volatilizada!

Durante algunos segundos, Sheridan tuvo la impresión de que su corazón se había parado. Saltó hacia adelante y miró por encima de la barandilla. Cuarenta metros más abajo, no había nada anormal, ningún apelotonamiento de gentes alrededor de un cadáver dislocado en la calzada. Vehículos y peatones atareados circulaban de la manera más normal del mundo.

Lena Bates se había pura y simplemente desvanecido en el aire.

Completamente azorado, Sheridan regresó al *living* y se quedó parado súbitamente: allí, sobre la mesa, el bolso de la extraña visitante... Lena lo había olvidado.

El ingeniero-piloto lo abrió e hizo su inventario: *Pall Mall* (los cigarrillos narcotizantes), pañuelo de blonda, rojo para los labios, tarjeta de identidad, encendedor, corta-uñas, dos fichas para el teléfono y seis billetes de diez dólares. Volvió a colocar todos esos objetos en el bolso, dio una vuelta completa al *living* nerviosamente y se sentó junto al bar para tomar una copa de *Gilbey's*

. ¿Cómo explicar el olvido del bolso? Claro que era algo muy secundario ante el caso de la extraña desaparición de Lena Bates...

Sería medianoche, cuando el ingeniero-piloto iba a acostarse, que llamaron a la puerta. Dave se abrochó rápidamente su batín y fue hacia la puerta corriendo, con la esperanza en el corazón: Lena, poco importaba cómo, regresaba a su casa.

Abrió y su sonrisa quedó muerta en los labios instantáneamente, ante la visita de ese desconocido con una cartera de documentos en la mano. Era un tipo alto, con un traje azul claro, muy elegante con su camisa inmaculada sobre la cual lucía una corbata azul oscuro.

—Buenas noches, señor Sheridan. Le ruego ante todo que perdone mi visita a una hora tan intempestiva.

Dave dejó ver su sorpresa al oír la voz de su interlocutor; sus inflexiones, la forma de pronunciar la «r», recordaban singularmente el acento eslavo de Lena Bates.

—Pase, por favor...

El desconocido le siguió hasta el interior del *living*, pero no quiso sentarse:

—No lo entretendré más que un instante, señor Sheridan. Vengo tan sólo a buscar el bolso que *miss* Lena ha olvidado en su casa, hace unas dos horas poco más o menos...

Sonrió abiertamente para añadir.

—Soy uno de sus amigos, y no tiene usted nada que temer de mí. Le estaré sumamente reconocido si me entrega su bolso, aun cuando reconozco que está usted en su perfecto derecho si se niega a ello. En tal eventualidad, he de rogarle que cuide de él con el objeto de que pueda hallarlo cuando regrese.

—¿Cuándo regrese...?

—Sí. Cuando regrese usted del planeta Marte... si todo va bien, tanto para usted como para sus compañeros de expedición. Pero no he venido aquí para hablar del *King*. Ya se ha dicho todo cuanto era preciso al respecto y no es necesario insistir.

Estupefacto, Sheridan indicó el bolso a su visitante:

—No hay ninguna razón para que lo guarde conmigo. ¿Va usted a devolverlo a Lena?

—¿Y qué iba a hacer con él si no fuera eso?

Su cortés sonrisa se volvió cada vez más amable:

—No tema usted, Dave. Lena está perfectamente bien a pesar de lo que pueda usted suponer después de su marcha tan poco ortodoxa —dijo, mientras colocaba el bolso dentro de su cartera.

Evidentemente deseoso de no prolongar demasiado la entrevista, tendió la mano hacia Dave, enigmático:

—Encantado de haberle conocido, señor Dave... Pero excúseme por no haberme presentado antes: Smith.

El ingeniero-piloto, convencido de la inutilidad de proseguir preguntando, prosiguió el juego, sin sonreír, algo mosqueado:

—«Smith» o «Brown», ¿qué más da? ¿No es así?

—Ninguna, a decir verdad —rió el aludido—. Entre nosotros...

Dave lo condujo hasta la puerta y preguntó:

—¿Qué quiere usted decir con este: «entre nosotros»?

—Entre los tres, Lena, usted y yo. Una forma como otra cualquiera de sellar una amistad. Adiós Dave.

—Hasta la vista, «Smith».

—¿Quién sabe? —respondió, estrechando su mano en un ademán familiar.

El comandante Dave Sheridan tenía la impresión de haber recibido una paliza. Sus orejas silbaban, un dolor agudo martilleaba sus sienes.

A pesar de la protección de su traje anti-g y a despecho de la notable flexibilidad de su asiento de espesa cubierta de goma-espuma, los efectos de la aceleración habían sido muy penosos cuando el *Space King* abandonó su órbita de satelización.

Cuando acabó su ronda alrededor de la Tierra, como si se tratara de una honda gigantesca, cada revolución de la cual, después de la maniobra de salida, iba acelerando la velocidad, el *King* tomó finalmente la tangente, obedeciendo las indicaciones de su programador electrónico, para describir una trayectoria que iba a conducirlo hasta la proximidad del planeta Marte. Trayectoria elíptica que debía recorrer en treinta y cinco días exactamente.

Uno a cada lado del comandante Sheridan, el capitán Steve Rollins copiloto, y el teniente Lionel Carlson, radarista e ingeniero de radio dirigían el gradual retorno a su posición normal de los asientos. Aturdidos, movían sus párpados y sacudían la cabeza dentro del casco protector de materia transparente. Abrían y cerraban sucesivamente sus manos enguantadas, haciendo mover sus doloridos miembros, embutidos en sus trajes de vuelo. Sonrieron al fin entre muecas y Sheridan tosió:

—¡Vaya, muchachos! Al fin lo conseguimos. ¡Vamos allá!

—Sería difícil afirmar lo contrario —dijo el teniente Carlson—. Y si se me permite decirlo, con el debido respecto a mi comandante, he de manifestarle que tengo los muslos como la mermelada.

—No es usted el único, amigo mío —confesó el jefe piloto mientras consultaba los numerosos cuadrantes del tablero de bordo.

Este, que tenía la forma semicircular, era un pupitre inclinado, dividido en tres secciones, y ocupaba el centro de una enorme cabina cubierta por una cúpula transparente. Cada una de las divisiones del pupitre tenía una pantalla de televisión, pero además en la parte correspondiente al teniente Carlson había una pequeña ventanilla donde relucía la luz temblequeante de la pantalla de radar. Ante el puesto de mando, cerca de la pared de la cúpula, había otro pupitre equipado éste con un asiento rotativo reservado

al astrónomo Dean Rushlow. Era un tablero mucho menos complejo, cuyos órganos estaban destinados únicamente a fijar la orientación y puesta a punto del telescopio. Cuando estuviera en servicio, sus imágenes serían recogidas en una tele-cámara que las inscribiría en una pantalla circular después de atravesar un dispositivo corrector que debía restablecer el verdadero sentido del objeto observado.

En la parte posterior del puesto de mando, una ligera pendiente protegida por dos rampas cromadas, descendía hasta una escotilla por la cual podía pasar al paseo circular, en la periferia del segundo puente. Una verdadera red de escaleras, planos inclinados y otros medios, como dos ascensores, enlazaban entre sí los diversos puentes de la nave espacial, cuatro en total, cuya justa posición constituía el cuerpo cilíndrico del artefacto. Hacia lo alto no podía distinguirse más que el puesto de mando, cuya cúpula transparente emergía entre los enormes depósitos verticales. Debajo del puente inferior los sollados de los motores, las salas de máquinas enteramente automáticas, y, finalmente, bien aislado por pantallas de plomo, cadmio, boro y grafito, estaba el reactor nuclear y su formidable ramillete de toberas.

El comandante Sheridan puso en funcionamiento el piloto automático bajando la correspondiente palanca.

—Todo va O.K. Nos hallamos, por decirlo así, en las manos del programador trayectográfico. Una simple rutina hasta llegar a la zona de atracción marciana.

—¡Vamos a relevarnos en el pilotaje para guardar las formas!

—Casi, casi, Carlson —sonrió Sheridan, con los ojos fijos en la pantalla en que aparecía la Tierra, nimbada de un halo difuso, no mayor que una hermosa naranja que se iba achicando, como si se cayera, poco a poco, en el negro agujero del espacio.

Con un tono declamatorio y burlón, el teniente Carlson recitó:

—*En su estuche de terciopelo con polvo de diamantes, la Tierra ofrecerá un día a los conquistadores del espacio el esplendor de su esfera de aguamarina, incrustada de jade, de topacio y de ágata...*

»Es posible que no sea enteramente conforme al sueño algo delirante del poeta, pero es bastante emocionante, de todos modos.

—Deje ya su laúd prestado, Carlson, y ya que no vamos a volver por ahora a la Tierra, llame cuando menos a la base —aconsejó el

comandante Sheridan.

Cuando se consiguió el enlace por televisión, Carlson mandó la imagen hacia la derivación número 1. Sheridan apretó un botón del selector y sobre su pantalla, la Tierra dejó el sitio al ingeniero jefe de la Base de las Fuerzas Aéreas en Vandenberg.

—Aquí *Lena* —anunció aquél sonriente—. ¿Qué hay de nuevo, *King*?

—Acabamos de salir —indicó Sheridan—. Todo va bien. Corto.

—El control de teledirección lo confirma y yo les recibo muy bien, *King*. Imagen y sonido perfectos. Acabamos de recibir un mensaje de felicitación del Presidente de los Estados Unidos, para ustedes. Vamos a emitirlo por la red espacial en el momento que nos den ustedes la luz verde. Su turno, *King*.

—Tomo nota, *Lena*. Me pongo en contacto con el coronel O'Malley.

Creo que podremos reunimos dentro de una media hora en el refectorio para oír ese mensaje. Acabé, *Lena*. Corto.

Una vez interrumpido el contacto, el copiloto se dirigió a su jefe, con ese modo familiar consagrado ya por su simpatía mutua:

—¿Por qué *Lena*, Sheridan? En principio el indicativo de Vandenberg debió ser *Cindy*.

—Ha sido a petición mía que se cambió por *Lena*, Rollins. En recuerdo de una... persona conocida mía.

—¡Ah! si hubiera podido hacer venir a mis conocidas —suspiró el radio-ingeniero—. No tenemos más que dos mujeres a bordo; algunas más no habrían sobrado.

—Ahí está la cuestión. Esas son las cosas que debería evitar usted. El coronel está muy al tanto de estas cosas de *principio*. Lilian Gaynor y Mary Waller, botánica y química, respectivamente, de nuestra expedición no han sido elegidas por su notable belleza, que reconozco, ni para alegrar nuestra soledad con sus agradables personitas. Han sido seleccionadas por su competencia científica y han tenido que someterse, como nosotros, al mismo entrenamiento, las mismas pruebas. Cualquier familiaridad y salida de tono algo cargada dirigirá a ellas sería verdaderamente algo de mal gusto.

Steve Rollins abundó en la misma opinión:

—Lilian y Mary, únicas mujeres a bordo entre treinta hombres, tienen una posición bastante incómoda en principio. Somos

nosotros los que debemos considerarlas como unos compañeros más, reforzando nuestra camaradería que ya existe entre ellas y nosotros.

—Capitán —intervino el teniente Carlson—, he recibido un mínimo de educación y jamás ha pasado por mi mente la idea de gastarles ninguna broma de dudoso gusto, más propia de un cuerpo de guardia.

Detrás de ellos se abrió una escotilla, y el coronel O'Malley

entró en el plano inclinado que conducía hasta el puesto de mando. Su gran corpulencia, acentuada aún más por su traje anti-g,

le confería unos aires de personaje fantástico. Su casco globular bajo el brazo, con la boquilla del inhalador colgante bajo su barbilla; el jefe sonreía:

—En marcha, por fin. Y no ha sido demasiado pronto. Tres largos años de entrenamiento, de estancias a bordo del *Omega 9* y de vuelos a la Luna. Por fin la «Operación King» ha entrado en su fase activa. ¿Está conforme todo, Dave? ¿No fue demasiado duro el arranque de la órbita?

—Como en una butaca, coronel —bromeó el comandante Sheridan—, una butaca que se hubieran olvidado de rellenar. Pero ya está todo olvidado. Acabamos de recibir un comunicado de la base, coronel. Han registrado un mensaje del Presidente que nos van a transmitir así que usted lo disponga.

—Muy bien, Dave. Vamos a reunimos en el refectorio y así estaremos más cómodos, todos juntos, que no en la sala de descanso. ¿Estamos volando con el P.A. actualmente?

—Sí, mi coronel. El piloto automático está en funciones. Carlson, pase usted la consigna: reunión general inmediatamente, en el refectorio. Se quedará usted a los mandos, con el capitán Rollins y podrán seguir el mensaje desde su pantalla.

Abandonó su butaca y se fue tras el coronel. La pequeña rampa les llevó hasta la estrecha galería que cruzaron hasta llegar al pie de una escalera metálica. Esta, siguiendo la curvatura del casco, llevaba en su primer rellano a la escotilla del refectorio al que se podía llegar también pasando por otro pasillo, en la parte central de la astronave. La pieza, bastante baja de techo, tendría unos diez

metros por quince. Dos de sus muros presentaban, a guisa de ventanillos, unas pantallas de televisión que reproducían la imagen del espacio, del vacío, no totalmente negro sino teñido de una luz extremadamente difusa, la luz zodiacal, llena de puntitos del brillo fijo de las estrellas.

El mobiliario estaba compuesto por cinco largas banquetas fijas al suelo; a un lado la ventana de la repisa que recaía en el montaplatos, hasta la cocina que estaba en piso inferior, en la vecindad de las cámaras de cultivos hidropónicos. Un compartimiento especial contenía los «campos» especiales de cultivo de carne, según los procedimientos de proliferación celular experimentados desde hacía decenas de años por el eminente fisiólogo francés Alexis Carrel.

El lanzamiento por los altavoces, de los primeros llamamientos de Carlson, habían constituido los primeros signos de animación, y de actividad, a través de los distintos puentes del *Space King*. Después de las terribles pruebas de la aceleración de partida, los veinticuatro soldados cosmotecs, todos ellos veteranos de las bases lunares, y los cinco sabios de la expedición, no estaban enojados por haber tenido que abandonar sus colchonetas.

Los cosmotecs, de los que el menos especializado tenía cuando menos la calificación de ingeniero y el grado de sargento-jefe, saludaron al Coronel

O'Malley

y se sentaron en las banquetas. La botanista Lilian Gaynor y la química Mary Waller entraron un poco antes que sus compañeros del cuerpo científico. Aunque poco vistosa la indumentaria de vuelo, a presión, no restaba ningún encanto a la belleza, tan notable de la morena como de la rubia, Lilian Gaynor y su amiga Mary Waller, cuyos rizos habían sido algo maltratados por las correas de sujeción del inhalador.

El astrofísico Dean Rushlow entró a su vez en el refectorio, al lado del microbiólogo Spencer Goodwin y del geólogo Gene Dempster.

En ausencia del copiloto y del radiotelegrafista, retenidos en su puesto de vigilancia, el coronel

O'Malley

tomó la palabra en un tono amistoso, improvisando una corta alocución que no dejó de conmover a su auditorio en esta primera

hora de vuelo espacial a bordo de la nave cósmica.

Después de su breve discurso de introducción, el coronel hizo dar paso a la base de Vandenberg encargada de transmitir el mensaje del Presidente de los Estados Unidos destinado a los viajeros del *Space King*. Muy pronto pudieron ver la cara sonriente del Presidente, aparecer en las pantallas del refectorio, mientras su voz, familiar, se dejaba oír por el altavoz:

—«Coronel

O'Malley,

comandante Sheridan y todos ustedes, mis amigos, les saludo, en mi nombre y en el de todos vuestros compatriotas *planetarios*. Desde ahora, este término merece bien tal extensión. Mañana, los hombres de la Tierra aprenderán con una emoción aturdidora, que un puñado de hermanos suyos se ha lanzado a la aventura del espacio con destino al planeta Marte. De ese mundo que presidió tantos sueños de nuestra infancia y continúa siendo, por hoy, un auténtico misterio.

»La aventura exaltadora que vais a vivir, hará de vosotros unos héroes cuyos nombres quedarán grabados para siempre en la historia de nuestro mundo, con los mismos derechos que los de Colón, Magallanes, Gagarin, Glenn, Titof y muchos otros. No está tan lejos la época en que William Hamsey pisó por primera vez el suelo polvoriento de la Luna y, ahora, ahí estáis vosotros, en ruta hacia Marte. Mañana... Bueno, digamos, «pasado mañana» —sonrió al rectificar— otros hombres, en otras naves, abandonarán la Tierra, no ya para ir a uno de nuestros planetas, sino para alcanzar las estrellas y todos sus cortejos planetarios. Y habréis sido vosotros, queridos amigos, los héroes del *King* los que les habréis mostrado el camino.

«Os felicito y os doy las gracias. Vuestra hazaña sin precedentes, me llena y llenará nuestro país de tal orgullo, ¡oh, cuán legítimo! Pero antes de deciros adiós, debo dirigirme a usted, coronel O'Malley.

En el cajón de su cabina hallará un sobre precintado. Ábralo. Hallará en él, firmado de mi puño y letra, el texto original de este mensaje, así como los nombramientos que, tanto usted como sus hombres, han merecido antes de su partida.

»Buena suerte, y que Dios os proteja».

Un instante después, el coronel

O'Malley

regresó al refectorio, con una cajita plana bajo el brazo y, en su mano, un gran sobre, sellado y precintado con cinco lacres con el sello de la Casa Blanca. Con movimientos que la emoción hacía algo bruscos, hizo saltar los precintos, retiró una serie de hojitas plastificadas, que inventarió, y extrajo una que leyó en seguida a sus compañeros después de haber aclarado su voz:

—«Washington, 31 de julio de 1973. Ministerio de los Ejércitos. Cancillería del Estado Mayor Supremo...».

Recorrió maquinalmente con sus ojos, con una impaciencia excusable, las clásicas fórmulas y con un interés secundario, para proseguir en voz alta:

—«El coronel Floyd

O'Malley,

comandante jefe de la expedición espacial a bordo de la nave espacial *Space King*, es... ascendido al grado de *general de división*, en espera de ser destinado al mando de la Primera División Espacial de las Fuerzas del Espacio de los Estados Unidos en vías de organización».

Los cinco miembros de la expedición pertenecientes al cuerpo científico, como civiles que eran, no se preocuparon ni poco ni mucho de las cuestiones jerárquicas y prorrumperon en estentóreos ¡hurra! de alegría y salutación al recién ascendido general. Los hombres de *tropa*, con gran azoramiento del *general* se unieron también a la alegría.

O'Malley

enrojeció como una amapola y levantó la mano para apaciguar ese tumulto simpático:

—Aún no he terminado, amigos míos.

»El comandante Dave Sheridan, jefe piloto de la expedición es ascendido al grado de teniente coronel...».

Para evitar el recommienzo de las ovaciones, tuvo que levantar la mano de nuevo y abrevió, riendo:

—Lo mismo ocurre con todos los hombres militares de la «Operación King». Oficiales y suboficiales son promovidos al cargo inmediatamente superior al que ostentan actualmente. Los galones y las insignias han sido colocados en este cofrecito.

»Por lo que se refiere a ustedes, los señores del cuerpo civil de la expedición —declaró ahora

O'Malley,

con un fingido desdén—, no pudiéndoles conferir un grado, tienen el derecho a una pequeña compensación: son designados miembros de la Academia de Ciencias de los Estados Unidos, sus sueldos y dietas han sido, como es natural, elevados hasta una cifra respetable, en consonancia con la nueva situación.

El astrofísico Dean Rushlow tomó ahora la palabra:

—En tales condiciones, coronel... ¡oh! perdón; general, si usted me da su permiso, ofrezco el aperitivo. Ascensos y gratificaciones, ¡esto hay que remojarlo!

—Autorizado, Rushlow —aceptó complacido el general

O'Malley

— y esta ronda os saldrá tanto más económica por cuanto deberá usted ir a extraerla de la bodega de a bordo.

Al iniciarse con esta nota de buen humor, el primer vuelo cósmico con destino a Marte se presentaba bajo los mejores auspicios.

Pero ¿los auspicios y los augurios iban a ser siempre favorables a lo largo de esta marcha por el espacio...?

CAPÍTULO IV

A bordo del *Space King*, después de su puesta en línea, veinte días antes, civiles y militares habían abandonado sin lamentarlo, sus escafandras a presión para endosarse el mismo tipo de traje ligero, verde oscuro, traje ajustado con un largo cierre relámpago que lo cruzaba en diagonal.

En el puesto de pilotaje, frente a Sheridan, a su segundo y al radiotécnico, el astrofísico Dean Rushlow apartado de ellos, separado por el gran semicírculo constituido por el pupitre de mandos, observaba la pantalla de su pequeño tablero anejo. Captada por el telescopio y visible sobre la pantalla gracias a la tele-cámara, la imagen del planeta Marte, con una nitidez hasta ahora desconocida, mostraba su disco jaspeado de manchas ocre, azul-verdosas o rojizas. Bastante reducida en esta época del año marciano, la nieve del casquete polar boreal cortaba con su blancura los demás colores, al través de los que aparecía como en sobreimpresión, la redecilla compleja de los misteriosos canales, motivo de tantas controversias.

Dean Rushlow no dejaba su observación, admirando este Planeta Rojo y sus dos diminutos satélites: Fobos y Deimos. Ese mundo que desde tantos siglos antes, había planteado enigmas a la Tierra y alrededor del cual, dentro de quince días, exactamente, el *King* iba a colocarse en órbita.

Durante sus buenos diez minutos, el rápido crepitar del teletipo turbó el silencio del puesto de mando, mientras por la rendija del aparato, iban apareciendo las hojas impresas en caracteres violeta. El ruido cesó: el capitán Lionel Carlson arrolló el papel fino y plastificado que entregó al astrofísico en su pupitre.

—Es para usted, Dean. La base le remite el informe referente a la

explosión H espacial observada a bordo del *Omega 9*.

—Gracias, Lionel —dijo tomando el rollo con cuidado, leyendo con detenimiento, más en ciertos puntos, o recorriendo brevemente con los ojos los datos complementarios.

Terminada la lectura, arrolló cuidadosamente la larga hoja plastificada:

—Ya estudiaré con detenimiento, más adelante, todo este informe, cuando esté en mi cabina. La experiencia ha dado excelentes resultados, ya que es lo que se deduce de los análisis espectrográficos en los cuales han sido detectados algunos elementos extraños en las radiaciones periféricas, pero únicamente en dos puntos determinados de la explosión espacial termonuclear.

El coronel Dave Sheridan movió la cabeza, perplejo, y observó al astrofísico por encima del tablero de su pupitre:

—¿Elementos *extraños*?

—Sí, Dave, extraños a la composición de la bomba y no pudiendo proceder del cohete portante, volatilizado por la reacción en cadena. Esos elementos han sido descubiertos en los dos «relámpagos» tan raros que nos han llamado la atención, cuando efectuábamos nuestras observaciones desde el satélite *Omega 9*.

—Ya me acuerdo; entonces habló usted de unos meteoritos de talla algo considerable que habrían podido ser la causa, al hallarse desgraciadamente en la zona de la explosión.

—Aunque ello no contradiga mi hipótesis, el análisis espectrográfico ha descubierto, por medio de esos cuerpos volatilizados, una composición hasta entonces desconocida, especialmente de metaloides que no se hallan corrientemente en los meteoritos.

—Debemos convenir —objetó el coronel Sheridan—, que no sabemos todo lo que se refiere a los cuerpos celestes que están danzando por todos los azimuts. Y sabe Dios el incalculable número de asteroides que se pasean entre las órbitas de Marte y Júpiter, precisamente en el lugar donde ha estallado nuestro proyectil.

»Poseemos, evidentemente, una gran cantidad de muestras de las «piedras celestes», sin embargo, esta cosecha es insignificante en relación a las infinitas variedades de «pedruscos» posibles que nunca han llegado hasta la Tierra y que, esos pedruscos, pueden ser muy diferentes, en su composición, de los que nosotros conocemos.

Imagínese usted que una explosión formidable pulverizara la Tierra y que solamente los fragmentos procedentes de las montañas Rocosas o del Himalaya alcancen dentro de diez mil o cien mil años, un lejano sistema solar. Si los hipotéticos sabios de tal sistema analizaran esos meteoritos, restos de nuestro globo, no conseguirían obtener más que una idea muy limitada de su composición.

—Esto es la misma evidencia —admitió sin ninguna dificultad el astrofísico—. Yo...

Una exclamación del capitán Carlson, le dejó con la palabra en la boca:

—¡Dios del cielo! ¡Venga usted a ver esto! ¿No me habré vuelto loco?

Mientras Rushlow se movía para dar la vuelta al tablero de los mandos, Sheridan y Steve Rollins, su copiloto, se inclinaba sobre la pantalla del radar por encima de la espalda del operador. Sobre esa pantalla oscura, una mancha luminiscente aparecía cada vez que la manecilla rotativa iba barriendo el círculo, permanecía evidente durante unos instantes para desaparecer y volver a manifestarse a cada nueva ocasión de paso de la manecilla.

—¡No... no... no hay duda, se trata de un *blip*! —tartajó Carlson.

Giró la cabeza en dirección a su jefe, preocupado:

—Dígame... coronel, ¿cree usted, en los... en los *marcianos*?

?

—¡No se ponga usted nervioso! —le respondió el aludido, pensativo también, a su pesar—. Llame al general, rápido.

Un minuto después, el general Floyd O'Malley

irrumpía en el puente de mando, con aire ceñudo:

—¿Qué tonterías me están contando ustedes? ¿Un artefacto desconocido en el espacio?

—¡Humm...! No se trata de ninguna «historia» general —le desengañó el oficial de radio—. ¿Desea comprobarlo usted mismo, por favor?

O'Malley

se inclinó sobre la pantalla de radar y no pudo evitar un movimiento de estupefacción cuando vio aparecer, al paso de la

«escoba» rotativa, el eco luminoso de un brillo verde esmeralda. El comandante en jefe de la expedición ahogó un juramento, luego se calmó, y levantó los hombros:

—No permitamos que nuestra imaginación nos juegue una mala pasada. No se puede tratar de otra cosa que de un meteorito, un asteroide como tantos que existen, no reseñados.

Con el dedo, Sheridan indicó una línea elipsoidal alrededor de la mancha alargada aparecida sobre la pantalla:

—Elsa forma alargada es bastante curiosa para tratarse de un asteroide...

—¡Vamos, vamos! No va usted a contarnos ahora esas historias de... marcianos astronautas ¿eh?

El radio, el copiloto, el astrofísico y Dave Sheridan intercambiaron miradas de reojo. No se atrevían a pronunciarse aún, pero se estaban preguntando si no sería más razonable no excluir tal posibilidad, por extravagante que pudiera parecer así a primera vista.

Ante su mímica,
O'Malley

movió la cabeza, resueltamente escéptico y preguntó al operador:

—Capitán Carlson, dígame usted antes que nada, ¿a qué distancia se mueve ese supuesto navío marciano?

—A quince mil seiscientos kilómetros, mi general. Parece dirigirse, como hacemos nosotros, hacia Marte. Su velocidad es sensiblemente inferior a la nuestra, y por lo tanto la distancia que nos separa va agrandándose a cada momento.

Pensativo, Floyd
O'Malley

se mordisqueó los labios y perdió un tanto su escepticismo:

—Bueno, marciano o no, este cacharro, si se trata de eso, nos debe haber visto también. Es posible que intente entrar en relación con nosotros, si su sistema de comunicación responde a principios parecidos a los de la radio. Probad de lanzarle una llamada en frecuencia de mil cuatrocientos veinte megaciclos.

El capitán Carlson cambió la conexión para regular la frecuencia a veintiún centímetros e, inmediatamente, se oyó chillar al altavoz. Los cinco hombres quedaron petrificados: esta voz, nasal pero clara, *se expresaba en ruso*.

Rojo, congestionado, el general O'Malley, pasó bastante tiempo para reponerse de la sorpresa, a continuación estalló:

—¡Ah, señores! Esta historia de marcianos me la van a escribir ustedes... *Se trata de rusos*. Bueno, Sheridan, ¿qué espera usted para establecer contacto? ¿Usted habla ruso, no?

—Hum... Sí, general, en seguida —respondió tomando un micrófono.

Conmutó sobre el borne de emisión e hizo una llamada en ruso:

—Al habla el coronel Dave Sheridan, jefe piloto a bordo del *Space King* de las Fuerzas Espaciales de los Estados Unidos de América. Le paso la comunicación, nave soviética.

Siguió un corto silencio después del cambio de conmutador, seguido de unas risas a coro en el altavoz. Cuando cesaron, la voz empezó de nuevo, esta vez un inglés lleno de acento ruso:

—Al habla el coronel Gregor Rastolchil, jefe de la expedición a bordo de la cosmonave *Tsiolkowski*. En nombre de mis camaradas, amigos míos. Excúsenos ustedes por haber reído tan descaradamente hace un instante, al recibir su mensaje. El eco aparecido en nuestro radar no era el de una nave marciana, como habíamos temido.

—Paso el micro al general Floyd O'Malley, jefe de nuestra expedición, coronel Rastolchil —anunció Sheridan mientras a su derecha el operador cedía su asiento al jefe.

Este último se designó, respondió al saludo amistoso de los rusos y continuó con el mejor humor:

—Confidencia por confidencia, coronel. Nosotros estábamos preguntándonos también, si vuestra cosmonave no sería un platillo volante marciano. La imaginación corre mucho en el espacio.

—Con lo que se demuestra que la realidad no excede siempre de la ficción, mi general —bromeó el oficial ruso.

Después de un momento de duda O'Malley indicó:

—Salvo que recibamos órdenes en contra en el último instante, tenemos la intención de descender en los alrededores de *Deltoton*

Sinus, en la región ecuatorial de Marte, coronel. Me permito indicároslo.

—Le doy las gracias, mi general. Es una región que parece la más indicada para un aterrizaje, sobre todo hacia el noroeste donde hay muy poco relieve. Será preciso que venga usted a visitarnos, general, pues ustedes serán los primeros en llegar si hemos de juzgar por su velocidad.

Los americanos se miraron entre sí con intenso júbilo.

—Será para nosotros una inmensa satisfacción, coronel Rastolchil —respondió

O'Malley

—. Nos colocaremos en órbita el 5 de septiembre y tomaremos contacto con el suelo marciano, a bordo de un cohete auxiliar, dentro del mismo día.

—Nosotros no vamos a aterrizar hasta el alba del 7 de septiembre, o sea a mediodía en este hemisferio del planeta Marte. En ese momento establecemos contacto con ustedes por radio, general

O'Malley.

Lo cual, desde luego, no nos priva de comunicar con ustedes, mientras tanto, desde el espacio. Tendremos verdadero placer de hablar con usted, mi general.

—Sus mensajes serán siempre bien recibidos, coronel. Hasta pronto. Terminado. Corto.

Concluida la comunicación, Dave Sheridan observó:

—Podemos estar seguros de que en este mismo instante, el camarada Rastolchil está comunicando a Baikonur nuestro encuentro en el espacio... y nuestra llegada como primeros a Marte. Sea lo que Dios quiera, pero se han mostrado muy *fair play*.

Que gane el mejor, aun cuando ese deseo no les saliera de lo profundo de su corazón.

—Rastolchil daba la impresión de estar muy satisfecho —sonrió el jefe de la expedición—, lo que no impide que nuestra ventaja de cuarenta y ocho horas ha debido significar para él una amarga decepción. Su nave espacial salió tres días antes que la nuestra, tiene, por consiguiente una velocidad marcadamente inferior a la de nuestro *King*.

—Cuatro días, general —rectificó el astrofísico—. Fue la víspera

de nuestra explosión espacial experimental, cuando anotamos la salida de un cohete soviético del cosmódromo de Baikonur. Cohete que, un poco precipitadamente tomamos por un aparato de observación teledirigido.

—Tiene usted razón, Rushlow. Fue cuatro días antes de nuestra salida que la cosmonave partió. No sólo la hemos alcanzado sino que hemos tomado la delantera. ¡Capitán Carlson, anuncie usted la buena noticia a la Tierra!

Habida cuenta de la distancia a la que estaba el *Space King*, algo más de sesenta millones de kilómetros de la Tierra, el diálogo que iba a llevarse a cabo entre él y Vandenberg, a través de la Estación de escucha espacial de Pasadena, exigiría un plazo de transmisión bastante largo.

Reunidos nuevamente en el refectorio, los compañeros del general Floyd O'Malley, satisfechos de las *performances* de su navío, escuchaban con atención las conclusiones que su jefe extraía de este encuentro inesperado en pleno espacio.

—Es verdad que podemos mostrarnos orgullosos y contentos de saber que vamos en cabeza en esta carrera para la conquista del planeta Marte. Pero esta conquista, por pacífica que sea, no se conseguirá sin algunas dificultades en el terreno diplomático. Moscú y Washington, eso supongo al menos, van a intercambiar notas, al nivel de las embajadas, con el fin de discutir los derechos de cada una de las partes en esta conquista. El problema se planteó ya cuando se trató de la internacionalización de la Luna, y no veo la razón para que no se plantee de nuevo por Marte. Todo lo contrario.

»En virtud de los convenios internacionales más o menos establecidos y reconocidos por una y otra parte, nuestra situación de «futuros primeros ocupantes» no nos autoriza en absoluto a tener la pretensión de querer reservarnos el derecho de colonizar todo el planeta Marte. Esto no quiere decir, por otra parte, que vayamos a permanecer tan tranquilos esperando ante la puerta de nuestra nave, en el mismo lugar de aterrizaje, el resultado de las deliberaciones bilaterales entre Moscú y Washington.

»Vamos a tomarnos, y lo digo bajo mi entera responsabilidad, la

libertad de dispersarnos por la superficie del planeta Marte, con el fin de señalar nuestro paso por el mayor número de sitios que sea posible, hacia el norte, hacia el sur, el este y el oeste de *Deltoton Sinus*. A tal efecto hemos transportado con nosotros millares de piquetes, con la bandera de estrellas y rayas, con el escudo del *Space King* para tomar referencias a todos los fines previsibles. Es de buena ley y, en seguida, no antes, podremos invitar a nuestros «aliados» rusos a venir a tomar el vaso de la buena amistad en *nuestros* dominios.

»Y a fe mía, si cualquier incidente diplomático debía originarse a causa de esto, seríamos siempre nosotros los que obtendríamos una mejor tajada al evacuar *sin más*, las zonas ocupadas un poco prematuramente. Al inclinarnos de este modo ante el Derecho, incluso antes de cualquier decisión del Tribunal Internacional de La Haya, nadie podría negar nuestro buen deseo de conciliar las cosas. Al suscitar tantos incidentes en Berlín y en otros sitios, los rusos nos han fastidiado bastante para que no podamos devolverles aquí sus golpes, con la misma moneda.

En la galería que acababa de tomar para regresar a su puesto de mando en compañía del general

O'Malley,

Dave Sheridan preguntó al pasar ante la cabina de su jefe:

—¿Podría hablar con usted... a solas, mi general?

Algo sorprendido por la expresión preocupada del piloto,

O'Malley

aceptó, mientras lo invitaba a entrar en la cabina:

—Pase usted, Dave, y sírvanos antes un *whisky* —dijo, mientras iba a sentarse al borde de su camastro—. Siéntese usted en la silla.

Dave llenó los dos vasos de

Gilbey's

, los colocó sobre la mesita fijada en el muro y separó del suelo los pies imantados de la silla que acercó a la mesa. La cabina del general era tan austera como las de los demás miembros de la expedición y sus paredes revestidas de un plástico verde claro, estaban adornadas con diapositivas luminosas, mostrando vistas aéreas o de los barrios típicos de muchas ciudades de la Tierra.

Admirable entre todas ellas se destacaba la fotografía en colores de Waikiki, la célebre playa cercana a Honolulu, con sus edificios frente al mar, sus palmeras y, más lejos, los áridos contrafuertes de la Koolau Range.

—Bueno, Dave ¿qué es lo que ocurre? Parece usted preocupado.

De su cartera, el piloto extrajo un recorte de prensa, lo desplegó, mostró la foto sobre dos columnas y bajo unos titulares en grandes letras.

—¿Conoce usted a esta mujer, general?

El oficial superior la reconoció en el acto:

—¡Pardiez! Es Lena Bates, la criminal que ha destrozado a su amante unos días antes de nuestra partida. El asunto ha llamado bastante la atención, para que no me acuerde. Por otra parte, una cara tan bonita es muy difícil de olvidar. Un buen ejemplar de muchacha esta...

—Bueno —abrevió, molesto por haberse dejado llevar a formular tales apreciaciones—. ¿Qué va usted a decirme, Dave?

—Lo siguiente, general: Lena es inocente del crimen que se le imputa. Todo ha sido una pura invención de las autoridades, como pretexto para iniciar a la población a cooperar con la policía para detenerla.

—¿Es amiga suya?

—En cierto modo, sí. Llegó a mi casa algo después de haber sido difundida su imagen y demás datos, por la televisión. Lo que sucedió no fue, para nosotros... digamos, no fue más que una simple aventura sin mañana.

—¡Diablo! ¿Pero se ha dado usted cuenta que al proceder así se ha convertido en cómplice de esta mujer?

—En cualquier caso, no de su crimen, puesto que no ha cometido nada parecido.

Y Dave empezó a contar su extraña aventura, sin olvidar nada de su incomprensible final. El General O'Malley

dio algunos pasos en la estrecha cabina, preocupado por lo que oyó.

—Veamos, Dave. ¿Cómo puede usted suponer que esta mujer fuera un agente del Este? Estamos de acuerdo y todo el mundo lo sabe, que los rusos han hecho desde hace cierto tiempo, considerables progresos desde aquellos primeros «sputniks». Pero de

eso a admitir que hayan conseguido encontrar la manera de hacer desaparecer a sus agentes como me dice, «puf» y ya no está, desde lo alto de un balcón situado a cuarenta metros del suelo, media un abismo. En sentido figurado y en el estricto.

—Estoy dispuesto a admitirlo sin dificultad, mi general, pero las cosas ocurrieron tal y cómo se lo digo. Y por mucho que reflexione, y piense en ello sin cesar, no consigo hallarle una explicación lógica o racional a tan extraordinaria desaparición. Al mismo tiempo los móviles de esa mujer parecen bien claros: tenía excelentes motivos para intentar conseguir un retraso en la partida del *Space King*. La existencia de la nave cósmica *Tsiolkowski*, que hemos encontrado no hace mucho, confirma mi hipótesis.

»Habiendo sabido los rusos, (¿pero, cómo? esto será siempre un misterio), que nos preparábamos para lanzar el *King*, cuando su aparato ya estaba en el aire o a punto de despegar, han intentado efectuar esta maniobra, con la esperanza, algo ridícula, desde luego, de retrasarnos. Sabían o temían que la velocidad del *King*, sería superior a la del *Tsiolkowski* y no querían de ninguna manera que nosotros llegáramos a poner el pie en Marte antes que ellos.

El general

O'Malley

hizo chasquear la lengua, con aire de duda:

—Sus argumentos, amigo Dave, no son muy convincentes, ni muy claros tampoco. Si su hipótesis «Lena Bates agente del Este» parece aceptable, los procedimientos, la manera de actuar de esta mujer, al contrario, me parecen absolutamente inverosímiles. Y, además, tenemos esa extraña ubicuidad: Lena Bates está en Los Angeles, en casa de usted, apenas transcurrida media hora de su paso por Washington. Esto no tiene consistencia... A no ser que supongamos que esa mujer tenga una hermana gemela...

—O que algún milagro de la cirugía estética haya creado su doble, y lo hayan hecho actuar simultáneamente en Washington.

—Esto es más plausible, pero debe usted admitir que, en su deducción hay que admitir una cantidad de postulados para hacer posible su aceptación, o cuando menos concederle un poco de crédito. Nos falta más de un componente de este enorme rompecabezas, lo sabe usted tan bien como yo, Dave. En tales condiciones es imposible tener una idea sana y buena de todo el

asunto, de los móviles recónditos que han hecho actuar a Lena Bates. Créame, la C.I.A. o el F.B.I. pondrá el tiempo que haga falta; más pronto o más tarde, esa mujer caerá en la trampa y entonces verá que la historia es mucho más sencilla de lo que estamos imaginando ahora.

—No estoy tan seguro de ello, mi general. Lena se ha esfumado de las manos del propio Servicio de Seguridad del Pentágono, dejando plantados a los agentes de la M.P. que la conducían a Alejandría, con un aplomo y seguridad que parecen milagrosos. A mayor abundamiento, ella tomaba estas pesquisas y persecuciones que movilizaban a toda la policía y a los agentes federales, como algo sin importancia. Por esa misma razón, tengo mis dudas sobre las posibilidades de la C.I.A. o del F.B.I. en cuanto a echarle el guante.

»Ve usted —prosiguió—, lo que me ha parecido más desconcertante de todo este asunto, son las razones invocadas por Lena para justificar su conducta. Pretendía que nuestra aventurilla amorosa, tenía que constituir un «recuerdo común cuya utilidad llegaría a comprender yo más tarde». Por otra parte, me acuerdo de ello perfectamente... y más concretamente de una frase que ha pronunciado, un poco antes de desaparecer de aquella manera tan singular. Me dijo: *Deseo con todo mi corazón que seas tú el piloto del Space King...*

El general Floyd

O'Malley

se encogió de hombros:

—Palabras, palabras y nada más que palabras. Frases intercambiadas con el solo objeto de impresionarle. No piense usted más en ello, Dave. Tenemos otras cosas en que ocuparnos.

¡No piense más en ello!

Era un consejo menos fácil de seguir que de dar.

En el trigésimo quinto día de su periplo, el último, el *Space King* había desviado su trayectoria para colocarse en órbita de satelización alrededor del planeta Marte, a unos quinientos kilómetros de altitud tan sólo.

Agrupados alrededor del astrofísico Dean Rushlow, los

componentes del grupo de científicos, el general

O'Malley,

Sheridan y sus asistentes devoraban con los ojos la imagen del planeta, que les ofrecía la pantalla en razón de su proximidad. La diafanidad de la atmósfera permitía efectuar observaciones de una sorprendente nitidez. Se distinguía claramente el relieve poco acusado del suelo, cuyas coloraciones pasaban del bermellón al ocre, con medias tintas violáceas, pasando por una considerable variedad de verdes, pardos y grises.

Si Fobos y Deimos, los modestos satélites de Marte, no hubieran retenido mucho tiempo la atención de los astronautas, estos, en contrapartida habrían podido observar varios detalles geométricos; haces de líneas sombrías o más claras, simples, dobles, múltiples, que irradiaban, se entrecruzaban, recubriendo como una red gigantesca la superficie del globo. Era indudable que los «hipotéticos» canales marcianos existían. No se trataba, como habían pretendido algunos astrónomos, de una particularidad de las unidades naturales componentes del suelo del planeta, sino, de acuerdo con la opinión sostenida por los «canalistas», del testimonio irrecusable de una *obra inteligente*:

Una obra de titanes ya que, sobre centenares, millares de kilómetros, entre los casquetes polares y el ecuador, estos canales formaban radios que al entrecruzarse dibujaban unos trazados en estrella, a partir de unos «puntos», más o menos circulares, de color oscuro u ocre.

En realidad, aquí la palabra canal no tenía el sentido que nosotros estamos acostumbrados a darle habitualmente. Un examen cuidadoso y de cerca, nos permitía resolver esas formaciones rectilíneas en una interminable sucesión de oasis, de bandas de vegetación, cuya anchura variaba de quince a doscientos kilómetros, según que se hallaran solas o en agrupaciones y en paralelo.

—No hay que darle vueltas —murmuró Dean Rushlow al examinar el paisaje que le mostraba la pantalla—. Se trata de la obra ingente de una raza de seres de una privilegiada inteligencia, técnicamente avanzada, pero que no ha conseguido, a pesar de su sapiencia, sobrevivir a la sequía gradual y progresiva de su planeta. Pues es evidente que esos pobladores han desaparecido. Ahí

tenemos la prueba, ante nuestros ojos. Miren ustedes ese «punto», en la intersección de esos canales que forman una X alargada, en el noroeste de *Deltoton Sinus* donde pretendemos posarnos.

El astrofísico aumentó el tamaño de la imagen en perjuicio del campo visual que se redujo gradualmente. En la pantalla apareció bien evidente ahora la imagen de una importante localidad cuyas ruinas informes se podían distinguir aún, rodeadas por los escombros enterrados por una espesa capa de polvo y arenas rojizas, entre los que se podía ver el trazado de las calles que se cortaban en ángulo recto.

—Qué horrible y lenta agonía han tenido que soportar esas criaturas, en su mundo seco —murmura la botanista Lilian Gaynor.

Mucho más pragmático, el general O'Malley, pensaba en el presente:

—*Deltoton Sinus* no es tan rico en vegetación como nos esperábamos, Sheridan. Sería conveniente que escogiéramos otro terreno de aterrizaje en una región más lujuriente... Aunque esas zonas de vegetación tengan un aspecto bastante anémico. ¡Mire ahí, por ejemplo, la vegetación aparece mucho más densa...! En la intersección de esos cinco «canales», algo al norte de la ciudad en ruinas, tenemos una superficie lisa donde podríamos descender con el cohete de reconocimiento.

—Desde luego, ese emplazamiento, *Sinus Meridiani*, creo que nos conviene, mi general —aprobó el jefe piloto.

—¡Eh! —gritó ahora el segundo—, fíjense, el detector de infrarrojos reacciona distintamente según las regiones ante las cuales vamos pasando.

—En las capas hundidas de Marte, deben existir algunas bolsas de magma, algo parecido a lo que sucede en las entrañas de la Tierra —explicó el geofísico Dempster—. La temperatura del suelo, en cierto modo, será función de la profundidad a la que se hallaran tales bolsas. De este modo, el calor se propagará más o menos fácilmente hasta la superficie y creará, en determinados lugares, puntos más cálidos que en otros sitios.

»Por lo que se refiere a la temperatura ambiente en los alrededores del ecuador, debe oscilar, por término medio, entre los diez grados centígrados durante el día y de menos treinta o

cuarenta grados durante la noche. Esto en cuanto a las regiones ecuatoriales desérticas se refiere; para las otras, en aquella misma latitud pero ricas, relativamente hablando, en vegetación, alcanzar los quince grados durante el día y en verano no es imposible. Por consiguiente, en Marte acaba de empezar el verano.

»El escoger este período del año, fue para beneficiarnos de las mejores condiciones de clima para instalar nuestra base en la banda ecuatorial».

—O.K. —acordó Sheridan—. Nos posaremos pues, entre las ramas norte y noroeste de estos canales que resplandecen en forma de estrella en torno a esa ciudad en ruinas, al límite norte del *Sinus Meridiani* es decir muy cerca del ecuador. Aquellos que deban tomar parte en el primer vuelo de reconocimiento, que vayan a equiparse... Me refiero al cuerpo científico, general —se apresuró a decir a fin de no pisar el terreno sobre las prerrogativas del comandante en jefe.

Floyd

O'Malley

le dio unos golpes amistosos en la espalda.

—Comprendido, coronel. ¿Durante cuánto tiempo volveremos a pasar por debajo de esta región escogida para el establecimiento del campo de la base?

—Durante cuarenta y siete minutos, general.

—Perfecto. Prepárense y vengan a reunirse frente a la escotilla comunicante con el cohete número 1 —indicó dirigiéndose a las dos jóvenes y a sus colegas, el microbiólogo Spencer Goodwin y el geofísico Gene Dempster—. Mientras escogeré a los doce hombres que nos acompañarán.

Sin dejar de observar la pantalla por la cual desfilaba el paisaje, el capitán Lionel Carlson suspiró:

—Coronel, ¡piense en los que se quedan! Envíenos algunas marcianas y nosotros les daremos un cursillo sobre los beneficios de la fraternización de los pueblos.

Su ocurrencia causó escalofríos: los otros se preguntaban cómo el general, que el copiloto creía ya fuera, se tomaría aquella broma. A punto de «enfadarse», el oficial superior, en el umbral de la cabina, vio la guasa reflejada en los ojos de la botanista Lilian Gaynor, contempló la expresión divertida de la química Mary

Waller y se suavizó, no teniendo además alma de puritano.

—De acuerdo, capitán —rió—. El coronel ha tomado buena nota de su petición, pero no creo que pueda confiar demasiado en poder tener un auditorio numeroso de alumnas marcianas a su curso sobre el acercamiento de los pueblos.

O'Malley

había sabido capear la situación y desagraviar oportunamente a los ocupantes del puesto de pilotaje. Aquellos treinta y cinco días no habían sido siempre demasiado agradables a bordo, y él se sentía propicio a dejar salir a la luz las ocasiones, bien raras, de divertirse un poco.

Puesto que en este mundo muerto, el día no se anunciaba como de los más agradables, él tampoco...

CAPÍTULO V

Teledirigido desde que la enorme astronave estuvo puesta en órbita de «aparcamiento», la tercera reserva de carburante, gradualmente, fue amortiguando su caída: sus cohetes a retropropulsión acababan de entrar en acción.

Sus tanques cilíndricos permitían alimentar de carburante a la futura base, el cohete de reconocimiento y las dos plantas de exploración que transportaba. Debajo del carburante, aquellos tanques resguardaban, en un compartimiento superior, las reservas anexas de víveres y de agua potable acondicionada en los recipientes de plástico. Gracias a sus estabilizadores giroscópicos y a sus coronas de cohetes de retropropulsión, aquellas tres cisternas fueron depositadas levantando una nube de arena rosada, a treinta o cuarenta metros de distancia entre una y otra. Sobre aquella zona plana aterrizaría pronto «el equipo de vanguardia».

Junto a los tanques de carburante, ese tonel en torno del continente forrado de material pesado, las reservas de agua y víveres, de forma alargada.

Su corona de cohetes retropropulsores lanzando cortas llamas de tono anaranjado-púrpura que se alargaron bruscamente a fin de aminorar la velocidad. El voluminoso depósito cilíndrico tocó «tierra» a unos sesenta metros de los tanques. La toma de contacto de aquellas máquinas teledirigidas con la superficie marciana se había llevado a cabo dentro de las mejores condiciones.

Por último, el cohete de reconocimiento se deslizó por su rampa en las entrañas del gigantesco *Space King*, y descendió hacia el Planeta Rojo. El cohete, de forma cónica, se componía de tres elementos, de los que el más voluminoso, en la base medía quince metros de diámetro. Una vez consumido su carburante, aquel

elemento se apartaría hasta quedar a unos cincuenta metros del suelo; dos micro-cohetes le imprimirían un empuje lateral para alejarlo del punto de aterrizaje y tres microproyectiles más, éstos verticales, frenarían su caída, mucho más lenta aquí que en la Tierra, debido a la débil gravedad marciana. Era, en efecto, importante que aquel depósito, vacío, llegara intacto al suelo, puesto que bien pronto tendría su utilidad: nada, en una expedición de aquel tipo, podía ser desperdiciado, o rechazado.

No lejos del depósito de los tanques y del elemento cilindro-cónico, se posó suavemente el proyectil gracias a su flexible tren de aterrizaje, compuesto de seis poderosos gatos hidráulicos, con un baño de aceite especial que le hacía resistente a las tres temperaturas básicas. En aquella atmósfera rarificada, el formidable estruendo de las toberas era apenas audible.

En el seno del segundo elemento del proyectil, una gran escotilla rectangular se movió y del pañol se extendió la flecha extensible de una grúa. Sin pérdida de tiempo, los cosmotecs comenzaron a descargar el material, empezando por las dos plantas provistas de un pequeño compartimiento de plexiglás. En la otra superficie del proyectil, si bien en la parte superior reservada al habitáculo, se abrió una escotilla más pequeña, dando paso a una escalera de montantes de cuerda gruesa y de barrotes de electrón que se desenrolló, rodando con una curiosa lentitud mientras se balanceaba suavemente. Los tramos perpendiculares, provistos de agarraderos magnéticos, fueron automáticamente desplegados, a intervalos regulares, a fin de mantener la escalera separada de la cápsula.

En el umbral de la puerta apareció el general O'Malley, enfundado dentro de un vidoscafo con casco global transparente. De su cinturón colgaba el estuche de una cuchilla, una brújula y una potente antorcha eléctrica, cuya pila de titanato de estroncio se mantendría indefinidamente cargada.

En la Tierra, con su escafandra y su equipo, el corpulento jefe de expedición habría pesado cerca de cien kilos; pero aquí, no acusaba apenas los treinta kilos, encontrándose muy bien con aquella ligereza.

O'Malley

bajó el primer escalón, seguido por Dave Sheridan, los cuatro miembros del cuerpo científico y los doce cosmotecs de aquel «equipo de vanguardia». Todos ellos habían adquirido sus respectivas cartas de nobleza realizando varios vuelos Tierra-Luna con estancias prolongadas en la base *New America* del cráter Ptolomeo. A pesar de ello, no podían evitar sentirse intensamente emocionados al poner ellos, los primeros, el pie sobre aquel mundo virgen, en el cielo azul malva en el que flotaban, muy altas, las nubes poco densas, de tono rosa-pálido o de un amarillo-cobrizo. Un cielo donde el sol ofrecía un disco sensiblemente reducido, anémico y donde, incluso en pleno «día», podía contemplarse el fulgor de algunas de las estrellas más brillantes.

Vitrificada por los chorros de los reactores, la arena rojo-ocre

había tomado una coloración gris-azulada bajo el proyectil. Hacia el norte se extendía un desierto de tono anaranjado, árido, donde crecía una hierba endeble, en cierto modo parecida a las «barbas» del maíz. Hacia el sur, por contra, el paisaje cambiaba. Espléndidos vegetales liquenoideos, clases de esponjas o montones de «correhuelas» de bordes rizados, erigían una verdadera barrera que se extendía hasta perderse de vista, del sur al nordeste. La altura máxima de aquella banda de vegetación, fertilizada por un «canal» hasta entonces invisible, no excedía de tres metros y se extendía desde el lila oscuro con masas herbosas de verde sombrío, en algunos sitios. A tres o cuatro kilómetros de allí, emergiendo en medio de la «espesura», se alzaban los vestigios de una ciudad muerta.

Aquella, en la intersección de cinco canales, parecía ocupar el centro de una estrella. La zona de aterrizaje estaba comprendida entre las dos ramas norte y nordeste de aquella estrella. «Ramas», en el sentido de bandas de vegetación de varias decenas de kilómetros, que se extendían rectilíneas sobre cientos de kilómetros. Las observaciones astronómicas desde el *Space King* y las fotografías aéreas de las que estaban provistos, permitían a los terrestres hacerse una idea precisa de la configuración del terreno y de la situación de las zonas vegetales.

Pionero de la «conquista» de la Luna, el general Floyd O'Malley

hizo de nuevo allí el gesto ritual realizado cinco años antes a la sombra de una grieta del cráter Ptolomeo. En presencia de sus compañeros silenciosos, plantó en el suelo el asta de la bandera estrellada, utilizando la misma fórmula que había pronunciado en nuestro satélite al tomar posesión del sector en el cual se había posado la astronave estadounidense.

—En nombre del Presidente de los Estados Unidos de América, y en virtud de los poderes que me han sido conferidos y de acuerdo con las convenciones actualmente en vigor, yo declaro y proclamo tomar posesión de la porción de territorio marciano inscrito en un radio de dos mil kilómetros, a partir del presente campo de la base. La delimitación exacta y definitiva de dicho territorio será objeto de acuerdo ulterior entre las autoridades que, después que nosotros, envíen a este mundo sus propias expediciones astronáuticas.

Impávido, consciente de la solemnidad de este minuto que quedaría señalado en la historia de la humanidad, el coronel Dave Sheridan no podía, sin embargo, evitar pensar en los regateos, que nacerían tras las discusiones de aquellos «acuerdos» de partición, antes de que transcurriera mucho tiempo, en la Tierra. En todo caso, nadie podría poner en duda el derecho de *primo occupanti*, lo cual no dejaba de ser ya una satisfacción mayor y muy reconfortante.

El general
O'Malley

se aclaró la voz y pronunció en el micro de su casco:

—Este territorio de *Sinus Meridiani*, cercano al ecuador, y atravesado por el meridiano cero del planeta Marte, es uno de los más ricos en especies vegetales y, por consiguiente, en canales fertilizantes. A pesar de que no nos dijeron nada al respecto de sus intenciones, el coronel Gregor Rastolchil, dentro de un plazo de cuarenta y ocho horas, posará igualmente su astronave en cualquier lado de las cercanías al ecuador. Debemos, por tanto, establecer contacto por radio con él para hacerle saber, con veinticuatro horas de antelación, nuestra posición, inscrita en un círculo de cuatro mil kilómetros de diámetro.

»Fuera de los límites de nuestra «colonia» hay espacio de sobra y los rusos instalarán la suya allí donde mejor les parezca. Gozando de los mismos derechos que nosotros, podrán ocupar un territorio

de una superficie igual a la nuestra. Y mientras, amigos míos —dijo, dirigiéndose en especial al cuerpo científico—, creo que no hay tiempo que perder. Dejemos a los cosmotecs la cuestión del desembarque del material y despejar de su «película» interior el receptáculo largado antes del aterrizaje, que nos servirá de base después de haber recibido los arreglos *ad hoc*. Nosotros vamos a separarnos en dos grupos, para efectuar el reconocimiento a bordo de las «canoas».

»Un primer grupo, del cual yo tomaré el mando, se dirigirá hacia el nordeste, paralelamente a este canal, invisible pero presente, oculto por la frondosidad que crece a lo largo de su curso. El otro grupo, bajo la dirección del coronel Sheridan, explorará las orillas de la banda de vegetación orientada hacia el noroeste.

»A intervalos de veinte kilómetros plantaremos una banderola a fin de alinear nuestro paso. Al mediodía, cuando haya sido desembarcado ya todo el material, el proyectil despegará para soltar esta vez las valijas de radio y óptica en los trescientos kilómetros de la periferia de nuestro territorio. Este círculo, de cuatro millas de kilómetros de diámetro, limitará así nuestras «fronteras» provisionales.

Consultó su voluminoso cronógrafo, situado en una cavidad protectora, en la parte interna del puño de su escafandra:

—Las diez y nueve minutos: disponemos, pues, de todo el día para efectuar este trabajo de agrimensor. La exploración de la cercana ciudad en ruinas no presenta ningún carácter de urgencia; la visitaremos, así como otras muchas, durante las próximas semanas.

»Les recuerdo que las «canoas» tienen una autonomía de mil kilómetros si su velocidad media se limita a cuarenta kilómetros-hora. Disminuyendo el tren de anillos neumáticos para sustituir en las «canoas» la velocidad de punta, pueden llegar a alcanzar ciento cincuenta kilómetros-hora, pero la consumición de carburante es entonces triplicada y la autonomía reducida a un tercio. Una última indicación, ya: los astilleros de estos vehículos están provistos de metralletas Thompson. Esas armas, creo y deseo, no nos serán ninguna utilidad; sin embargo, nadie puede atreverse a asegurar, a afirmar, que la vida animal en este mundo agonizante, se limite a menudas especies inofensivas... La prudencia nos aconseja, pues,

estar prevenidos a bordo con armamento de defensa, útiles a todo fin.

La ojiva del proyectil disminuyó gradualmente tiras la «canao» pilotada por Sheridan, en compañía del cual habían tomado igualmente plaza la botanista Lilian Gaynor y el microbiólogo Spencer Goodwin. Los tres habíanse quitado los cascos y cerrado el circuito isotérmico y la fuente de aire de sus escafandras; el vehículo estaba, en efecto, equipado para mantener en su interior revestido de plástico metal una atmósfera y temperatura agradable.

La «muralla» de vegetación, desfilaba a poca distancia a su derecha, a lo largo de los canales paralelos, cuya longitud alcanzaba de quince a veinte kilómetros, según les había revelado la observación aérea. A quinientos kilómetros hacia el noroeste sus bandas vegetales se cruzaban con otras y ese «nudo» marcaba entonces la situación de otra ciudad muerta.

Sólo un efecto de perspectiva daba la ilusión de una masa de vegetación compacta, a trescientos metros poco más o menos de la ruta. La hierba y los matorrales, espaciados, achaparrados, iban espesándose poco a poco, haciéndose más densos hacia el oeste. Estas extrañas formaciones se parecían a los líquenes gigantes, cuyas frondosas ramas alcanzaban hasta tres metros de altura, desplomándose bajo el peso de las largas hojas de bordes rizados, resplandecientes, de uno rojo violáceo.

Después de media hora de avanzar, Lilian Gaynor preguntó:

—Dave, ¿no podríamos detenernos un instante? Me siento poderosamente impaciente de examinar uno de estos vegetales.

—De acuerdo. Sólo un minuto. El tiempo necesario para plantar una banderola.

La botanista se puso de nuevo el casco y lo ajustó sólidamente sobre la gorguera, mientras que Dave y Goodwin la imitaban antes de cerrar la provisión de oxígeno en el habitáculo, y la joven se alejó hacia los líquenes, endebles por estar al límite de la banda del terreno fertilizado. Dentro del micro de su casco, Sheridan dijo:

—No te extravíes, Lilian. Te concedo un paseo de unos veinte metros, por no más. Dentro de algunos días, podrás merodear a tu gusto por esta singular espesura, pero bajo la protección de una escolta.

—Tranquilízate, Dave —rió ella—. ¡No tengo la intención de

despedirme a la francesa!

Una vez hubieron clavado en el suelo el asta de aluminio del primer banderín, Sheridan y Goodwin buscaron con la vista a su compañera. La divisaron a unos cincuenta metros, dándoles la espalda y avanzando a través de espesos matorrales de los cuales sólo emergía el busto. En otras circunstancias, y en terreno conocido, Dave habría, sin duda alguna, cerrado los ojos, pero allí, en aquel mundo donde el peligro podía surgir bajo cualquier forma imprevista, tal temeridad merecía y exigía una inmediata llamada al orden.

—¡Lilian! ¡Regresa inmediatamente!

El chasquido de la voz en sus auriculares le hizo dar un brinco violento dándose la vuelta hacia los dos hombres.

—¡No grites de esa manera, Dave, que no soy sorda!

—Te he dicho que no te alejaras —repitió el hombre, disgustado—. ¡No nos hemos alejado de la base para dar un simple paseo campestre!

Con los brazos cargados de líquenes, Lilian Gaynor, se detuvo, presa de una indignación que daba a su rostro una belleza altiva a través del globo azulado de su casco. La manera insolente con la que aquel «militar» la trataba, a ella, una *civil*, doctor en ciencias y además botanista distinguida, la sofocaba.

—¡Y deja esa brazada de plantas! —gritó el jefe piloto—. La consigna es bien clara: ninguna especie de la fauna o de la flora debe ser introducida a bordo de las «canoas» en misión de reconocimiento. Esta «recolecta» será objeto de una salida especial y las muestras recogidas serán cuidadosamente encerradas en los recipientes adecuados a los fines de análisis. Sólo un estudio microbiológico apurado nos dirá si dichas muestras presentan o no algún peligro para nosotros.

—¡Esas reglas de seguridad biológica no me han pasado por alto! Pero por lo visto, tú parece olvidar, que si aquí existieran esporas y microorganismos peligrosos, en la tierra y la arena, ¡tendríamos ya en estos momentos llenos de ellos las suelas de nuestras botas!

—No lo he olvidado, Lilian. Por lo que nos someteremos a una ducha microbiana antes de entrar de nuevo en la astronave o de penetrar en la base fija, si es que está ya dispuesta a nuestro

regreso.

Ofendida, avanzó hacia la canoa, pero de nuevo fue interpelada por el jefe piloto. Ella obedeció a pesar suyo, viendo a Dave saltar dentro de la cabina y salir poco después con una especie de gran extintor en su mano enguantada, cuyo conducto enfocó hacia ella. Dio vuelta a una manivela de cobre y la botanista, roja de indignación, recibió de la cabeza a los pies una ducha de líquido rosado que se transformó inmediatamente en vapor crepitante sobre su escafandra.

—¡Lo lamento, Lilian, pero debo proceder a la desinfección de tu equipo! —dijo cerrando la manivela—. No lo tomes como una broma pesada, sino como una precaución de las más elementales.

Con aire mohíno, si bien en su fuero interno reconocía sus errores, permaneció inmóvil, con los brazos ligeramente separados del cuerpo a fin de permitir que el líquido microbicida se evaporara, lo cual llevaría muy poco tiempo en aquella atmósfera suave y a baja presión.

Cuando su escafandra hubo cesado de «humear», y siguiendo la invitación de Sheridan, ella volvió a ocupar su lugar junto a él, mientras que el microbiólogo Goodwin se colocó en la banqueta posterior. Una vez cerrado el caparazón, el índice de la presión interior volvió a la normalidad, y entonces se quitaron los cascos de sus respectivas escafandras, mientras el vehículo se puso en marcha tras un zumbido del motor.

Con los ojos fijos en el horizonte rojizo, amurallado a unos quince kilómetros por una formación rocosa bistre, Dave permanecía silencioso. Tal vez se habría mostrado un poco duro con la joven, por la que sentía además una profunda simpatía. (¿No habían tenido un «flirt» los dos, hasta el fin de aquel largo viaje desde la Tierra al planeta Marte?). Al llegar a este punto, lamentó haberse dejado llevar por el genio, pero bajo el plan de la estricta disciplina debía obrar siempre con la más seria imparcialidad, por lo cual él debía exigirla a la joven que se comportara de acuerdo con las órdenes que tenían. Aquella permanecía cabizbaja su lado. Cerrada en su mutismo, concentraba toda su atención en una colina cercana, de color ocre, con sus matorrales de sorprendentes vegetales, parecidos a las esponjas de tono verde pálido, cuyos repliegues y cavidades tomaban una coloración lila.

De súbito, Sheridan frenó bruscamente, mientras se levantaba a medias en su asiento, imitado al instante por sus compañeros. Frente al vehículo, un animal acababa de atravesar la «pista» para escapar a grandes brincos hacia la espesura de los liquenoides que crecían a las orillas de los canales, a dos o trescientos metros a su derecha.

—¿Habéis visto eso? —exclamó el microbiólogo, sorprendido por el descubrimiento de la primera especie de la fauna marciana.

—¡Allí! ¡Mirad! —gritó Dave, señalando un matorral de líquenes, a unos cincuenta metros de ellos.

Del tamaño de una liebre grande, con el cuerpo muy parecido al de los canguros, el extraño animal poseía un pelaje angora, velloso, de tono bermellón moteado de azul claro. Sus tres patas anteriores, cortas, nacían directamente de la base del cuello. Su cabeza, menuda, de pelaje más claro, no tenía nada afín con el del mamífero marsupial australiano, pero se parecía a una manta por sus grandes ojos laterales y su boca triangular. Permaneció varios minutos rigurosamente inmóvil, observando a los terrestres y luego se alejó a grandes brincos rápidos, con su voluminosa cola en horizontal, para desaparecer al fin entre el espesor de los matorrales de líquenes gigantes.

—Hablando con franqueza —indicó Goodwin—, no esperaba encontrarme una forma de vida tan evolucionada en este planeta desheredado, en el cual la atmósfera es mucho más pobre aún que en la cumbre del Everest.

—La bioquímica, el metabolismo de estas criaturas, obedecen tal vez a un ciclo vital diferente al del carbono, el único al que nosotros estamos habituados.

—Es posible, y también probable —convino el microbiólogo—. En todo caso, este animal está ciertamente provisto de pulmones. ¿Es suficiente la muy débil existencia de oxígeno o de vapor de agua de la atmósfera marciana, para permitirle respirar o bien asimilar el oxígeno de las plantas de las cuales se alimenta? ¿Mediante cuál proceso de «fijación»? Todo eso lo sabremos cuando hayamos disecado a uno de estos animales. Además, podemos admitir como cierto, que esos líquenes viven en conjunción con alguna clase de alga «seca» capaz de realizar la función clorofílica, luego abastecerse de oxígeno asimilable bajo una u otra forma.

Enfadada, Lilian Gaynor no había tomado parte en la discusión, si bien no se había privado de contemplar al animal. Tratando de reconciliarse, Dave aprovechó la ocasión para poner fin a su pelea:

—A propósito, ¿qué opina nuestra botánica del cruce «rectilíneo» de la flora en este planeta?

—Creo que estos canales, vestigio de una época lejana, en la cual Marte debió de estar poblado, siguen drenando el agua de los polos hacia el ecuador. Un agua, cuya cantidad decrece más y más, pero que a cada licuación oportuna de las bóvedas polares, corre a través del enrejado complejo de estas canalizaciones *sub-marcianas*. Debe existir un gran canal central debajo de cada una de las bandas de vegetación, que debe subdividirse en numerosas derivaciones paralelas, perpendiculares u oblicuas, a fin de extender al máximo el área fertilizante. Lo cual, evidentemente, explica la longitud sorprendente de los «canales» de Marte. La porosidad tan particular del suelo debe facilitar, obligatoriamente, la subida de las aguas hacia la superficie. Esta humedad periódica conseguirá luego la floración de los retoños de estos tallos liquenoideos, llamando así a esos vegetales demasiado hipertrofiados para merecer el sólo nombre de líquenes.

Había hablado de un tirón, en un tono en el cual se apercibía todavía el rencor, y aquella obstinación, tan fuera de lugar, no dejó de asombrar a Sheridan. Este comenzaba a preguntarse si, verdaderamente, su amonestación reciente era la única causa de aquella rabieta irritante. A favor de este razonamiento, analizó retrocediendo a otro día esa actitud que podía derivar de un «flirt» —inocente bajo su punto de vista— que tuvo lugar ocho días antes a bordo del *King*. Aquella tarde, Spencer Goodwin, Mary Waller, Lilian Gaynor y él se habían reunido en la sala de descanso para escuchar un poco de música. De la música al baile, no hubo más que un paso, franqueado con mucha más facilidad, debido a las interminables semanas de encerramiento, carentes de distracciones. En la misma proporción, el paso siguiente, del baile al «flirt», había sido franqueado con la misma alegría... ¡a pesar del «tabú» por el cual había sido herido! Pero la historia no tuvo más trascendencia, no había tenido ninguna «prolongación». ¿No sería precisamente esto lo que Lilian le reprochaba a Dave? Ocultos hasta aquel momento, su despecho y decepción podían muy bien haber salido al

exterior aprovechando aquella llamada a la disciplina.

¡Diablos! Esta situación necesitaría alguna reflexión; y, por consiguiente, una *comparación*: Lena Bates. Nada serio, un capricho. En resumen, su efímera intrusión en su vida había sido motivada por un móvil de los más enigmáticos. Ningún apego sentimental, quedaba por aquel lado, sino una simple remembranza picante de una aventura de perfume extraño. En cuanto a Lilian Gaynor, inteligente y muy hermosa a su vez, su actual humor confirmaba la excepción de la regla, pues, por lo general, la joven poseía un trato agradable.

Cierto que Dave no permanecía indiferente a su encanto, así como Lilian experimentaba hacia él la acción cruzante de esos «átomos encorvados» con los que desvariaba Demócrito. ¿Pero podía deducirse que ellos se hallaban realmente a punto de enamorarse?

En modo alguno cierto por su parte, si bien a su edad tal vez fuera conveniente poner fin a su celibato, esbozó una sonrisa alzándose de hombros. La botánica le dirigió una rápida mirada desconcertante, pero dirigió rápidamente sus ojos hacia el horizonte. Divertido por la reacción de la muchacha, Dave contempló la pureza de su perfil, cuando de pronto vio aparecer en el rostro de la joven una expresión de asombro inaudito. Siguiendo entonces la dirección de sus ojos, frenó bruscamente:

—¿Qué...?

Spencer Goodwin no terminó su pregunta. Semi levantado en su asiento, cortada la respiración, olvidó el juramento que iba a brotar de sus labios: ¡a pocos metros frente al auto-canoa, en el suelo ahora recoso, se levantaba un tablero en material plástico! Un tablero con dos inscripciones, una de las cuales, en caracteres cirílicos, es decir, ¡EN RUSO!

CAPÍTULO VI

Una vez colocados los cascos, los pasajeros del vehículo saltaron a tierra para acercarse al tablero. Debajo de los caracteres cirílicos figuraba una inscripción en inglés que Dave Sheridan leyó en voz apagada:

—*Sector soviético. Zona prohibida. Territorio de Kalinine, ex Sinus Meridiani!*

En el ángulo inferior izquierdo del tablero había colocada una fotografía aérea de la «tajada» ecuatorial marciana, primitivamente llamada *Sinus Meridiani* y rebautizada con el nombre de Territorio de Kalinine por los rusos. Un gran círculo en puntos rojos limitaba el «sector soviético» de dos mil kilómetros de radio, conforme a las normas de anexión, si no reconocidas, por lo menos toleradas implícitamente por las convenciones internacionales.

—¡Yo... Yo no comprendo nada!

—¡No hay nada a comprender, Spencer! —murmuró el jefe piloto—. Hemos llegado, simplemente, en segundo lugar, es decir, los últimos.

¡Con bastante retraso! Fijaos sino en la fecha de la fotografía aérea: 19 de agosto de 1973. *Por consiguiente hace ya dieciocho días que los rusos han desembarcado en Marte.* ¡Han tenido tiempo más que sobrado para instalarse y limitar convenientemente su sector!

—¿Pero cómo es posible que nosotros no hayamos visto nada de sus instalaciones? —objetó la botánica—. Rushlow, con la competencia que sabemos habitual en él, ha observado con sumo cuidado la superficie del planeta. No ha descubierto nada que, de cerca o de lejos, tuviera la más remota semejanza con una base o un proyectil. Nada tampoco en Phobos y Deimos, ni tampoco la sombra, si me es permitido expresarme así, de una astronave en

órbita de aparcamiento en las cercanías de Marte.

—De acuerdo, Lilian, pero fíjate bien en esta fotografía aérea, aquí en el centro del círculo trazado en puntos: este punto rojo a veinticinco o treinta kilómetros de donde nos hallamos ahora precisamente, señala la base soviética. Para que no la hayamos apercibido, es preciso que los rusos la hubieran camuflado, ¡Dios sabe para qué!

Spencer Goodwin resopló en su micro:

—¡Esto es el colmo: así pues hemos estado a punto de jalonear un sector que no nos pertenece! ¡Y que hemos violado ligeramente, en realidad sin saberlo!

—¿De quién es la culpa? ¡Si en lugar de jugar al escondite, los rusos nos hubieran avisado lealmente, nosotros nos habríamos cuidado mucho de no posarnos en «su casa»!... ¡En fin, no vale la pena argumentar: lo más urgente es tomar una decisión para limitar los daños!

Regresaron a la canoa y cerraron la cúpula. Dave, estableció acto seguido contacto con el vehículo del General Floyd O'Malley.

La voz de este no tardó en responder a su llamada:

—General

O'Malley
al habla.

La entonación, colérica, hizo que Dave esbozara una mueca:

—Coronel Sheridan, general. Acabamos de descubrir un...

—Lo dudo —interrumpió

O'Malley

—. ¿Han encontrado un tablero ruso, verdad?

—¡Toma! ¿Ustedes... ustedes también, general?

—¡Sí, yo *también*! —rezongó—. Hemos descubierto dos, a veinte kilómetros de intervalo uno del otro. Después de esto, no queda más solución que plegar velas. No vale la pena perder tiempo en jalonear un territorio perteneciente al vecino. Es inútil también emplear las baterías de nuestros emisores. Corto.

—A sus órdenes, general. Regresamos. Corto.

Sheridan hizo virar su vehículo y aceleró la velocidad emprendiendo el camino de regreso.

—¿Habéis entendido la alusión del general: «Inútil emplear las

baterías de nuestros emisores»?

—Una manera discreta de aconsejarnos prudencia puesto que los rusos deben estar tratando de interceptar nuestras emisiones.

El microbiólogo Goodwin movió la cabeza:

—¡Vaya mala suerte! ¡No debemos lamentarnos! ¡No sólo no hemos sido los primeros en aterrizar en Marte sino que, para colmo de la desgracia, hemos ido a caer precisamente a pisotear los acicates de los Popof!

El bello entusiasmo de los cosmotecs se fundió como nieve al sol, al anunciárseles la desagradable noticia al regreso de los dos equipos de reconocimiento. Reunidos en la cabina mayor del proyectil de desembarque, técnicos y miembros del cuerpo científico presentaban un semblante gris.

El general Floyd

O'Malley

se paseaba observándoles con ojos sombríos:

—No voy a dedicarles un largo discurso, amigos míos. ¡Ha sido un contratiempo, un gran contratiempo! Tal vez esta palabra carezca de elegancia, pero sirve a la perfección para expresar lo que deseo decir. Aquí estamos, pues, en una situación de inferioridad frente a los rusos ¡Oh! Sé bien que podemos alegar nuestra buena fe, la ignorancia de que el lugar donde estamos, hubiera sido ocupado anteriormente por la cosmonave de ellos. Esto no impide que, al ocupar sus posesiones, tengan el derecho, y no se privarán de ejercerlo, de ordenarnos desocuparlas. Trataremos de ganar tiempo objetando que si hubiéramos sido informados de su desembarque, habríamos escogido como es lógico, otro lugar para desembarcar. Pero estos argumentos dialécticos no nos procurarán ninguna solución definitiva.

»¡Tarde o temprano, deberemos irnos! Y será entonces cuando nuestra situación será realmente dramática. Nuestra base futura debería ser arreglada en el primer elemento largado por nuestro proyectil antes del aterrizaje. Ahora bien, será preciso dejarlo aquí, en sector soviético, porque nuestra nave de desembarco es incapaz de transportarlo.

»Cierto que podemos embarcar todo el material, ir a depositarlos a otra parte, fuera del sector ruso. En cuyo caso, a guisa de base, deberíamos alojarnos en el proyectil. Y este arreglo de fortuna no

facilitará en absoluto nuestra estancia en Marte. Tendremos siempre la posibilidad de regresar al *Space King* y hacer aterrizar el proyectil número dos cuyo primer elemento nos servirá de albergue. Pero se trata de una solución deforme porque, al partir, dos bases quedarán estancadas, habiendo sido previstas para recibir nuestras instalaciones y nuestros laboratorios de estudios.

El emisor-receptor de a bordo emitió la vibración de llamada. Sentado al lado del general en los asientos del sitio de mando, Sheridan conectó la recepción:

—Sheridan al habla, *Corto*.

—Aquí Carlson, coronel. La respuesta de la Tierra al informe del general nos llegará dentro de... treinta segundos. Por favor, quédense a la escucha.

—Permanecemos en circuito, Carlson —indicó Dave, cediendo su lugar al jefe de la expedición.

Relevadas por el *Space King*, las ondas de radio venidas de la Tierra se pusieron a zumbear en el altavoz, uno o dos segundos antes de que la voz débil y nasal de «Vandenberg» se hiciera audible:

—Aquí, «Lena» —anunció el operador empleando el nombre-clave con el cual Sheridan había bautizado la base astronáutica terrestre—. Su mensaje ha sido inmediatamente transmitido al G.Q.G. interarmas de Washington, general O'Malley.

El agregado militar en la Casa Blanca va a hablarle...

Un clic y una voz distinta tomaron su sitio.

—Aquí el general Kanters, delegado por el Alto Estado Mayor cerca de la Presidencia. Su mensaje, general O'Malley,

ha sido objeto de un estudio preliminar en el curso de una reunión extraordinaria efectuada hace media hora en la Casa Blanca. En resumen —y repito aquí las propias palabras del Presidente—, debe usted, general, hacer muestra de firmeza con respecto a los cosmonautas soviéticos. Esos posiblemente se pondrán en contacto con su expedición dentro de breve tiempo. Su buena fe no será puesta en duda por ellos ya que ustedes ignoraban que les habían precedido y anexado el territorio donde ustedes aterrizaron.

»Procuren ganar tiempo, busquen otra región propicia a la edificación de una base de respaldo, pero no cedan jamás al

chantaje que puedan intentar ejercer. No se muevan, dejen que los rusos cuiden de descubrir sus baterías y comuníquenos inmediatamente sus argumentos y pretensiones. Usted representa en Marte la autoridad suprema de los Estados Unidos de América y tiene, por consiguiente, plenos poderes para velar por la salvaguarda de sus intereses. Sea cual fuere el giro que tomen los acontecimientos, aplique las medidas que crea usted necesarias. Tiene carta blanca y será protegido en esto por el Alto Estado Mayor de acuerdo con la Presidencia. Corto.

El jefe de expedición se inclinó hacia el micro:

—Perfectamente recibido su mensaje, general Kanter. Le tendremos regularmente al corriente de la evolución de la situación. Corto.

Cortó el contacto y se giró hacia sus compañeros con un pliegue de amargura en la boca:

—¡Carta blanca, plenos poderes, ganar tiempo! ¡Tienen unas ocurrencias en Washington! Me gustaría verles aquí para arreglárselas ellos solitos con ese... ¡maldito enredo! No hay duda que buscaremos un sector de respaldo para instalar nuestros alojamientos, ¿pero qué haremos con las tres cisternas de carburantes que han quedado aquí? Sus retropropulsores son sólo capaces de amortiguar su caída vertical. No tenemos ninguna posibilidad de transportarlos al nuevo emplazamiento... que todavía hay que buscar. En conclusión, debemos abandonarlos después de haber bombeado en uno de ellos hasta llenar al borde los depósitos del proyectil.

»En días venideros, para hacer las cosas bien, nos veremos obligados a regresar aquí. ¡Menuda consumición de carburante para efectuar ese trayecto desde nuestra nueva base! —juró, antes de dirigirse al capitán de los G. I. cosmotecs.

—Rodgers, haga embarcar de nuevo todo el material desembarcado. Es inútil permanecer aquí más tiempo: debemos levantar el campo.

El capitán Rodgers saludó y, junto con sus once hombres, se dirigió al lugar donde tenían emplazada la grúa de descargar. Una vez tomada la decisión,

O'Malley

estableció contacto de radio con el *Space King* y dio su consigna a

Dean Rushlow.

—Esperaba que me pidiera esto, general —respondió el astrofísico—. A este efecto, tengo ya seleccionada, sobre las fotografías aéreas tomadas por telescopio, una región susceptible de convenir para instalar la base número dos.

—Excelente iniciativa, Rushlow. Le escucho. No he podido descubrir por telescopio la posición exacta de los rusos, puesto que seguramente deben estar protegidos por algún camuflaje. Pero teniendo en cuenta su situación, ahora conocida, gracias al informe del coronel Sheridan, nos interesaría escoger el oasis

A-7

, sobre el mismo ecuador y equidistante de *Nepenthes* y de *Syrtis Major*. Podemos coger un radio de dos mil kilómetros en torno a ese punto y permanecer por consiguiente muy apartados de las «fronteras» del sector soviético. La densidad vegetal de *Nepenthes-Syrtis Major* viene a ser más o menos como la del sector soviético, el cual, desgraciadamente para nosotros, es en este aspecto tal vez el más rico de la zona tropical marciana.

—Evidentemente —murmuró

O'Malley

—. Al llegar los primeros han podido escoger a sus anchas el mejor paraje. De acuerdo con el oasis

A-7

de *Nepenthes*, Rushlow. Saquemos un centenar de copias ampliadas de *nuestro* sector. Las adjuntaremos a los tableros de alineamiento de nuestro territorio. ¿Algo más a señalar?

—Sí, general. Los detectores infrarrojos continúan resistiendo en los puntos invariablemente situados en las vecindades de las ciudades muertas. En el cuadro del plano de prospección automática, hemos lanzado esta mañana un micro-proyectil que ha colocado a unos cien kilómetros de su campo actual, es decir en pleno sector soviético, una estación labo-automática dotada de un sismógrafo. Ahora bien, exactamente cada tres horas, ese aparco nos transmite las vibraciones extrañas del suelo. Duran de cuatro a cinco minutos, pasan por un máximo y decrecen gradualmente.

Interesado, el geofísico se acercó al micro:

—Aquí Dempster, Rushlow. ¿Las curvas de amplitud se parecen a las de una actividad microsísmica?

—No por cierto, Gene. Las curvas son muy débiles pero su regularidad posee algo de... confuso. No varían jamás y su epicentro es rigurosamente rijo, contrariamente a los microseísmos que se producen a la buena de Dios. Puede situarse este epicentro sobre un «nudo» de canales, a veinte o veinticinco kilómetros máximo al sur-sureste de la estación-labo.

—Peligroso de ir a verificar —rezongó el general—. Al pasearnos ahora por el sector soviético nos arriesgaríamos a encontrarnos frente a frente con nuestros vecinos, y yo particularmente, no siento ningún interés en acelerar nuestro encuentro. Dispondrá usted otra estación-labo cerca del campo A-7

tan pronto hayamos puesto los pies allí. Corto.

—Comprendido, general. Corto.

Dave Sheridan se sentía preocupado; pasaba una y otra vez su índice, maquinalmente, por su bigote bien recortado:

—Existe un detalle que me desconcierta, general. No hemos descubierto en absoluto rastro alguno de astronave en órbita alrededor de Marte. Sin embargo, los rusos han desembarcado en este planeta. ¿Debemos suponer que han puesto en prueba una super-cosmonave capaz de aterrizar directamente, prescindiendo de la órbita de aparcamiento? Eso sería fantástico y ello supondría un avance considerable sobre nosotros, mientras que pensábamos, después de algunos años, haber alcanzado el puesto perdido por nosotros al comienzo de la carrera del espacio.

—Que ellos nos hayan tomado ventaja, es posible —murmuró el jefe de la expedición—. Pero de lo que podemos estar absolutamente seguros es de que nos están preparando una jugarreta. ¿Si no hubieran considerado deliberadamente la ocasión de crear un incidente, por qué habrían sido tan cuidadosos en el camuflaje de su base y de su proyectil? Los rusos han jugado a cara'o

cruz nuestro punto de aterrizaje en esta vasta región, rica en vegetación que no podía dejar de seducirnos y atraernos. Tenían pocas posibilidades de equivocarse y sabían que tendrían pronto una hermosa ocasión de acusarnos de violar su territorio.

—¡Una jugarreta indiscutiblemente bien preparada! —aprobó Sheridan—. Y que tiene el peligro de provocar la guerra fría. Un

segundo «Berlín». El problema de las zonas de ocupación transportado a otro mundo, con móviles distintos, pero con incidencias parecidas en nuestros informes futuros con los rusos.

—En su pasividad actual hay, sin embargo, una actitud bizarra —reflexionó el general

O'Malley

—. A pesar de nuestra buena fe, el hecho es que nosotros hemos «violado» su territorio. ¿Por qué razón, pues, no se manifiestan, no vienen a pedirnos cuentas?

—Puede tratarse de una simple maniobra, general: hacerse el muerto para darnos tiempo a instalarnos. Y no interviniendo hasta que tuviéramos nuestra base equipada, para darnos la orden de evacuación, con lo cual, ellos saben que quedaríamos en una situación mucho más delicada que la que estamos pasando en estos momentos.

Evocando su encuentro con la astronave *Tsiolkowski* en el espacio, Dave recordó lo que ellos habían tomado por una simple frase de buena cortesía por parte del coronel Gregor Rastolchil:

—«¡Que gane el mejor!». ¡El muy bribón! ¡En aquellos momentos no estábamos en condiciones de apreciar en su justo valor toda la sal del tono irónico que empleó!

Después de haber trasegado el carburante dentro de uno de los depósitos que debía ser abandonado en sector soviético, el proyectil de reconocimiento despegó. No quedaba ya, pues, en el suelo, más que aquellos tres depósitos además del primer elemento soltado y destinado, si todo se hubiera desarrollado normalmente, a convertirse en una de las bases americanas provisionales en Marte. Los vehículos de transporte, los depósitos de material, los víveres encerrados en el compartimiento superior de uno de los depósitos habían sido estibados en el pañol. De este modo, el proyectil se hallaba casi al límite de su carga útil y debía, en el transcurso de la noche, realizar un segundo viaje.

Una media hora más tarde, el aparato había recorrido los cuatro mil doscientos kilómetros que separaban su primer punto de aterrizaje del Oasis

A-7,

en el corazón (en lo sucesivo) del sector americano que abarcaba a la vez *Syrtris Major* y *Nepenthes*. Esta región difería bien poco de la

que acababan de dejar: los mismos tipos de liquenoideos con, sin embargo, algunas variedades de especies vegetales entrevistas entre unos canales y otros que radiaban a partir de una ciudad muerta, al sur de la cual había aterrizado el proyectil.

Esta vez, se hizo sin la menor ceremonia y con gestos más bien coléricos, la implantación en el suelo marciano del estandarte de los Estados Unidos de América, por el general Floyd O'Malley.

Y comenzó la operación de desembarco, ya sin la fiebre y entusiasmo, de la primera vez, y con cierta falta de ardor comprensible después de la inevitable desilusión de cada uno de los tripulantes.

—Capitán Rodgers —había ordenado el jefe de la expedición— haga descargar la totalidad del material, los dos vehículos y las provisiones de víveres. No deje a bordo más que la reserva de las raciones de socorro. El proyectil volverá a partir de vacío para transportar desde el sector ruso el máximo de víveres y agua. Los depósitos auxiliares en plástico flexible serán llevados para almacenar una cantidad suplementaria de carburante una vez hayamos efectuado el desembarco.

Esta vuelta hacia el este les había hecho ganar varias horas: mientras que en el sector soviético era ya de noche, ellos gozaban todavía de «sol», un disco pálido, un tercio más pequeño que el que se apercibe desde la Tierra. En el horizonte de un cielo azul-malva, a través de las tenues nubes de reflejos rosados, comenzaban a aparecer nuevas estrellas.

El desembarque del material finalizó con el crepúsculo, de un raro tono violeta sombrío, que disipaba el resplandor descolorido de los proyectores. Los cajones estancados, depósitos de voluminosos sacos de polietileno se amontonaban, en orden sobre la arena de tono ocre, a dos o trescientos metros de una banda de vegetación que señalaba el límite de la zona fertilizada por uno de aquellos misteriosos canales sub-marcianos.

Por el micro de su casco, el general Floyd O'Malley ordenó al jefe de los cosmotecs:

—Capitán Rodgers, haga «hinchar» inmediatamente la gran tienda de campaña de emergencia para la noche. Ustedes se

encerrarán en ella esperando nuestro regreso.

En compañía del sargento Hayward y de dos cosmotecs, el general se reunió con Dave Sheridan instalado ya en su puesto de pilotaje.

El proyectil emprendió la marcha en medio de un resplandor anaranjado vivo, expulsando un torbellino de arena, pero sus ráfagas de gas incandescente, en aquella atmósfera rarificada, no significaban peligro alguno para los hombres y para el material dispuesto a un buen centenar de metros.

Puesto en circuito, el calculador de trayectografía puso en su «memoria» electrónica los datos y coordinagramas registrados durante el vuelo precedente, a fin de permitir al proyectil hacer el viaje a la inversa, recorriendo exactamente el mismo camino ya efectuado. Volando a tres mil metros de altura, el piloto, al acercarse al primer punto de aterrizaje, observó más atentamente la pantalla del televisor que, en aquel aparato, ocupaba el lugar del tragaluz. Dave aferrado a la pantalla de la tele-cámara exclamó:

—¡General, mire!

Allá abajo en la colina, en la que, durante el mediodía, Dave había descubierto el famoso tablero ruso, una resplandeciente luminosidad emergía en medio de la noche. Brotaba de un proyector perteneciente a un proyectil, rechoncho, sensiblemente mayor que el suyo. A doscientos metros del artefacto se alzaba la cúpula de una base establecida con un diámetro de unos veinte metros. Podía distinguirse, a su alrededor, dos vehículos, los tanques, y las pilas de cajones.

—El campamento ruso —indicó Floyd

O'Malley

—. Ese maldito campo que hasta ahora había escapado a nuestras observaciones. Los rusos, evidentemente, debieron tender sobre su proyectil, material y su base, las telas de nylon, extremadamente finas pero de tono mate, ocre, que le daba el aspecto del suelo que le rodeaba. El viejo truco, archisencillo pero siempre eficaz, del mimetismo.

—La cuestión, ahora, está en saber por qué *creen superfluo camuflarse* —señaló Sheridan, inquieto—. Podemos estar seguros de que todo eso no encierra nada bueno...

El jefe piloto hizo aterrizar el proyectil en el mismo lugar que lo

hiciera la primera vez, al comienzo de la mañana. Sheridan,
O'Malley

el sargento Hayward y uno de los dos cosmotecs se colocaron los respectivos cascos en sus cuellos para efectuar la descompresión. Sólo el sargento y su subordinado llevaban una metralleta Thompson, tras el descubrimiento del inofensivo animal saltarín, del mediodía, lo cual les hizo temer que tal vez pudiera existir en la fauna marciana alguna otra especie mucho más peligrosa.

A bordo, el caporal Burton hizo descender del pañol el tubo de cloruro de polivinilo el cual iba a acoplarse a la válvula del tanque. Al recibir la orden por radio transmitida por Sheridan, el caporal Burton puso en marcha el sistema de trasiego. A medida que el carburante iba pasando por el tubo para trasladarse del tanque al depósito, producía un profundo temblor.

Sin pérdida de tiempo, el general
O'Malley,

Sheridan y los dos cosmotecs escalaron el cilindro de metal empleando las cavidades dispuestas a ese efecto a lo largo de su pared. Dedicados de lleno en su tarea, abrieron el compartimiento de los víveres y de las botas de agua, y de los cajones, efectuando la descarga sin dificultad alguna.

Espontáneamente, el jefe de la expedición había tomado parte activa en el trabajo, efectuando como sus hombres, el transporte de los fardos acumulados en la base del tanque hasta los pies del proyectil. A pesar de la débil gravedad del planeta Marte, el empleo de la escafandra convertía aquella tarea en algo mucho más penoso, necesitando una buena hora para realizar todo el trabajo.

Dispuestos a comenzar el mismo trabajo con el depósito número dos, Sheridan que abría la marcha, levantó bruscamente un brazo. Se detuvieron y los dos cosmotecs alzaron prestamente sus metralletas, que colgaban en la pechera de su escafandra. A la vuelta de un peñasco, una viva claridad iluminaba la arena, apareciendo un vehículo que avanzaba rápidamente hacia ellos.

—¡Un vehículo!

—¡Con seguridad no debe ser pilotado por marcianos! —
exclamó Floyd

O'Malley.

El artefacto, de una medida superior a la de los vehículos de la

expedición americana, avanzaba sobre un enorme tren de anillos neumáticos. El caparazón transparente, ovoidal, se alargaba hacia atrás en cuyos flancos mostraban una gran estrella roja. En medio de un silencio impresionante —ningún ruido exterior podía llegar a los oídos de los cosmonautas provistos de cascos—, el vehículo se detuvo cerca de ellos. La cúpula ovoidal se alzó dejando paso a ocho siluetas ataviadas en sendas escafandras, que saltaron al suelo, avanzando en semicírculo hacia los americanos. Ocho hombres en cuyas manos enguantadas brillaban, apuntando hacia ellos, las pistolas metralletas. En sus pecheras brillaba un disco blanco adornado con una hoz y un martillo, en rojo vivo, luminiscente.

Formaban un cordón del cual uno de ellos, desarmado, avanzó con paso firme. El sargento Hayward y su subordinado que lo habían tomado a broma, recibieron inmediatamente una orden tajante de su jefe:

—¡Nada de tonterías! ¡Bajad vuestras armas! Numéricamente, no podemos luchar contra ellos y por si eso fuera poco, esos tipos están... en *su casa*.

—Estamos en nuestra casa, en efecto...

La voz del ruso acababa de sonar, clara, seca, en sus oídos. Su inglés era perfecto, apenas podía notarse un ligero acento en las «r» y las «th».

—General Oleg Abrosimov —anunció con una ligera inclinación de cabeza—. Representando en Marte la autoridad soviética suprema, dirigiendo la primera expedición cosmonáutica desembarcada aquí hace ya dieciocho días.

—General Floyd

O'Malley,

comandante en jefe de la expedición americana. Aquí el coronel Dave Sheridan, jefe piloto y el sargento Hayward.

Visiblemente incómodo, hizo un esfuerzo para proseguir:

—Lamento, general, que las circunstancias de nuestro encuentro no nos permitan celebrar juntos este acontecimiento que quedará señalado en la historia de la humanidad.

—Lo siento tanto como usted, general

O'Malley,

y lamento muchísimo tener que pedirle que *desembarque inmediatamente todo lo que acaban de embarcar a bordo de su*

proyectil.

—¿Perdón?

—Me ha comprendido perfectamente, general. He dicho: desembarcar inmediatamente los víveres y las botas de agua retirados de este tanque y cargados a bordo de su aparato. Hemos observado sus idas y venidas gracias a los gemelos snooperiscópicos y sabemos a qué nos referimos.

Floyd

O'Malley

se esforzó en mantener la calma pero no pudo disimular el tic nervioso que le haría torcer ligeramente la comisura de los labios:

—Pero veamos, general, estos víveres, esa agua, el carburante de esos tres depósitos nos pertenecen.

—Les pertenecía —corrigió el ruso—. Se encuentran ustedes en nuestro territorio, en estancia ilegal y estamos, por consiguiente, en nuestro derecho al decidir *embargarles todos sus bienes*.

CAPÍTULO VII

De momento, los americanos permanecieron sin reaccionar ante la enormidad de sus pretensiones. Entablar un combate era algo en lo que no debía ni soñar: dos Thompson contra siete pistolas ametralladoras sería una ventaja fulminante de los rusos. Por otro lado, aquel acto, dadas las actuales circunstancias, sería calificado de agresión, de consecuencias muy graves para las relaciones ruso-americanas.

El general

O'Malley

sopesó estas consecuencias y recordó con amargura las advertencias recibidas de Washington: mostrarse firme, no ceder ante las exigencias o las amenazas, etc., etc... Era muy fácil dar consejos cuando setenta millones de kilómetros le separan a uno de su adversario; pero mucho menos fácil cuando se encuentra a merced de aquel que se sabe fuerte, superior en número, y por tanto dispuesto a hacer prevalecer sus derechos. Aunque se basen en una maniobra delictuosa pero ¡ay! imposible de demostrar.

—Escúcheme, general Abrosimov —comenzó

O'Malley

—. No discuto en absoluto sus derechos de *primo occupanti* en este territorio, sino que pretendo fácilmente explicarle que al posarnos aquí, ignorábamos totalmente que ustedes nos habían precedido y...

—Me sorprende verle adoptar esa posición tan ridícula y sin sentido —exclamó el ruso—. Fuimos avisados de su llegada por la nave *Tsiolkowski*, que no llegará hasta dentro de cuarenta y ocho horas y les mandamos inmediatamente un mensaje por radio. Ese mensaje les informaba de las coordenadas de nuestra base y los límites exactos del territorio nuestro, todo ello con el único

propósito de evitar posteriores incidentes. Tuvimos incluso la cortesía de indicarles la presencia de nuestra astronave-central en Phobos y les ofrecimos reconocer el terreno que ustedes eligieran para aposentarse.

—¿Qué? —exclamó Dave Sheridan, irritado por la desvergüenza de aquel embuste.

—Me dirijo únicamente al general

O'Malley,

coronel. ¡Guárdese sus reflexiones insolentes para usted!

Abrosimov había hablado dirigiéndole una mirada fulminante e ignominándole acto seguido, de manera ostensible, dirigiéndose de nuevo al jefe de la expedición americana:

—Ustedes se hicieron el sordo, general y no se dignaron siquiera acusar recibo de nuestro mensaje.

—La razón de ello es bien simple —respondió

O'Malley,

con cierta resignación en su voz—. No recibimos jamás estos mensajes de los que me habla y no habíamos tampoco descubierto ni su base ni sus instalaciones.

El ruso se estremeció:

—Semejante mala fe me sorprende en un oficial superior como usted, general. Repito que no es posible que dejaran de recibir nuestro mensaje incansablemente repetido en intervalos de una hora, a pesar de su silencio. Deduzco que ustedes han violado nuestro territorio *deliberadamente* a pesar de los reglamentos internacionales y por algún motivo que no alcanzo a comprender.

Dave Sheridan hervía de rabia e indignación. La jugarreta de intentar «comprometerles» al máximo, haciéndoles los únicos responsables de aquel incidente, era bien clara. Todo había sido meticulosamente combinado: la base y el proyectil de desembarco perfectamente camuflados, la astronave-central en Phobos, y por fin, estos pretendidos mensajes de radio que no existieron más que en la mente del general Oleg Abrosimov.

Floyd

O'Malley

movió tristemente la cabeza. Su abatimiento próximo a la capitulación, hirió el amor propio y el honor de Sheridan.

—Deseo creer que intentaron ponerse en contacto con nosotros,

por radio, general, pero le doy mi palabra, de que ninguno de sus mensajes llegó hasta nosotros. Y en prueba de nuestras buenas intenciones, de nuestra sinceridad, acepto que nos embarguen esos tanques en espera de una decisión posterior, del eslabón superior terrestre, entre su gobierno y el nuestro. Pero hago un llamamiento a sus buenos sentimientos de humanidad, a este espíritu de solidaridad que debe reinar, aquí más que en cualquier otro lugar, para que nos permita dejarnos llevar a nuestro nuevo campo los víveres embarcados.

Oleg Abrosimov, altivo, permaneció inflexible:

—¡No hay porque hablar más, general! Ordene a estos dos hombres que suelten sus armas y empiecen el desembarco de las mercancías de su nave.

El general

O'Malley,

consumido por la humillación del trato recibido, se giró hacia el sargento Hayward, pero se dirigió más particularmente a su subordinado al que nombró con el nombre del caporal que había quedado a bordo del proyectil:

—¡Sargento, y usted, Burton, tiren sus armas...!

El G.I. comprendió la jugarreta, subrayada por ese nombre que no era el suyo y por el movimiento imperativo y discreto, a la vez, del índice del general que daba la espalda a los rusos. El cosmotec desobedeció, manteniendo en su mano la Thompson, dando un paso atrás.

—¡Burton! —gritó Floyd

O'Malley

—. ¿Es que no comprende que todavía estropeará las cosas peor de lo que ya están? Salga de su necedad, por Dios... ¡Tire su arma al suelo!

De súbito, un deslumbrante rayo de luz inundó a los rusos: el caporal Burton había al fin comprendido y dispuso la iluminación de su «linterna» o sea el potente proyector del cohete. De espaldas al proyectil los americanos no quedaron cegados. Aprovechando rápidamente el momento de aturdimiento, Floyd

O'Malley

y Sheridan se lanzaron sobre el general soviético. Este les recibió dispuesto a la pelea, pero debido a la violencia del golpe, cayó

derribado, ayudado por los dos americanos.

Inmediatamente, el proyector se apagó, aumentando todavía más el desconcierto de los siete rusos cuyos ojos cegados no podían acostumbrarse tan pronto a aquella oscuridad relativa, teniendo por única claridad los faros de su vehículo que brillaban tras ellos. Cuando recuperaron su entereza, fue para contemplar a su jefe con los brazos atados en la espalda y mantenido como escudo de aquellos que sólo un instante antes él había oprimido tenazmente.

—¡Suelten inmediatamente sus armas! —gritó Floyd

O'Malley,

preparándose para abrir los cierres del casco de su prisionero—. Les doy cinco segundos. Una vez transcurrido este tiempo, levantaré el casco de *tovarich Abrosimov*. Uno... dos...

Abrosimov sudaba de angustia ante la perspectiva de morir por asfixia, pero al llegar a «tres» sus hombres capitularon. El general O'Malley

lanzó un suspiro y pronunció por su micro:

—¡Bravo, caporal Burton! Has «salido de tu necesidad» en el momento oportuno y esto te merecerá, qué duda cabe, una buena recompensa.

—Gracias, general —respondió el cosmotec, desde el interior del proyectil—. ¿Debo bajar para ayudarles a darle un palo a esos vecinos tan hospitalarios?

O'Malley

se echó a reír:

—No, Burton. Quédate en tu sitio y mándanos lo antes posible una cuerda. Ustedes —ordenó dirigiéndose a los siete rusos— retrocedan... Sargento Hayward, vaya a recuperar sus armas y llévelas hasta el pañol donde Burton las pondrá en lugar seguro.

Hayward se frotaba las manos de satisfacción:

—A sus órdenes, general.

Manteniendo uno de los brazos de su prisionero doblado en la espalda, Dave Sheridan, explicó:

—Debo confesar, general, que su pasividad y su aparente capitulación me han confundido al principio. He empezado a comprender cuando ha acogido sin protestar las alusiones de este animal en cuanto a sus pretendidos mensajes de radio.

El oficial soviético se puso a despotricar:

—Sus insultos y su incalificable conducta son bien dignos de la sociedad capitalista decadente de la cual son ustedes fieles representantes.

Dave, acentuando un poco más la torsión del brazo del ruso, replicó:

—Guárdate tus opiniones para tus reuniones políticas, pues de lo contrario pediré al general

O'Malley

me autorice a embarcarte a bordo de nuestra nave, lo cual te permitirá prescindir de tu escafandra y recibir el «premio» capitalista del que hablaba hace un momento el caporal Burton. Y como me imagino que tus compatriotas en la base deben captar tus discursos y deben estar preparándose para venir en tu ayuda, te aconsejo les digas que se queden allí donde están.

—No se trata de un consejo, sino de una orden —rectificó

O'Malley

—. Cinco segundos para que puedas transmitirla a tus *cómplices*.

Jadeante por el dolor que la llave imprimía en su brazo, el oficial superior manifestó con voz ronca:

—General Oleg Abrosimov a la Base Kalinine: no se muevan, permanezcan en el campamento. Renuncien a toda clase de intervención... Pase lo que pase, nuestros atacantes serán juzgados y...

—Ya basta, tú —interrumpió Sheridan—. Terminarás tu discurso en otra ocasión.

El general soviético reventaba de indignación al verse tratado de aquella manera.

—¡Usted... Responderá algún día de su conducta tan criminal!

—Y tú de la tuya —repuso el general

O'Malley,

interviniendo para apoyar de lleno al jefe piloto.

Con las manos atadas en la espalda, Abrosimov fue sólidamente atado a uno de los pilares del tren de aterrizaje del proyectil, tras lo cual Floyd

O'Malley

declaró a los siete rusos que, con aire estúpido y brazos colgantes, no habían salido todavía de su estupor:

—En el compartimiento superior de esos otros los tanques hay

un *stock* de víveres y botas de plástico que contienen agua potable. Van ustedes a ocuparse de descargarlas y transportarlas al pie de nuestro proyectil.

—De esta manera, por lo menos, no serán molestados por nada —sugirió Sheridan—. En marcha, de prisa.

Amenazados por las metralletas, los siete rusos contuvieron la cólera que les invadía y se pusieron a trabajar. Sentado sobre el tanque vacío, el jefe de expedición y Sheridan seguían con los ojos la operación con la alegría natural que confiere una honesta revancha. Por sus audífonos, percibieron la voz de Abrosimov que se explicaba en ruso.

Dave respondió al gesto interrogativo de su compañero:

—Está contando simplemente sus desgracias a sus compañeros de la base confirmándoles una vez más que no se muevan. Una vez terminado el traslado de los víveres, está seguro de que le dejaremos otra vez en circulación.

—Esto por descontado. ¿A santo de qué íbamos a molestarnos en tener que abastecer a tantas bocas suplementarias y preocuparles oxígeno a todos ellos? En realidad no vamos a tener demasiado para nosotros mismos si se tiene en cuenta que no nos será posible transportarlo todo en el proyectil. Y después del agradable encuentro que hemos tenido con nuestros vecinos, no hace falta pensar en gozar de una mejor acogida en el porvenir.

La voz de Oleg Abrosimov pasó del ruso al inglés:

—General

O'Malley,

deseo hacerle una proposición.

—Le escuchamos.

—Este incidente es perfectamente ridículo y consiento en mostrarme generoso y sin rencor hacia ustedes. He aquí lo que le propongo: ustedes tendrán libre acceso a este punto preciso de nuestro territorio hasta que hayan efectuado la total evacuación de sus víveres y carburante. Les bastará con establecer un puente aéreo desde este punto americano provisionalmente dentro del sector soviético. ¿Qué me contesta?

—Que no —dijo

O'Malley,

categoricamente—. Ustedes nos han tendido una trampa, tras lo

cual ¿qué crédito cree que podemos dar a sus palabras? En estos momentos se encuentra usted en un plano inferior y por consiguiente no le cuesta nada jugar una última carta de «grandeza de alma» para atraparnos mejor la próxima vez. Sólo que, general, no habrá esa próxima vez.

Descubierta su estratagema, Abrosimov empezó a despotricar, soltando toda clase de juramentos, y tratando de liberarse de las ligaduras, pero sin obtener éxito alguno en tal tarea. Ante la indiferencia de los americanos, recuperó poco a poco la calma resoplando como una foca dentro del micro, tras aquel acceso de furia.

Tres cuartos de hora más tarde, los siete rusos habían vaciado el segundo depósito, de la mitad del contenido cargando hasta el máximo el pañol del proyectil. Siguiendo las órdenes del general O'Malley,

Abrosimov fue desatado y obligado a trepar por la escalera para ser inmediatamente atado de nuevo en el puesto de pilotaje.

—Van ustedes a despegar, Dave, y llevarán el cargamento a nuestra base manteniendo cerca de ustedes al general, como rehén. Una vez hayan desembarcado los víveres y el agua, regresen con nuestro prisionero. Mientras, nosotros habremos terminado de vaciar este tanque, así como el terrero... Entonces podremos, poco después de su regreso, volver al fin a «nuestras tierras».

Cerca de medianoche, en aquel hemisferio, todo quedó terminado. El proyectil, de regreso, había sido cargado de nuevo con el complemento de víveres y de agua, habiendo sido llenados sus depósitos y estando pues dispuestos para la marcha.

Con fina ironía, Floyd O'Malley

se dirigió entonces al oficial superior soviético (cuya breve aparición en el campamento americano le había valido un verdadero éxito):

—Vamos a despedirnos haciéndole constar nuestro agradecimiento por su cortesía, y por la ayuda generosa y espontánea que sus hombres nos han proporcionado. Les dejamos a ustedes estos tres tanques vacíos, o casi, así como el primer elemento soltado por nuestro proyectil, puesto que no disponemos de medio alguno que nos permita recuperarlo. Así pues será en

estos recipientes y no sobre nuestros víveres, sobre los que procederán al embargo.

»Mientras, aléjese con sus hombres a unos quinientos metros de su vehículo. Váyanse, son libres; y gracias por esta agradable velada.

Rojo de cólera, Abrosimov murmuró:

—Pagarán muy caro sus impertinencias y sabrán lo que les costará su agresión de este tipo. ¡Devuélvanos nuestras armas!

—Ts-ts-ts —dijo

O'Malley

moviendo la cabeza, negativamente—. Nos las quedamos como recuerdo de su magnífica hospitalidad.

—Y son ustedes quiénes hacen un negocio —sugirió Sheridan, imperturbable—. Sus metralletas no valen ni la milésima parte de lo que representan estos enormes depósitos de metal.

Fulminándole con la mirada, Oleg Abrosimov dio media vuelta y se alejó junto con sus hombres.

—Bien, he aquí lo que nos promete el futuro que nos cantará en este sagrado planeta —suspiró O'Malley trepando por la escalera de acceso al proyectil.

—Sin embargo, no tendremos oportunidad de recuperar nuestros, aunque fuere parcialmente, nuestros bienes —dijo Sheridan, subiendo deprisa—. No hay duda que los rusos procurarán multiplicar los incidentes y, de ahora en adelante, deberemos prestar mucha atención desde que salgamos de nuestras «fronteras» para explorar el exterior. Aunque el resto del planeta no pertenezca a nadie.

El proyectil americano aterrizó en el campamento poco antes del alba y fue con verdadera satisfacción que el general y Sheridan, dejando a los tres cosmotecs durmiendo a bordo, se metieron en el tubo de descompresión de la tienda de campaña de emergencia.

—Esta, montada sobre arcos de aluminio, formaba un «túnel» de unos quince metros de longitud, por cuatro de ancho y dos metros y medio de altura. Sus paredes dobles en *Butyl*, poliéster estratificado y silicona que le aseguraban una estabilidad perfecta que descubría su hinchamiento a baja presión.

El generador de aire y el climatizador dejaban oír su zumbido, continuamente, ensordecedor. Un cable de alimentación, uniendo

estos aparatos a una micro-pila atómica situada, por medida de seguridad, a cien metros de distancia de allí, en pleno llano, en lo profundo de una excavación poco profunda y señalada por una boya de eclipses.

En el tapiz del suelo de la tienda de campaña, unos espacios rectangulares de materia plástica esponjosa hacían de *couchettes*. Los miembros del cuerpo científico y los cosmotecs dormían el sueño de los justos, con sus vidoscasfos apoyados en la parte posterior de la cabeza, en los arcos de aluminio.

El general

O'Malley

y Dave se estrecharon la mano. El primero tenía su litera cerca de la entrada. Bajo la anémica iluminación de la única lamparilla, que estaba encendida al fondo de la tienda, Dave recorrió de puntillas las hileras paralelas de los durmientes, en busca del otro lugar vacío. Lo encontró casi al final y... al lado de Lilian Gaynor. La joven botanista dormía, con sus rubios cabellos esparcidos por lo que hacía las veces de almohada, especie de hinchamiento en la parte superior de la litera, también de plástico esponjoso, con un brazo fuera de la cobertura «termoquímica». Siguiendo el ejemplo de sus compañeros, había conservado puesto el uniforme interior, especie de forro azul-verde, suficientemente holgado para permitir libres movimientos y no privar del sueño reparador.

Dave se quitó la escafandra, y la colgó junto con el sobretodo de cosmonauta, quedando con el forro para colocarse rápidamente bajo la cobertura. Tendió la mano hacia el interruptor, a la base del arco metálico, y sus dedos se encontraron entonces con los de Lilian Gaynor, que apagó la lamparilla por él.

Un poco sorprendido, Dave, en medio de la oscuridad que les rodeaba, se giró hacia la joven, susurrando:

—Perdóname, no quería despertarte...

—No dormía, Dave. Te esperaba... Yo... quería pedirte perdón, por lo de este mediodía. Mi comportamiento ha sido verdaderamente incalificable e injusto; tú tenías la razón. Debo haberte parecido ridícula.

—En absoluto, Lilian. Todo lo más, nerviosa. Y tenías motivos de estarlo después de estos treinta y cinco días, no muy divertidos, debemos reconocerlo, pasados a bordo del *King*. Al poder andar de

nuevo al aire libre, bueno, es una manera de hablar claro está, se ha manifestado en ti ese cambio de humor —indicó guardándose de evocar la causa más profunda, de naturaleza afectiva, que él sospechaba.

»Tenías necesidad de «soltar tus nervios» para volver a recuperar tu equilibrio, eso es todo. Ahora duermes, chiquita, y no pienses más en todo esto —le aconsejó, acariciando con los dedos el rostro de la joven.

Lilian Gaynor retuvo su mano junto a la mejilla y puso en ella sus labios, con suavidad. ¡Sheridan, ligeramente turbado por aquel gesto, se dio cuenta de pronto, de que ella lloraba! ¿Así pues, durante la travesía de la Tierra al planeta Marte, su humor estable, hasta aquella tarde en que se esbozó su «flirt», no había sido más que una pose? ¿Un comportamiento ficticio, pero valiente, ahora se daba cuenta, para ocultar una angustia permanente, quizás un sentimiento latente, no confesado, subconsciente, de claustrofobia?

Y aquella lucha larga, secreta, cuidadosamente oculta a los ojos de los demás, había llegado a su fin ahora con aquella crisis de nervios. Oh, una crisis de nervios pasiva, sin ruido, exteriorizada únicamente por aquellos sollozos silenciosos.

—Yo... te pido perdón, Dave —dijo la joven, con voz apenas audible—. Qué tontería flaquear de esta manera tan necia, ¿no crees? Después de todas las pruebas de dureza a que nos sometimos individualmente, después de todos los tests psicológicos que mostraron a los especialistas que poseíamos nervios de acero, un perfecto dominio sobre nosotros mismos. ¡Como robots! Somos robots, calificados como buenos para el servicio y, como tales, encerrados en una caja de metal lanzada al espacio. ¡Pero incluso los robots tienen a veces alguna deficiencia, desde el instante en que esos robots poseen un corazón y un alma!

La tomó en sus brazos, y le habló dulcemente, enternecido por aquella franqueza que ella no había podido ocultar:

—Llora, Lil, esto te irá bien. Y no digas más que has flaqueado; más bien diría lo contrario, puesto que me has demostrado poseer un gran coraje, una enorme fuerza de voluntad para «ocultar el golpe» durante todo el viaje. Mañana, habrás olvidado ya estas nubes sin importancia.

La joven correspondió a su beso, murmurando:

—Eres un tipo elegante, Dave... Lo mismo si me has besado simplemente, a causa de esta estúpida crisis de lágrimas.

—Tal vez exista otra razón, Lil —respondió Sheridan, medio en broma medio en serio—. Estoy seguro de sentir por ti algo muy distinto a lo que he sentido por otras mujeres. Algo que se ha ido produciendo insensiblemente sin darme cuenta...

Y Dave era sincero.

El efímero episodio, el fugaz pasaje de la extraña y misteriosa Lena Bates en su vida, quedaba lejos, muy lejos ya...

La actividad había recommenzado en el campamento americano. En espera de poder disponer de una base «en firme», los cosmotecs estaban terminando de preparar sus instalaciones provisionales.

La colocación de los jalones a lo largo de toda la «frontera», había dado comienzo una hora antes por el jefe de expedición, que quedaría al cuidado del segundo equipo. Este, a bordo del proyectil número dos, iría a relevar al primero la semana siguiente. Establecido de esta manera el programa, el general Floyd

O'Malley

decidió reconocer la región en un radio de cien kilómetros. Todo como el día anterior, es decir, el geofísico Gene Dempster y la química Mary Waller habíanse colocado en su vehículo, mientras que el microbiólogo Spencer Goodwin y la botánica Lilian Gaynor formaban equipo junto al coronel Sheridan.

A punto de partir, el jefe de expedición fue llamado por el oficial de radio del *Space King*. Antes de conmutar de nuevo con la recepción,

O'Malley

se dirigió al vehículo de Sheridan.

—Una llamada del capitán Carlson, Dave. Toma también la comunicación. Corto... Ahora usted, Carlson —invitó conectando el conmutador.

—Acabamos de recibir un mensaje de «Lena», general —dijo empleando la clave destinada o atribuida al Vandenberg—. Como continuación al incidente de esta noche, de lo cual se quejaron los rusos a su C.G. terrestre, la Embajada soviética en Washington ha enviado una nota de protesta particularmente violenta, a la Casa

Blanca. Se trata de agresión característica, de provocación, de astucias bélicas y de violación deliberada del territorio soviético en Marte. Calificado de «acto incalificable y criminal», según el informe de los Popof, quienes reclaman y exigen un castigo ejemplar. ¡Y Moscú exige a la Casa Blanca que sean tomadas inmediatamente severas sanciones contra los responsables!

»La nota se compone además de todos los argumentos ya conocidos, y podríamos decir, clásicos: capitalistas, agentes provocadores, opresores del pueblo... ¡Tú hablas!... Oh, perdón, general —rectificó rápidamente.

—No es nada malo, Carlson —sonrió Floyd O'Malley

—. Continúa. ¿Ha tomado alguna decisión la Casa Blanca respecto a mí, puesto que yo soy el responsable de esa «agresión» criminal?

—Sí, general. Leo: «Después del estudio del informe circunstancial del general Floyd

O'Malley,

¡ confirmado por el coronel Dave Sheridan, el sargento Hayward, el caporal Burton y el segunda clase Flager, protagonistas del incidente ocurrido durante la noche del 5 al 6 de septiembre de 1973 en el sector soviético marciano de Kalinine, ex *Sinus Meridiani*, el general Floyd

O'Malley

está plenamente confirmado en sus derechos y prerrogativas. Le mandamos felicitaciones, lo mismo que a sus hombres, por su valerosa actitud y su excelente iniciativa frente a una situación que habría podido tener catastróficas consecuencias y comprometer gravemente el éxito de su misión.

»A consecuencia de su brillante conducta, serán propuestos para que les sea concedida la Cruz del urden de los Pioneros del Espacio». El Presidente de los Estados Unidos de América les dirige personalmente sus más expresivas felicitaciones. Corto.

A través de la cúpula transparente, Floyd O'Malley

hizo un gesto con la mano a Dave Sheridan, al mando de su vehículo. Los dos hombres, ruinando el ojo, se miraron entre sí: ¡estaban contentos!

—Capitán Carlson —respondió el general por el micro—. Dirija

inmediatamente mis más expresivas gracias al Presidente. La confianza que nos ha demostrado en estos momentos difíciles nos alegra profundamente, etc..., etc... Arregle todo esto de acuerdo con los cánones de costumbre. Corto.

Luego, dirigiéndose a Sheridan:

—¡El pequeño hermano Oleg Abrosimov se morirá de rabia, Dave!

—Seguro, general, pero espere la respuesta. ¡Una afrenta semejante, no se digiere fácilmente!

—¡Claro! Y por esto procuraremos estar en guardia. ¡Y ahora, en marcha, Dave, y buena suerte!

—Gracias, mi general. Lo mismo les deseamos a ustedes.

Los dos vehículos emprendieron la marcha, uno hacia el sur, el otro, el de Sheridan, hacia el norte y hacia los vestigios de una vieja ciudad en ruinas, reducida al polvo, en la intersección de un complejo de canales sub-marcianos, a una distancia de cuatro o cinco kilómetros.

En el pequeño bloc de mandos dispuesto a la derecha de la hebilla de su cinturón, Lilian Gaynor giró uno de los botones de su emisor-receptor para modificar su frecuencia. Un minúsculo pestañeo rojo pulsó bajo el micro, en el globo del casco del cual el jefe piloto no se había liberado todavía, una vez cerrada la cúpula del vehículo. Esa señal reclamaba de su parte la modificación de su frecuencia de emisión-recepción en una longitud de onda no común, sino más bien individual. En caso de urgencia, un tercero que quedaba fuera del «circuito especial» podía en cualquier momento cortar la comunicación «privada» y establecer inmediatamente la longitud de onda normal.

Respondiendo a la llamada, Dave conmutó la frecuencia especial y escuchó la voz de la botánica, sentada a su lado:

—El mensaje de Carlson, acabado de recibir, me ha traído a la memoria un detalle que... me intriga un poco, Dave. ¿Por qué escogiste el nombre-clave de *Lena* para indicar al Vandenberg nuestra base terrestre?

—Es el nombre de una mujer, extraña, que conocí tres días antes de nuestra partida, Lil —indicó sin rodeos.

La joven guardó unos momentos de silencio, y luego:

—Gracias por tu franqueza, Dave... Perdona si he sido

indiscreta.

—No, en absoluto —rióse—. Además, ¿no somos «oficiosamente» novios? Esto te da ciertos derechos... Sí, conocí a esta mujer y fue una aventura sin mañana. Con su causa y razón. ¿Te acuerdas del asunto Lena Bates?

—¿Quieres decir de...? —comenzó ella, aturdida.

—Sí, de aquella que hicieron pasar por asesina. La verdad difiere bastante de lo que la prensa publicó. He aquí la versión exacta del «caso Lena Bates»...

Tras ellos, el microbiólogo Spencer Goodwin esbozó una sonrisa: el «silencio» de sus compañeros no le inquietaba en absoluto. Aquella misma mañana, se había percatado de la existencia entre ellos de cierta intimidad, además del tuteo cariñoso que no empleaban el día anterior, lo cual le ayudó a sacar las conclusiones pertinentes: un idilio que acababa de nacer entre Dave y Lilian. Divertido, les deseó moralmente toda clase de venturas y, girándose ligeramente, se dedicó a prestar más atención al paisaje que iba mostrándose a su paso. Un paisaje insólito por el que avanzaban traqueteando sobre un suelo pedregoso, no demasiado alejado de la banda de vegetación liquenoidea que conducía a la ciudad muerta.

Distraído por la novedad de aquel decorado, el microbiólogo tardó cierto tiempo en darse cuenta de lo que, inconscientemente, había ido llamando su atención poco a poco. Tan pronto comprendió el carácter alarmante de lo que estaba observando, se abalanzó rápidamente hacia el botón de emisión preferente, lo cual tuvo por efecto interrumpir el diálogo «privado» de sus compañeros.

CAPÍTULO VIII

—¡Detente, Dave! —gritó Goodwin por el micro—. ¡Mira a tu derecha!

Sheridan frenó bruscamente y el vehículo se encabritó con un movimiento de vaivén sobre sus orugas. El piloto y su compañera dirigieron su mirada hacia la derecha sin ver nada, de particular la «foresta» llena de matorrales de ramas violáceas.

—¿Qué hay, Spencer? ¿Marcianos a la vista?

—No bromeo, Dave. He visto... un resplandor... brillo luminoso a través de la masa tupida de estos matorrales.

—¿Una luz? ¡Ni lo sueñes!

—No estoy soñando, Dave: lo afirmo —replicó microbiólogo—. No se trata de una luz, propiamente hablando sino de una especie de reflejo, algo así como el reflejo del sol sobre un casco de escafan...

—¡Ahí está, lo he visto! —interrumpió Lilian con voz angustiada.

Furioso por ser el único que no veía nada, Dave Sheridan comenzó a preguntarse si un exceso de imaginación no estaría jugándoles una mala pasada a sus amigos, pero entonces, bruscamente, vio aquel singular reflejo, bastante alejado, a través de los matorrales malva de los líquenes gigantes.

—La comparación que has hecho es exacta, Spencer. Se diría que el reflejo del sol da en un casco globular.

—¿El general Abrosimov estará tratando ya de hallar la ocasión de devolvernos la pelota, como amenazó la otra noche?

—¿Crees que se conformarían con «violar» nuestro territorio? Pero de cualquier manera, ¿cómo les habría sido posible recorrer con estos vehículos los cuatro mil doscientos kilómetros que nos

separan de su base?

—Contrariamente a lo que hicimos nosotros, por accidente, esta incursión en nuestras tierras denotaría por parte de ellos una intención deliberada de molestarnos. Deben haber avanzado en vehículos-oruga a cubierto de esas masas vegetales, a lo largo de todos los canales.

—Veamos, Dave, la distancia —objetó Lilian—. Esta noche soltasteis al general Abrosimov aproximadamente a las cinco, de lo cual hace apenas diez horas. ¿Cómo es posible que en un vehículo de estos, por muy rápido que sea, pueda recorrerse este trayecto en cinco horas? Y tal vez aún menos que eso.

—Pues muy sencillamente. Haciéndose transportar a cuatro o cinco kilómetros de aquí, por un proyectil del género del nuestro. Un proyectil que volando muy bajo se haya posado tras una colina, escapando por ello, a esa distancia, a nuestros radares.

—Es posible —reconoció el microbiólogo—. Pero ¿qué objeto tendría esta violación secreta o discreta de nuestro territorio?

—Vamos a tratar de averiguarlo —dijo poniendo de nuevo el vehículo en marcha para avanzar a roca velocidad hacia el «canal» que, de norte a sur, extendía hasta perderlos de vista aquellos extraños matorrales liquenoideos.

Mientras iban acercándose a la orilla malva, Dave estableció contacto con el primer vehículo. Puesto al corriente de sus observaciones y de su decisión a explorar la zona vegetal, el general Floyd

O'Malley

les dio su autorización pero les previno:

—Nada de imprudencias. No salgan bajo ningún pretexto del vehículo si se presentara la ocasión. A la más mínima alarma, no busquen pelea ni sean jamás los primeros en disparar: ¡es una orden!

—Razón de más para no facilitarles las cosas. Téngame al corriente de los acontecimientos. Corto.

El vehículo rozó los primeros matorrales de larras «hojas» estrechas, festoneadas, rizadas, abriéndose camino a través de la espesura violácea de aquella área fertilizada por la compleja irrigación sub-marciana. Bajo el paso del vehículo, los líquenes pisoteados, estrujados, comenzaban a humear debido a la presión

ambiente tan débil, su jugo se sublimaba, pasando del estado líquido al estado de vapor. A medida que iban avanzando por aquella flora espléndida, las ramas superiores de los matorrales chocaban contra la cúpula del vehículo, dejando salpicaduras de tono rosado fuerte que se borraban fácilmente.

El vehículo desembocó bien pronto en una especie de abertura, de «túnel» a través de la masa vegetal, que daba la impresión de ser una «pista» trazada por su propia máquina. En el suelo, los liquenoideo tronchados por los vehículos formaban un doble surco de «lodo» vegetal de tono violeta; el terreno, poroso, quedaba rápidamente empapado y sólo una pequeña parte de aquel jugo se diluía en vapor, al acabarse de sublimar.

—«Han» pasado hace poco rato y...

Una exclamación del jefe piloto cortó la palabra del microbiólogo:

—Las huellas de botas, de las suelas de las escafandras. Allí, a uno y otro lado de las marcas dejadas por los vehículos.

—Muy débiles —indicó Goodwin—. Aun estando a cubierto por su vehículo, los rusos han sido bastante imprudentes al pasearse a pie en este bosque que no conocen más que nosotros mismos.

Dave giró hacia la izquierda, metió el vehículo en la abertura pero no fue muy lejos. Se detuvo, inclinándose hacia adelante, con la frente pegada a la cúpula transparente. Sus compañeros le imitaron y vieron, a la derecha del surco de un vehículo, un disco azul claro que brillaba débilmente.

—¡Una insignia pectoral rusa!

—¡Cómo las conoces, Dave! Está girada y medio oculta por las ramas pisoteadas.

—La reconozco, Spencer, por haber visto una así en el pecho del general Abrosimov así como en rada uno de sus hombres. Este azul luminoso es característico; la otra cara ostenta una hoz y un martillo escarlatas, igualmente luminosos. Colocaos os cascos. Voy a salir a recoger ese pequeño recuerdo...

—Deja, Dave, yo iré —propuso el microbiólogo—. Así podré estirar las piernas.

—Si eso te divierte —concedió, terminando de colocarse el casco—. ¿Listo?

Lilian y Goodwin afirmaron con un movimiento de cabeza, y dio

vuelta al mando correspondiente a la abertura del vehículo después de haber interrumpido el funcionamiento del generador de aire. Goodwin saltó fuera del vehículo, muy ligero por la gravedad tan débil de Marte, poniéndose fácilmente de pie. En tres pasos se encontró frente al objeto, se agachó para recogerlo. Inexplicablemente, la insignia permanecía pegada al suelo, entre ramas y las hojas liquenoides pisoteadas.

—Y bien, Spencer, ¿acaso buscas tréboles de cuatro hojas?

Goodwin se puso nuevamente de pie, mostrando a través del casco azulado una faz preocupada:

—No puedo arrancarla... del suelo.

—¿Estás bromeando?

—Pruébalo tú. No se mueve ni un ápice.

Escéptico, Sheridan se procuró una Thompson en medida de prudencia y saltó al suelo acercándose al microbiólogo. Se agachó, y cogió con los dedos enguantados la insignia. Tiró de ella. ¡Sin éxito alguno! Parecía estar sólidamente *soldada* al rielo y a las ramas pisoteadas, que no se movían ni un milímetro.

—Más bien rígido, ¿no?

—En efecto —respondió, el jefe piloto desconcertado—. Y como yo no creo en brujerías, regresemos inmediatamente a la cabina.

Se lanzó hacia el vehículo, pero un choque brutal le echó hacia atrás cayendo a la inversa, incapaz de comprender lo que le había sucedido. En la cabina del vehículo, Lilian Gaynor se había puesto de pie, alarmada, tratando de encontrar también una explicación a lo que le sucedía a Dave.

Este, levantándose, daba la impresión de bizquear: en efecto, observaba frente a su nariz la pared de su casco, afortunadamente intacto a pesar del choque recibido por un obstáculo *invisible*.

Goodwin se le acercó, pero a dos metros del vehículo, se encontró también detenido por algo sólido que sus ojos trataban en vano de descubrir.

—¡Santo Dios, Dave! Hay... no sé qué entre nosotros y el vehículo. Algo que no vemos pero que tiene la consistencia del metal.

Con las manos hacia delante, Sheridan tanteó, inclinándose hacia el lado derecho palpando el misterioso parapeto transparente que les separaba de su compañera que había quedado a bordo del

vehículo. El microbiólogo, se alejó también tanteando con las manos, hacia la izquierda. Terminaron por encontrarse de nuevo, al otro lado del vehículo y Goodwin no pudo evitar lanzar un juramento:

—¡Maldita...! Eso... rodea todo el aparato dejándolo aislado...

—Como si se tratara de un campo de fuerza —terminó Sheridan, levantando los ojos hacia la botánica que se esforzaba en refrenar su inquietud—. Lilian, avisa inmediatamente al general rara evitarle, si todavía está a tiempo un contratiempo de esta índole, y...

Se detuvo, abriendo los ojos, confundido. Veía, a través del globo de su casco, mover los labios de la joven, pero sus auriculares no le remitían sonido alguno. Lilian, por gestos, le hizo comprender que no oía ni una sola palabra.

—¡Eso es lo mejor! Este campo de fuerza forma una pantalla y las ondas de radio no pueden pasar a través de él.

Un sentimiento de pánico se adueñó de la botánica que saltó de la cabina y dando dos pasos se halló frente a un muro, totalmente invisible. Lilian corrió a derecha e izquierda, golpeando con sus puños enguantados aquel obstáculo transparente. De pronto, sus puños no encontraron más que vacío: perdió el equilibrio y, empujada por la misma fuerza de sus golpes, fue a caer contra el riel. Al precipitarse en su ayuda, los dos hombres oyeron de pronto la respiración entrecortada de la joven a través de sus audífonos: una vez desaparecido el campo de fuerza, podía de nuevo comunicarse por radio.

Olvidando la presencia del microbiólogo, Sheridan tomó en sus brazos a la joven. Casco contra casco, se sonrieron, ella un poco confusa por haberse dejado ganar por aquel loco temor.

—Sería difícil pretender negar que he sentido verdadero pánico, Dave —explicó.

—Yo no estoy tampoco demasiado seguro, cariño mío. El paseo ha terminado, regresemos al campamento. Volveremos aquí en número superior para...

—Dave —gritó Spencer, lívido—. *El campo de fuerza ha vuelto a aparecer.*

Con temor, emprendieron los tres la vuelta al obstáculo invisible encontrándose de nuevo al otro lado, aterrados.

—Esta vez, hemos quedado, sin más ni más «fuera». La interrupción del campo de fuerza no debe haber durado más de un minuto.

Una inmensa sorpresa se plasmó en el rostro de Lilian Gaynor:

—Dave, ¿podría ser que el campo hubiera estado abierto simplemente con el único propósito de permitirme abandonar también el vehículo? ¿Con el propósito de que los tres, ahora juntos, nos veamos privados del mismo?

—¿Y debemos dar las gracias de esto a los rusos? —vaciló Goodwin—. ¿Y estarían preparados para llevar a bordo de su vehículo un generador de campo de fuerza? ¿Un aparato que, a *distancia*, permitiera crear un campo anular en torno a una masa metálica? ¿Y en tal caso, es posible tal procedimiento?

—Es concebible, Spencer, y los rusos han podido, en este dominio, aventajarnos también. Pero dudo que hayan podido emplazar un generador de esta especie en un vehículo. Sería muy distinto si admitiéramos que en este mismo momento un proyectil auxiliar soviético hubiera sido puesto en órbita, calculando su velocidad sobre la de la rotación de Marte a fin de producir, de una u otra manera, el punto fijo. Desde «allí arriba» la proyección de un campo de fuerza de esta naturaleza es ya... un poco admisible.

Goodwin notó la imperceptible reserva de esta «admisibilidad», pero no dijo nada. Sus ojos se encontraron con los de Dave: adivinó en aquel el mismo problema, la misma ansiedad que *ellos trataban, los dos, de disimular a la joven*. Una angustia de naturaleza distinta de aquella que habían sentido hasta aquel momento.

Lilian se volvió ligeramente para dar una ojeada a la insignia que seguía en el suelo. ¿Por qué desengañarles, por qué dejarles entrever que ella consideraba también *otras perspectivas*, enloquecedoras? Maquinalmente, se arrodilló, y contra lo esperado, recogió la insignia. Le dio la vuelta, contemplando la hoz y el martillo, rutilantes, haciéndola saltar en la palma de su enguantada mano, ante los ojos incrédulos de sus compañeros.

—Sí —murmuró ella con una tranquilidad que les sorprendió—. La fuerza que la sujetaba contra el suelo ha desaparecido... ¿Tal vez será hora de ir pensando en «desaparecer» nosotros también?

—No perdamos la razón, cariño.

—No lo hago, querido, me limito a emitir una sugerencia...

La contempló con curiosidad, preguntándose si ella sospecharía la *verdad probable*, pero sólo pudo leer en los ojos de la joven la ternura que le brindaba. Carraspeó:

—Ejem... Nos encontramos a ocho o diez kilómetros de la base, a lo sumo. Teniendo en cuenta la débil intensidad del peso, deberíamos poder estar junto a nuestros camaradas dentro de una hora. En caso de necesidad podemos alternar la marcha rápida con el paso normal que permiten avanzar de una manera impresionante en esta gravedad tan inferior a la que nosotros estamos acostumbrados. Además, el campo está todavía en posición conveniente para nuestros emisores individuales.

El jefe piloto arregló la longitud de onda disponiéndolo para las llamadas de urgencia y lanzó un mensaje, que no tuvo, ¡diantre! eco alguno. Esta comprobación no pareció inquietarle demasiado.

—Si nos permite efectuar nuestras emisiones cercanas, el campo de fuerza que envuelve al vehículo suspende tal vez, los enlaces a partir de una cierta distancia. A menos que hayamos ido a caer en una «zona de silencio», como existe por otra parte en la Tierra, donde se registra el fin de la propagación de las ondas de radio. El hecho es más bien raro pero bien conocido por los radio-técnicos.

Goodwin no creía una sola palabra de aquel discurso, comprendiendo que todo aquello no era más que un juego para tratar de alejar el temor, y decidió participar en el juego:

—O.K., abramos camino y dirijamos nuestros pasos hacia el sur-suroeste.

Guiándose por la brújula, empezaron a alejarse, Dave a la cabeza con la Thompson bajo el brazo y Goodwin cerrando la marcha, con la mano descansando sobre el mango del cuchillo que colgaba de su cinturón. Andando entre los dos hombres, la botánica quiso ir al lado de Sheridan pero este la disuadió:

—Quédate detrás mío, Lil. No tenemos más que una metralleta y... es inútil que te expongas en primera línea.

El tono quiso sonar irónico pero le faltaba verismo. Lilian permaneció pues en su lugar y giró la cabeza. Sorprendió la expresión inquieta del microbiólogo que espiaba alternativamente a izquierda y derecha la espesura, a lo largo de la abertura dejada por el paso de su propio vehículo. Goodwin seguía llevando la mano en el mango del cuchillo de su cinturón permaneciendo en perpetua

defensiva.

Un poco antes su intuición femenina no le había engañado al darse cuenta de que algo preocupaba a sus compañeros: impreciso, misterioso un *nuevo* peligro les amenazaba. Recordó el pánico que había sentido cuando el campo de fuerza aisló el vehículo en el que se hallaba, de los dos hombres. No quedaba nada más: la razón dominaba ahora sus alarmas, avivada por su valentía. Si existía semejante peligro, *realmente*, no podían contar más que en sí mismos. Y nadie podía saber, ni siquiera sospechar en qué forma, tal vez alucinante, podía manifestarse de un momento a otro. Sus compañeros pues, necesitaban mucho más su ayuda que sus lamentos y quejas.

La joven sacando su cuchillo de la vaina, giró levemente la cabeza:

—Spencer, vas a terminar totalmente mareado si sigues moviendo la cabeza de un lado para otro, como hasta ahora. Vigila la espesura del lado izquierdo, y yo vigilaré los matorrales de la derecha. De esta manera podemos estar seguros de ver llegar el peligro, cualquiera que sea.

La transformación de la joven y el valor del que daba muestra, en aquellos momentos, hicieron brotar una sonrisa sorprendida en la faz del microbiólogo:

—Bravo, Lilian. ¡Así se habla!

A su vez, Dave le mandó una feliz sonrisa, volviendo rápidamente su atención al frente:

—Acabas de despojarte por completo de los últimos vestigios del complejo que se había apoderado de ti, Lil. Así está mucho mejor.

—Dave, ¿y si habláramos claramente? —preguntó—. ¿Las cosas no están que digamos, muy brillantes, no es cierto?

—¡Dios mío! Más bien diría que están sombrías. Ahora puedo decirte que esa historia de la «zona del silencio» puede servir para ciertos lugares de la Tierra, pero no aquí, en las circunstancias en que nosotros lo hemos vivido. El campo de fuerza que rodea nuestro vehículo no puede privarnos de comunicar con el campamento o con el vehículo del general O'Malley.

—En conclusión: ¿pueden o no, los rusos ser responsables de este... fenómeno?

—Yo no he hablado de esto —defendió Dave—. El silencio del campo puede tener una causa natural que nosotros descubriremos dentro de poco... a condición de apresurarnos, y de renunciar de momento a saber qué han venido a hacer los rusos en «nuestra casa».

Caminando más deprisa, no tardaron en salir de la extraña espesura de liquenoideos. A algunos kilómetros al norte, como mancha oscura en medio de la extensión rocosa, se apercibía la ciudad en ruinas, mientras que al sur, una ligera elevación de terreno ocultaba el campo de la base.

No necesitaban la brújula para orientarse: la tierra roja y la piedra friable conservaban netamente las huellas profundas dejadas por las orugas del vehículo. El sólo hecho de haber podido abandonar la espesura sombría de los matorrales les libertó un poco de la inquietud que les oprimía. En terreno descubierto, un ataque, *sin prejuzgar su origen o naturaleza*, les parecía más difícil, menos probable. Los tres debían estar pensando lo mismo ya que la joven botánica observó:

—Si el general Abrosimov hubiera querido tendernos una trampa, estoy segura de que lo hubiera hecho mientras andábamos entre la espesura, donde nuestras posibilidades de éxito hubieran sido muchas menos que aquí. Me gustaría saber porque no se ha dejado ver.

—Extraño, en efecto —admitió Sheridan, observando la duna que se extendía ante sus ojos.

Se detuvieron al poco rato, levantando los ojos, intrigados. El día azul malva, se ensombrecía, tomando un tono ocre-violáceo que, paradójicamente tornaba en opaca la atmósfera a pesar de ser de las tenues.

—No es mucho más de mediodía y parece que anochezca —indicó Lilian.

A su alrededor, ligeros torbellinos revoloteaban, corriendo a ras de suelo mientras que la luz seguía oscureciéndose. Se apresuraron en trepar por el montecillo deteniéndose de nuevo, petrificados: una inmensa niebla rojo-carmín, con zonas anaranjadas o amarillas, que invadían el horizonte. A dos kilómetros, distinguieron su proyectil, las pilas de los cajones, la «tienda de campaña» estrujada por la «vanguardia» de aquella formidable nube que la comenzaba a

envolver.

—¡Una tempestad de arena! —gritó Dave.

No se trataba de un adversario contra el cual puedes oponer tu fuerza o la astucia sino de una calamidad natural, terrorífica e invencible para el hombre sin más medios que sí mismo.

—¡Es necesario conseguir llegar al campamento o encontrar algún sitio donde resguardarnos antes de que llegue de pleno el tornado y se nos lleve!

Descendieron rápidamente la pendiente, corriendo por el llano, efectuando a cada parada un brinco de cinco o seis metros. El campamento había desaparecido ya, cubierto por las primeras borrascas que precedían a la tempestad. Una de aquellas terribles tempestades de arena que los astrónomos habían tenido ocasión de observar muchas veces, desde la Tierra, gracias a los potentes telescopios.

Empujada por la corriente al dar un salto, Lilian giró sobre sí misma hasta ir a parar contra el suelo. Dave se precipitó para ayudarla a levantarse, mostrando una sonrisa de sosiego. Confiando en su suerte, la cogió de la mano, sólidamente, y los dos reemprendieron la marcha, uno al lado del otro.

—¡Con tal que pueda aguantar el golpe! —deseó Sheridan—. Ha sido una imprudencia dejarlo en el suelo. ¡El capitán Rodgers es, sin embargo, copiloto! ¡No comprendo cómo el general no le ha ordenado despegar, con todos los demás a bordo!

—¡Dave! —gritó la joven tendiendo el brazo en dirección al campamento.

Sin dejar de correr, los dos hombres se esforzaron en distinguir lo que ella les señalaba. La base no estaba más allá de un kilómetro. Otra claridad, pasajera, les hizo comprender el estupor de su compañera: el tornado se desencadenaba alrededor del campamento, *pero sólo a su alrededor*.

—¡Dios Santo! —exclamó Goodwin—. Se diría que la tempestad *respet*a el campamento.

—Es cierto. Los torbellinos de arena lo rodean, pero el proyectil, la tienda de campaña y los depósitos no han sido ni siquiera rozados... Increíble: *un inmenso campo de fuerza protege la base*.

Repentinamente, cuando todavía estaban a unos tres o cuatrocientos metros del montón de cajones más cercano, el frente

del «ciclón» les dio alcance. Lanzados al aire como simples monigotes de papel, fueron arrojados con fuerza brutal contra el suelo y bruscamente rodeados de un crepúsculo púrpura-violáceo.

—¡Permaneced cuerpo a tierra... si podéis! —gritó Dave—. Probad de arrastrarse para ofrecer menos presa a la tempestad.

Con grandes esfuerzos a fin de oponerse a la fuerza contraria del viento que les hacía rodar sobre sí mismos, trataron de arrastrarse, de avanzar bajo los asaltos furiosos de aquellos «paquetes» de tierra y arena que arañaban sus escafandras. Sin embargo, insensiblemente, la tormenta fue disminuyendo. Por lo menos en las cercanías de aquel invisible campo de fuerza al cual no tardaron mucho en llegar. Separados por la tormenta de arena, se llamaron por radio, conviniendo en trepar a la base de la muralla de energía a fin de reagruparse, jadeantes, inundados de sudor dentro de las respectivas escafandras. Lilian, con la respiración entrecortada, se apretó contra Dave:

—¿Sigues creyendo razonable mencionar a los rusos para explicar este... este milagro que ha salvado nuestro campamento?

—No, evidentemente. Lo cual nos conduce a una conclusión... fantástica.

—Con la que, sin embargo, estoy segura, hemos pensado los tres, sin atrevernos a admitirla conjuntamente —concluyó el microbiólogo—. Este mundo que nosotros creíamos muerto, poseyendo únicamente una fauna y una flora bien rudimentarias, este mundo rojo, *posee una especie que piensa*.

—A pesar de lo extravagante, es la más sabia de las hipótesis —admitió Sheridan.

—Los *Marcianos* —murmuró Lilian, menos asustada que sorprendida—. Yo también había pensado en esa posibilidad, allí entre la espesura, mientras tratábamos de convencernos que aquel campo de fuerza, alrededor de nuestro vehículo era obra de los rusos.

—Los marcianos —repitió Deva, pensativo—. No hemos descubierto sus ciudades, y sin embargo, deben existir, ocultas bajo el suelo igual que sus canales. Hubiéramos debido sospecharlo cuando, a bordo del *King* y del proyectil, nuestros detectores infrarrojos mostraron cierta resistencia al sobrepasar algunas zonas que debían ser las de estas ciudades ocultas.

—El empobrecimiento de la atmósfera de este planeta —declaró Lilian— ha obligado a sus habitantes pacíficos a refugiarse en las entrañas de este globo desecado...

—¿En qué te basas para afirmar que se trata de seres pacíficos?

—Veamos, Spencer: de haber sido hostiles no se hubieran tomado la molestia de proteger nuestra base ante la proximidad de la tempestad.

—Admito esa posibilidad, pero no puedo explicarme la razón por la cual han bloqueado nuestro vehículo bajo uno de esos campos de fuerza, allí en el corazón de la espesura.

—Aquello no fue precisamente un acto de hostilidad, Spencer —razonó la botánica—. Quien sabe si de aquella manera nos hacían comprender que estaba prohibido seguir paseándonos por *sus plantaciones*. Porque, ¿no es posible que esos matorrales liquenoideos, que crecen en inmensas bandas de terreno, constituyan su principal fuente de alimentación?

—Tienes una respuesta para todo —sonrió el microbiólogo.

—Hay una cosa, sin embargo, que no marcha como debiera —murmuró Dave Sheridan—. Si nuestros camaradas se han refugiado en el interior del proyectil al ver comenzar la tempestad, ¿por qué no han salido ya al observar que un campo de fuerza, misterioso, protegía la base?

—Es cierto —apoyó Lilian—. Tal vez no se hayan atrevido ante lo que este enigma implica de alarmante.

Dave torció la boca en gesto escéptico:

—Sea como sea, nuestra base tiene todo el aspecto de estar *abandonada*. Y esto, querida mía, es más alarmante que el «enigma» en cuestión.

Ante el mutismo y fruncimiento de cejas de la joven, sus compañeros siguieron el curso de su mirada...

La atmósfera se había aclarado; mucho más hacia el norte, los torbellinos de arena iban alejándose, más allá de la ciudad muerta. A unos ciento cincuenta metros escasos, la masa de arena acumulada contra un montecillo iba moviéndose, agitada a veces en olas trémulas.

Pero, el viento había cesado...

CAPÍTULO IX

¿Cuál podía ser el origen de aquel singular fenómeno?

Dave Sheridan, el microbiólogo y su compañera se acercaron a aquel montecillo curiosamente estable. Un remolino, una corriente que *salía del interior desencajó* la cumbre de la duna y, lentamente, emergió un cilindro de color

ocre-rojo

acumulando a su alrededor la masa de arena. Aquel cilindro de apariencia metálica, de unos ocho metros de diámetro, se elevó, como un enorme pistón de una altura de cinco o seis metros, para inmovilizarse con un leve estremecimiento.

Sobrecogidos y asombrados, los tres americanos habían quedado paralizados. Sheridan preparó su metralleta. Un tablero perfilado iba abriéndose lentamente en una de las paredes del «cilindro». Violentemente sorprendida por un soplo de aire, la arena volteó frente a aquella abertura de unos dos metros de lado.

Su aprensión de ver surgir criaturas «monstruosas» no tuvo objeto. El cilindro estaba vacío y sus paredes interiores irradiaban una luz blanco-azulada, uniforme, que descansaba la vista.

La joven interrogó a sus compañeros con la mirada. Spencer, murmuró:

—Esto tiene todo el aire de una «invitación» a tomar este ascensor, o algo parecido, ¿no crees, Dave?

—Mm, mm —emitió, dubitativo—. ¿Ascensor o ratonera?

—Vamos armados.

—Oh, sí. Una Thompson para tres y los cuchillos —ironizó.

—De todas formas —indicó Goodwin, dando ánimos—, el campo de fuerza nos priva de llegar al campamento.

—Lo que es más, los depósitos de oxígeno de nuestras

escafandras quedarán vacíos al caer la noche. Esto nos deja un margen de seis o siete horas de autonomía. Y si por una razón cualquiera, el *King* no pudiera, alarmado por el silencio de la base, enviarnos el proyectil de socorro, moriríamos de asfixia en nuestros vidoscafos. El camino a seguir en estas condiciones me parece bien claro: debemos arriesgarnos a responder a esa misteriosa «invitación».

Optaron por seguir esta indicación y franquearon la obertura en el tablero que se cerró inmediatamente tras ellos. El parqué de metal tembló bajo sus pies y, rápidamente, la cabina cilíndrica se hundió en el suelo. Lilian, Dave y Spencer, silenciosos, inquietos por los mil pensamientos que acudían a su mente. ¿Qué iban a encontrar al final de aquel descenso que parecía no tener final?

La botánica, cogiéndose del brazo del jefe piloto, murmuró a través del micro:

—¿Y si nuestros camaradas hubieran corrido la misma suerte? ¿la misma aventura? ¿Y si se hubieran expuesto también a entrar en este cilindro?

—¿Sin dejar a nadie de guarda en el campamento? Me parece muy improbable.

—De todas formas en una u otra parte deben estar —indicó el microbiólogo—. ¿Y si hubieran sido conducidos aquí amenazados, a la fuerza?

—¿Por qué los marcianos habrían de reservarnos un trato diferente? —objetó Sheridan—. Si ellos hubieran decidido emplear la fuerza, nosotros no hubiéramos escapado a ella. Ahora bien, a pesar de su carácter impersonal, ese procedimiento de «acercamiento» al cual hemos respondido entrando en este ascensor, no implica en absoluto la más remota idea de intenciones hostiles por su parte. Es una manera de proceder, prudente, comprensible en los dominios de unos seres posiblemente muy distintos a nosotros.

Una ligera trepidación y la cabina se detuvo al tiempo que el tablero se deslizaba dejándoles paso. Dave tomó de nuevo en su mano la metralleta, con el índice en el gatillo. Frente a ellos se extendía un largo corredor de metal, de unos cuatro metros de altura por cinco de ancho con una especie de escotillas de vez en cuando. Un pasillo desierto, iluminado con aquel mismo resplandor

suave, blanco-azulado.

—El comité de recepción se ha retrasado.

Goodwin quiso hacer eco a la broma del jefe piloto, pero la suya careció también de convicción:

—Tal vez los marcianos sean simplemente espíritus puros, impalpables como el aire, en cuyo caso no les veremos.

Avanzaron hasta la extremidad del pasillo que giraba hacia la derecha desde donde vieron que una de las escotillas se abría lentamente. Era también una invitación, sin duda alguna: entraron en una pequeña pieza desnuda, de medianas dimensiones. La escotilla se cerró nuevamente tras ellos y de pronto, una fuerza irresistible arrancó de las manos del piloto la metralleta que apuntaba frente a él. Con un ruido seco, la Thompson fue a clavarse en el techo, a cuatro metros de altura. A su lado, Lilian y Goodwin habían recibido a su vez, un brutal tirón en sus respectivos cinturones de los cuales les habían sido arrancados los cuchillos, que fueron a parar también al techo, junto a la metralleta.

—He aquí una acogida que no es demasiado calurosa —dijo Dave, confuso.

Dando un brinco en el aire, consiguió alcanzar la correa de la Thompson... quedando suspendido en el vacío: el arma estaba como soldada en el techo metálico. Renunció, saltando con suavidad cerca de sus amigos.

—No hay nada que hacer. Estamos...

La escotilla acababa de abrirse. Desarmados, «les» invitaban a salir de allí, lo cual hicieron. De nuevo en el pasillo, observaron una flecha en la pared que empezó a iluminarse con luz intermitente.

—Una flecha indicadora —dijo Dave—. Este modo de indicación se parece singularmente al nuestro y eso sí que no lo esperaba.

Obedeciendo aquella señal, siguieron avanzando, guiados a lo largo de un verdadero laberinto subterráneo por otras flechas intermitentes. Recorriendo casi un kilómetro, incapaces de poder recordar el camino por las innumerables bifurcaciones y rotondas de donde nacían cinco, seis y a veces hasta diez vías diferentes. Al fin, cerca de ellos, se abrió una puerta, dándoles acceso a una pieza bastante espaciosa, en cuyo umbral quedaron aturdidos de asombro: el general Oleg Abrosimov y los miembros de la expedición rusa estaban allí, boquiabiertos igual que los recién llegados.

—¡Santo Dios! —exclamó Dave, con los ojos desorbitados.

No supo decir otra cosa ante el espectáculo que ofrecían sus compañeros, así como los rusos, mezclados entre sí, y *desprovistos de las respectivas escafandras*. No llevaban más que los uniformes, azul claro, los americanos, y marrón oscuro los rusos, unos y otros cerrados por delante con una cremallera en forma de diagonal. Hablaban todos a la vez, pero Dave, Lilian y Spencer no encendían evidentemente ninguna palabra. Convencidos de la no toxicidad de la atmósfera, puesto que los demás respiraban sin la menor dificultad, los tres procedieron a quitarse el casco.

El runrún de la conversación llegó a sus oídos. Apretaron las manos de sus compañeros, respondiendo a sus preguntas, encontrándose en un ambiente de alegría natural. Agrupados a un lado, los rusos observaban con cierta reserva a los americanos.

—Podéis quitaros también vuestras escafandras —les aconsejó Lloyd

O'Malley,

señalándoles con el dedo un ángulo de la habitación donde estaban amontonados sus vidoscafós.

Siguieron su consejo, y Dave, todavía sorprendido, preguntó:

—¿Qué ha sucedido, general, después de nuestra salida del campamento? ¿Y cómo han llegado ustedes hasta aquí?

O'Malley

les invitó a sentarse en una especie de banco que daba la vuelta a toda la habitación y respondió:

—Esta mañana, llegados a unos siete u ocho kilómetros al sur del campamento, nuestro vehículo se detuvo, incapaz de avanzar un milímetro más.

—¿Un campo de fuerza que se ha interrumpido el tiempo justo para permitirnos salir del aparato?

—¡Vaya! ¿Es que les ha sucedido lo mismo?

—Más o menos, general. Pero continúe, se lo ruego.

—Regresamos a pie hasta la base, perseguidos por una tempestad, encontrando a nuestros camaradas a punto de ponerse a salvo dentro del proyectil, después de haber intentado inútilmente establecer contacto con el *King*. Fue en aquel momento que un cilindro metálico surgió de la arena a ciento cincuenta o doscientos metros del campamento, apareciendo cinco criaturas de pequeña

estatura, que se dirigieron hacia nosotros. No llevaban una sola obertura horizontal, cuya visera transparente, pero roja, no permitía distinguir sus rasgos.

»Estos pequeños seres se nos acercaron, sin pronunciar ni un solo sonido, mostrándonos con gestos el tornado que iba acercándose a nuestro campamento. Uno de ellos, más o menos de la estatura de un chiquillo de diez años, sacó del bolsillo de su vidoscafo una fotografía aérea en relieve, en la cual figuraban nuestras instalaciones, nuestro proyectil, la tienda de campaña y los dos vehículos. Con el dedo, aquel ser señaló una curva sobre uno de los vehículos, lo que me hizo suponer que se refería al campo de fuerza. Diseñó entonces otra curva en torno a la base, por lo que debimos, a pesar de nuestro aturdimiento, admitir que el marciano indicaba con aquello su intención de proteger el campamento mediante una «cúpula» gigante.

»Para resumir este contacto amistoso y animador, seguimos a los marcianos hasta aquí, después de haber sido desarmados por otro campo de fuerza que mandó nuestras metralletas al techo. Mediante una pantomima, esos buenos hombres nos hicieron comprender que podíamos sacarnos los cascos. ¡Nos hicieron pasar a esta sala, donde nos encontramos con el general Abrosimov y todos los miembros de su expedición!

Hizo una pausa, esbozando una sonrisa:

—A pesar del incidente de la noche pasada, nuestra situación actual, por cierto muy excepcional, justifica una tregua, por no decir la reposición de relaciones más corteses con nuestros «compatriotas terrestres». Han vivido las mismas peripecias, con la única diferencia que los hombrecillos les han transportado, desde su campamento, hasta aquí, a bordo de un vehículo en forma de obús que les ofreció las vistas sub-marcianas a una velocidad fantástica. Y hemos permanecido juntos, comentando esta singular aventura, en espera de una visita de estos seres que no parecen animados por ninguna mala intención, según nuestro parecer.

Dave Sheridan movió suavemente la cabeza; con la ceja ligeramente arqueada contempló al jefe de la expedición soviética con una expresión a la vez maliciosa y descarada:

—¡Y pensar que estuvimos a punto de pelearnos por... ese pedazo de tierra que pertenece a los marcianos! ¡Menudo negocio

para los cupletistas de la Tierra!

El general Abrosimov, más enfadado que nunca, fue a pararse delante de él:

—¡Coronel Sheridan! Narre los hechos según un texto verdadero, ya que en el momento del incidente evocado por su jefe, no existía ni en el espíritu de ustedes ni en el nuestro la más remota idea sobre la existencia de los marcianos. Por consiguiente, nosotros estábamos en nuestro derecho al considerar como nuestro, el territorio que habíamos ocupado y actuamos igualmente de buena fe, al tomar por acto de violación la incursión de su grupo en nuestro sector. ¡Además, la agresión de que fuimos víctimas, puede estar usted seguro, tendrá graves prolongaciones en el nivel diplomático!

El general Floyd
O'Malley

apretó los labios y comentó, fulminante:

—Ha escogido un momento adecuado para martirizar nuestros oídos con ese cuento de niños. No hable más de agresión, puesto que es evidente que al camuflar su base, prepararon esta puesta en escena que el Kremlin se cuidaría de explotar debidamente refiriéndose a ese incidente. ¡Si en un principio sus móviles escaparon a nuestra comprensión, hemos tenido tiempo más que suficiente para reflexionar y luego comprender!

»Retrasando nuestra implantación en Marte, comprometiendo al mismo tiempo el éxito de nuestra expedición, también, al presentar al mundo sus escandalosas maquinaciones, puras calumnias en lo que a nosotros se refiere, ustedes esperaban poder aumentar todavía más su adelanto sobre nosotros. Sus dirigentes habrían hábilmente pregonado a los cuatro vientos la celeridad, eficiencia, organización perfecta de la tecnología y del materialismo soviéticos. Muy condescendientes, habrían declarado, benditamente, en substancia: Pasamos una esponja sobre el incidente; los americanos han recibido ya suficiente castigo. Y frente al estado precario de su situación, en su territorio «de repliegue», estamos dispuestos a ofrecerles nuestra ayuda generosa y desinteresada.

»Resultado, un éxito fabuloso de propaganda y ganancia en todos los terrenos. ¡Gracias a Dios, les ha fallado, y ya no tendrán la ocasión, por lo menos en Marte, de buscar otra más propicia!

El rostro del general Oleg Abrosimov estaba rojo de furor:

—¡Todo eso no son más que embustes! ¡Estúpidos embustes, concebidos por un espíritu retorcido, maquiavélico, indudablemente nacido de su sociedad capitalista! ¡Ustedes, ustedes, únicamente son quienes provocaron este incidente!

Fuera de sí, Floyd

O'Malley

se levantó, escupiendo:

—¡Cállese, Abrosimov, o de lo contrario, consiento en perder por un momento mi dignidad para hacerle tragar esas palabras!

Con las mandíbulas apretadas y los puños dispuestos a golpear, Floyd

O'Malley

apartó a Dave Sheridan que intentaba interponerse entre los dos hombres. Interpretando su papel hasta el final, el ruso no rectificó y se disponía, él también, a «perder su dignidad» para pelearse:

—No eres más que un palurdo,

O'Malley,

y soy yo quien...

—¡SILENCIO!

Seca, aquella orden había brotado en la sala con una resonancia metálica. Todos se pusieron en pie, inquietos repentinamente.

Uno de los muros perdió su luminosidad, transformándose poco a poco en transparente: al otro lado apareció un vasto recinto, un hemiciclo provisto de gradas ocupadas *por hombr.es y mujeres cuya morfología y estatura no ofrecía diferencia alguna con la de los humanos*. Ambos sexos vestían una túnica sin mangas, ceñida a la cintura y de uniforme, color de espliego.

Sobre un podio, en el centro del hemiciclo, un robusto anciano de cabellos canos, cortos y rizados, que levantó los ojos hacia los astronautas que se habían apilado contra la pared transparente. Sus labios se movieron y su voz, clara y vibrante, resonó, amplificada por invisibles altavoces. Pero, para aumentar todavía, si fuera posible, la estupefacción de los terrestres, aquella voz se expresaba en un inglés muy puro. Inclinando ligeramente la cabeza, el anciano se dirigió a sus compatriotas, reunidos a sus espaldas en las gradas:

—La larga observación a la cual han sido sometidos estos extranjeros, en su casa, en su propio ambiente, es edificante. Y el

altercado que acaban de presenciar traduce bien a las claras las pasiones que les animan. Una especie bien curiosa sobre el plan de comportamiento característico. ¡Seres a imagen nuestra, pero privados de inteligencia, viviendo en perpetua discordia y matándose entre sí periódicamente en nombre de la libertad, fraternidad e incluso en nombre de la paz! Singulares concepciones de estos valores esenciales que condicionan, sin embargo, la existencia; Los terrestres, que usan de buena gana una lengua muerta y se identifican al *homo sapiens* —hombre prudente— no hacen, en verdad, más que odiarse y pelearse!

»Hasta ahora sus querellas eran asuntos de su competencia y no nos concernían. Pero teniendo en cuenta que sus querellas no se han limitado a su propio planeta, sino que se han atrevido a invadir el nuestro, estamos en nuestro derecho a intervenir y gritar: ¡ya basta!

El anciano se volvió para dirigirse, ahora, a los terrestres aturdidos por semejante discurso:

—Les extraña sin duda oírme expresar con cierta soltura en una de sus lenguas. No tiene nada de particular. Supervivientes de una civilización, muy rica pero pacífica, hemos penetrado desde hace tiempo en los secretos de sus lenguajes, siguiendo con creciente interés sus progresos, particularmente en el terreno astronómico. Nuestros emisarios han visitado su mundo, y han vivido mucho tiempo, muchísimo mezclados con ustedes, con el fin de estudiarles, podríamos decir, *in vivo*. Los informes recibidos nos extrañaron en cuanto a su «cociente de espiritualidad», generalmente muy bajo.

El anciano levantó la mano derecha, como para acallar una objeción.

—Oh, no vean en nosotros a unos místicos o contemplativos. Nosotros no nos creemos tampoco en situación de adjudicarnos el calificativo de inteligentes, pero reivindicamos el de «razonables», más modestos. Creímos que la evolución tecnológica, en su país, determinaría más moderación en sus actos y pensamientos. Si ese hubiera sido el caso, y a pesar de las reticencias de una fracción notable de nuestra Asamblea, les hubiéramos acogido fraternalmente. Y ello, aunque nuestro mundo fuera más que pobre, en el límite mismo de sus recursos vitales. Pero lo repito, hubiéramos estado dispuestos a compartirlo con ustedes, como lo hubiéramos hecho con no importa qué clase de buena compañía.

»Pero informados sobre las discordias internacionales que reinan en la Tierra en cuestión endémica, hemos, por prudencia expectativa, renunciado a dar el primer paso, revelar nuestra existencia a sus correspondientes gobiernos. Extendiendo un poco más la experiencia, les dejamos desembarcar en nuestro planeta. Con cierta ingenuidad, creíamos que las rudas condiciones, las dificultades con que se encontrarían les incitarían, tal vez, a conducirse con más caridad y tolerancia. Ante nuestra aparición con carácter hostil, acariciábamos la esperanza; de verles unidos como hermanos ante la adversidad; pensábamos que al pisar este suelo por vez primera, habrían dado gracias a Dios por haberles permitido llegar sanos y salvos a ese mundo lejano.

»Pero ¡ay!, al pisar este planeta, su primer sueño fue anularlo. Ocupar un sector y declararlo vuestro. Luego, la estratagema de los rusos a fin de crear un incidente que habrían explotado con fines políticos. ¡Singular comportamiento en el seno de la «fraternidad» humana! Si ustedes, terrestres, hubieran tenido que luchar como nosotros durante milenios contra la agonía de nuestro globo, sin duda habrían renunciado a las querellas para unirse y, por lo mismo, sobrevivir. Esto es lo que nosotros hemos hecho, cavando el suelo de nuestro planeta a fin de edificar en sus entrañas las ciudades, poco numerosas pero gigantescas, comunicadas entre sí por los túneles por donde circulan nuestros vehículos.

»El formidable complejo de los «canales» sub-marcianos filtra no sólo el agua de los polos, sino también y principalmente la que queda aprisionada en los pozos geológicos, como sucede con el petróleo en su mundo. Nuestras estaciones gigantescas de extracción que extraen esa agua «fósil» producen las vibraciones que deben haber advertido ustedes, a intervalos regulares, a través del suelo. No lejos de las ciudades muertas, sus detectores infrarrojos debieron registrar paralelamente el resplandor térmico procedente de nuestras ciudades ocultas.

»Este sistema de irrigación mantiene en la superficie inmensas zonas cultivadas, de las cuales extraemos nuestras principales fuentes de nutrición. En efecto, gracias a diversas mutaciones dirigidas por nuestros especialistas y fitobiólogos, se ha conseguido que diversas especies de liquenoides se adaptaran, crecieran regularmente, conteniendo una tasa muy débil de oxígeno gaseoso,

resto de una atmósfera casi análoga a la de la Tierra.

»Puesto que nosotros somos, como pueden ustedes ver, parecidos a ustedes: nuestra fisiología, metabolismo, son, por así decirlo, gemelos. ¿Pero tal vez piensan ustedes con los pequeños seres que les han conducido hasta aquí? Son simples robots, revestidos de una escafandra de niño para la circunstancia, puesto que la talla reducida es conveniente en su empleo en algunos tipos de cultura o recolecciones en la superficie. Estas máquinas, las cuales no poseen todas una apariencia «humana» nos reemplazan en todo aquello que no exige nuestra presencia y principalmente en todo lo que se refiere a los trabajos realizados en la superficie de nuestro globo. Todo ello debido a que nos es necesario economizar el oxígeno que producimos por síntesis.

»Pero volvamos a *su* problema. Esta mañana, al acercarse el vehículo soviético, que se dirigía a la base de ustedes, mutilando y destrozando nuestras recolectas, hemos decidido intervenir. Los rusos no llevaban intenciones de atacarles, sino más bien, ocultos tras la «espesura» de liquenoides, espiar, filmar sus instalaciones, inventariar su material, y regresar inmediatamente a su campamento, empleando el mismo camino que a la ida. El vehículo soviético fue inopinadamente descubierto por otro americano que efectuaba una exploración; éste atravesó entonces la espesura y se dedicó a la búsqueda de los rusos. Un verdadero drama sangriento podía ser el resultado de su encuentro, puesto que, en este caso, la «violación de territorio» era manifiesta. No podíamos permanecer indiferentes y bloqueamos cada uno de los vehículos con un campo de fuerza.

Se detuvo de nuevo, recorriendo con la mirada a todos los terrestres, y continuó:

—Pero todo esto constituye una larga disertación, sin relación consecuente con respecto a la situación actual de ustedes, que es en lo que debemos pensar. Sepan que este areópago es un tribunal especialmente instituido para juzgar el «problema terrestre».

Americanos y rusos palidecieron, pero ninguno de ellos rompió el silencio opresivo que reinaba en la sala.

—Un tribunal que ha debido pronunciarse no sobre lo que está pasando aquí, sino sobre una felonía *extraplanetaria* que nos atañe directamente: la destrucción de dos de nuestras naves de

observación, desintegradas en vuelo *por la explosión de una bomba termonuclear transportada mediante un proyectil.*

El general Floyd

O'Malley

y Dave Sheridan se miraron entre sí, sobrecogidos. Así pues había sido esto el doble *flash* misterioso observado a partir del satélite *Omega 9*. Registrados en el espacio dentro de la periferia del formidable hongo de la bomba H aquellos resplandores *habían tenido por origen la destrucción de dos naves marcianas.*

El anciano prosiguió, con voz que denotaba la emoción que sentía:

—Esos aparatos, encargados de seguir la trayectoria de ese proyectil terrestre, fueron volatilizados por la titánica reacción de fisión. Cada uno de ellos llevaba a bordo unos cincuenta sabios y técnicos entre los cuales se encontraban los más sobresalientes de nuestra civilización. Esta atroz catástrofe nos ha indignado, irritado. Tanta desgracia, por la inconmensurable estupidez de los hombres de la Tierra. No podíamos dejar un crimen semejante sin castigo. Y es por tal razón, y en nombre de sus semejantes, que van ustedes a ser condenados: *puesto que han sido juzgados y reconocidos culpables.*

—Esto es una herejía —exclama el general

O'Malley

—. Nuestro país, es cierto, lanzó un proyectil espacial en ojiva termonuclear, pero se trataba de una experiencia científica y no de un acto de hostilidad. ¿Cómo habríamos podido, sino, dirigir una agresión contra unos seres cuya existencia ignorábamos por entero? Lamentamos profundamente lo que sucedió, pero este drama terrible fue simplemente un accidente, no un crimen. Y ninguna juglería de proceso podría hacernos responsable de ello.

—Permítame intervenir —gritó el general Oleg Abrosimov—.

Aun admitiendo por ciertas las argumentaciones del general

O'Malley,

debo llamar la atención del tribunal... heu... señor Presidente, que este proyectil asesino era de origen americano, y por consiguiente totalmente extraño a mi país. Un distingo que es conveniente tener en cuenta en la distribución de las responsabilidades.

El anciano, girándose hacia sus compatriotas atentos, anotó:

—Apreciarán ustedes la... delicadeza con la que uno de los

acusados, en nombre de la expedición rusa, pretende redimir y librar a los suyos del castigo.

El marciano representando el papel de Procurador general (más bien que el de Presidente del Tribunal, título que le había adjudicado impropriamente Abrosimov), volvió a contemplar a los astronautas y precisó:

—Es a su especie a la que hemos juzgado y no a una nación más que a otra. Cada pueblo, cada planeta aplica la justicia según sus conceptos y de acuerdo con sus leyes. Poco nos importa si las nuestras les parecen inadecuadas. Además, ustedes no están aquí para juzgar si nuestra jurisdicción es o no correcta sino para escuchar la sentencia pronunciada por este tribunal: han sido reconocidos culpables y han sido condenados a la pena de muerte. Serán ustedes, acto seguido, conducidos de nuevo a la superficie de nuestro planeta. *Sin sus escafandras, la asfixia, les abatirá en pocos minutos.*

La voz del anciano dejó de oírse. Los terrestres horrorizados, se miraban entre sí, incrédulos: no podían concebir, no podían creer en aquella condena, aquella iniquidad monstruosa. No. Era imposible, inconcebible.

Un extraño fenómeno les hizo perder bien pronto sus últimas ilusiones. Sus miembros fueron tornándose pesados, mostrando una dificultad creciente para moverse y un círculo doloroso parecía aprisionarles el cráneo. A duras penas Lilian se acercó a Dave, quien tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para abrazarla. La puerta se abrió, mostrando diez marcianos en túnica negra, alineados en el pasillo.

—¡Salgan! —ordenó uno de ellos—. Se encuentran ustedes en estado de parálisis parcial, pero pueden todavía andar. Un campo de fuerza móvil les trasladará a los puntos de acceso más cercanos a nuestra ciudad.

Recorrer los pocos metros que les separaban del pasillo fue para todos ellos un verdadero calvario: sus músculos parecían estar petrificados, sus huesos soldados. Al atravesar la puerta, una fuerza invisible les empujaba uno contra el otro, trasladándose, junto a sus guardianes, a una velocidad vertiginosa.

La loca carrera terminó en el umbral de la puerta de un ascensor, una cabina cilíndrica de unos cuarenta metros de

diámetro. Una última «ayuda» del campo de fuerza les empujó al centro de la cabina donde recuperaron la flexibilidad de sus miembros al mismo tiempo que la puerta se cerraba. El ascensor se agitó al ponerse en marcha, acelerando gradualmente su ascensión.

Una atroz sensación de angustia les atenazaba. Lilian, refugiada en los brazos de Sheridan, se mordía los labios, tratando de contener sus lágrimas. Su agonía sería terrible: a los sufrimientos de la asfixia se sumarían los debidos a la formación de ampollas de nitrógeno en su sangre, aun peores que los primeros, y las ampollas que afollarían en sus tejidos y bullirían en los líquidos de sus cuerpos. Suplicio intolerable que provocaría infaliblemente la excesiva baja presión reinante en la superficie de Marte.

Las trepidaciones, las sacudidas violentas frenaron el ascensor que al término de su recorrido se detuvo en una última sacudida. Los terrestres estaban demasiado trastornados para darse cuenta de las perturbaciones mecánicas, y por consiguiente anormales. El paro de la cabina significaba al propio tiempo la proximidad de su muerte.

La gran puerta fue abriéndose, lentamente.

Lilian Gaynor se abrazó convulsivamente contra Sheridan y estalló en sollozos. Los demás contuvieron sus sentimientos, con los ojos desorbitados, apretándose contra la pared del fondo del ascensor. Poco a poco una constatación desconcertante se impuso en sus espíritus torturados: la puerta seguía abriéndose, poco a poco, como si su mecanismo rozara, pero ningún fenómeno de descompresión brusco se producía. El aire contenido en la cabina no había huido al exterior «aspirado» por la débil presión de la atmósfera marciana. De pronto, Sheridan sintió vacilar su razón.

Una joven acababa de entrar en la cabina, por la puerta que estaba abriéndose. Y esa joven morena, de falda corta, de color verde pálido, adornada por una capa que partía de sus espaldas, no era otra que *Lena Bates*. La extraña visitante en quien Dave Sheridan había creído ver un agente del Este.

—¡Lena! —murmuró, asombrado, confuso, mientras que Lilian, en sus brazos, reconocía con la misma sorpresa a aquella mujer cuya imagen había difundido la televisión, al haber sido denunciada por un pretendido crimen.

La botánica americana tuvo que reconocer que era muy hermosa

y las confidencias de Dave acudieron a su memoria. Con un ligero dolor en su corazón, elevó sus húmedos ojos hacia su amigo. Este, movido por la emoción, se limitó a clavar sus dedos en los hombros de Lilian, como para tranquilizar así su confusión.

Lena Bates parecía estar angustiada. Recorrió rápidamente con la mirada al grupo de Terrestres y les hizo una seña, imperativa:

—Venid. Dentro de algunos minutos, pueden llegar los guardianes. Para salvaros, yo... acabo de traicionar a mis semejantes. Dense prisa, de lo contrario moriremos todos.

No se lo hicieron repetir dos veces y se precipitaron mientras Lena Bates, por lo menos ellos la reconocían bajo este nombre, explicaba:

—He podido detener el ascensor en este piso, pero los circuitos de seguridad, al saltar, han estropeado la puerta. No es buena señal. ¡Por favor, dense prisa!

A pesar de su rapidez, la estrechez de la puerta no les permitía salir más que uno tras el otro y esto les llevó un tiempo precioso. Una vez reunidos en el inmenso pasillo, que debía medir por lo menos cuarenta metros de largo por veinte de alto, se pusieron en marcha tras la joven. Tras aquella «Lena Bates» que Sheridan no podía decidirse a considerar como una *marciana*.

El largo corredor, de suave pendiente, desembocaba en una sala de inusitadas proporciones. Su bóveda luminosa, alta como una catedral, se perdía de vista, diseñando un gigantesco túnel de luz. Astronaves en forma de disco, sobrepujados por una cúpula y encaramados en apoyos telescópicos, estaban alineadas, por centenares, en dos hileras. Los fugitivos se detuvieron en medio de su carrera a la vista de un grupo de marcianos, armados con fusiles de triple cañón cuya sección formaban algo parecido a un trébol. Calzados con botas, y vestidos con una túnica corta, de color gris metálico, usaban una especie de casco negro provisto, al nivel de la frente, de una antena rígida terminada en una pequeña esfera opalina.

—No teman nada, estos hombres son amigos míos —declaró Lena Bates.

Entre aquellos, Dave Sheridan tuvo la sorpresa de descubrir a «Smith», aquel hombre que había ido a recuperar en su casa de Los Angeles, la maleta olvidada por Lena. «Smith» le saludó con la

mano dirigiéndole una amistosa sonrisa.

De una de las astronaves discoidales descendió una pasarela mientras que, en la otra hilera, otro de los aparatos efectuaba la misma maniobra:

—¡Dense prisa! —repitió Lena Bates trepando de cuatro en cuatro las estrechas escaleras de metal, seguida por Sheridan, Lilian, O'Malley y sus compatriotas—. Solamente veinte pasajeros... ¡Dense prisa, por favor!

Por su lado, Smith se cuidó de embarcar a los rusos a bordo del segundo aparato.

Los americanos habían seguido a Lena hasta una cabina circular, de unos quince metros de diámetro, probablemente un pañol, vacío, a juzgar por los numerosos anillos alojados en las cavidades de sus paredes y del estrado. Los rusos preparados en el otro aparato. Smith fue a reunirse con los americanos, precediendo a un marciano de alta estatura cuya túnica metálica se adornaba, en el pecho, con un curioso signo o insignia perfectamente hermética para los terrestres.

A su entrada, Lena Bates y Smith, en posición de firmes, habían bajado respetuosamente la cabeza. Cambiaron entre ellos algunas palabras en su propia lengua cuya pronunciación recordaba algunas de las inflexiones del ruso y puntuados por la frecuencia de las consonantes en *RH* fonéticamente parecidas a la *jota* española.

Lena Bates se acercó a Sheridan. En su mirada, éste quiso adivinar un fugitivo resplandor de ternura, o tal vez simplemente de emoción al recordar su amorío sin mañana.

—Dave —comenzó la joven—, las circunstancias presentes no permiten todas las explicaciones que tú esperas. Ante todo debo presentarte, lo mismo que a tus amigos, al comandante Roondkor, jefe del *Comando Especial de Vigilancia Exterior* al cual pertenecemos Smith y yo.

Intercambiaron afectuosos apretones de mano con el jefe de aquel singular «comando», quien declaró:

—Imaginamos la perplejidad que debe de haberles causado nuestra aparición en escena. Condenados a muerte por un tribunal marciano y a continuación libertados del castigo *in extremis* gracias a otros marcianos, lo cual debe de haberles desconcertado. Hace

falta, para comprender esta paradoja, saber que en nuestro planeta existen dos gobiernos distintos: el del hemisferio norte, del cual depende exclusivamente nuestro comando, y el del hemisferio sur. Su régimen es el mismo; sin embargo, en el nuestro, es decir en el hemisferio norte en la Zona I, los puntos de vista y las concepciones en vigor son mucho más simples y moderados. Suponiendo que uno de nuestros tribunales les hubiera juzgado, su veredicto hubiera sido, sin lugar a dudas, mucho menos severo.

Desde las profundidades de la astronave les llegó una vibración ensordecedora. Tras una ligera trepidación impresa al parqué de metal, los pasajeros denotaron una breve sensación de vértigo: remontado hasta la superficie gracias al elevador, el aparato acababa de despegar.

—Esquemáticamente —prosiguió el comandante Roondkor— en Marte, nuestro porvenir se anuncia de la siguiente manera: en menos de un siglo el empobrecimiento de nuestros cultivos, de nuestras materias primas, nos colocará en una situación muy crítica. Al llegar a ese punto no nos quedará más remedio que escoger entre morir de hambre y de sed o emigrar, abandonar para siempre este mundo agotado.

»A partir de hoy, se han puesto de manifiesto dos tendencias. En el hemisferio sur prevalece aquella de los partidarios del «aislamiento», para quienes la salvación estará en la emigración masiva a Venus, mundo virgen donde nuestra civilización podría implantarse y renacer *sin tener que agradecerse a nadie*. Nosotros, los del norte, tenemos en proyecto otro programa: establecer con los terrestres relaciones amistosas a fin de obtener ayuda económica a cambio de ciertos adelantos que nosotros podríamos facilitar a su técnica. Desgraciadamente, no se conseguirá una uniformidad de pensamiento, por lo cual se adoptó recíprocamente el sistema de quedar a la expectativa.

»Así estaban las cosas cuando ustedes partieron de la Tierra, o para ser más exactos tres días antes de su partida. Entonces, un acontecimiento terrible vino a destrozar nuestra política en defensa del principio de una cooperación terro-marciana para el futuro. Acontecimiento terrible: la catástrofe en la cual perecieron cien de nuestros hombres, en las dos astronaves volatilizadas por su bomba H espacial. Aquel accidente no apuntó ningún tanto a su

favor, ya pueden suponerlo, sino que nos colocó, a nosotros, partidarios de establecer contacto con los terrestres, en una postura poco favorable desde el punto de vista del gobierno «aislador» de la Zona Sur, quien exigió, ni más ni menos una solución inmediata. Nuestro comando, mantenido por el gobierno del norte y gozando también del apoyo de algunos de los elementos «aisladores», pudo convencer a estos últimos de renunciar a las represalias contra la Tierra. Pero no nos fue posible intervenir a tiempo para evitar su captura efectuada por nuestros compatriotas, intransigentes y pasablemente xenófobos, soy el primero en reconocerlo.

»Yoona, me refiero a Lena Bates —sonrió—, es un agente de excepcional valor. A pesar del secreto con que se realizó la detención de todos ustedes, Lena consiguió enterarse de que iban a ser ejecutados. Avisado de lo que iba a suceder, no vacilé en prestarle mi colaboración para intentar salvarles. Si he aceptado poner en juego mi comando en esta operación... subversiva, si he consentido en inmiscuirme en la autonomía y soberanía del sur para entorpecer su veredicto, ha sido porque creo, tengo la certidumbre, de que antes o después, nuestra política en favor de un acercamiento terro-marciano triunfará.

»Los «aisladores» nos tachan de sentimentalistas con respecto a los Terrestres. De hecho, a pesar de los contratiempos o mejor dicho extravagancias que les son naturales, nosotros profesamos hacia sus semejantes cierta simpatía que no tratamos de ocultar —confesó—. Durante más de veinte años, nuestro comando ha efectuado largas estancias en la Tierra, con equipos alternos y en distintos países. De esta manera nos hemos podido granjear la amistad de estos turbulentos terrestres que no son en su totalidad «conquistadores» poderosos o primitivos que no sueñan más que en llagas y ampollas. Sabemos que, un día, será posible que nos comprendamos. Pero hasta entonces, es preciso que se corrijan, que renuncien a la violencia, en una palabra, que se vuelvan *razonables*. Es a propósito que no empleo la palabra «inteligente». Esta palabra deshonorada se ha convertido en sinónimo de pedante... y falta de inteligencia —sonrió.

»La era de cambios, de cooperación técnica-económica a la que aspiramos, no llegará mañana. Años, décadas tal vez, transcurrirán antes de que se realice la fusión de puntos de vista que precederá a

la entrada en vigor de esta cooperación entre los «conservadores aisladores» del sur y nosotros, los «reformadores... terranófilos», sobrenombre que ellos emplean voluntariamente al hablar de nosotros. Durante este período incierto, nuestro planeta será rigurosamente cerrado a toda expedición terrestre militar. Fíjense bien que digo *militar* —insistió dirigiéndose particularmente al general Floyd

O'Malley

—. No dudo de que comprenderá que nuestras razones están dictadas por la prudencia.

»A cambio de esto, nuestro comando, cuyo crédito e influencia es notable en el seno del gobierno de la Zona 1, conseguirá hacer admitir el principio de una tolerancia en vista a futuras expediciones puramente científicas. Es una esperanza, no una certidumbre. Y una infracción a esta prohibición por parte de los terrestres sería para ellos catastrófica. Ustedes han tenido ya ocasión de comprobar experimentalmente el poder que tienen nuestros campos de fuerza móviles y la eficiencia de nuestros procedimientos de vigilancia... Esta astronave que nos lleva hacia el *King*, está dotada de un armamento que ustedes calificarán, sin duda, de *terrorífico*. Para ciertas misiones, particularmente en la Tierra, Lena y Smith están aquí para confirmarlo, utilizamos aparatos capaces de volverse *invisibles*, lo que permite a nuestros agentes desaparecer en el momento que deseen.

»Usted pasó por esta experiencia, coronel Sheridan —le recordó, bastante divertido—. Por el contrario, disponemos también de astronaves gigantescas, provistos de cañones de plasma que pueden licuar y volatilizar una flota entera de aparatos del volumen de su *Space King*. Créanlo, no se trata de una amenaza sino de un aviso de una serie de hechos verídicos y que sus sucesores podrán comprobar. Un poder semejante que podríamos haber empleado, no para invadir la Tierra, pero sí para instalarnos en ella, por ejemplo, en ciertas regiones de muy poca densidad de habitantes o incluso desérticas. No lo hemos hecho, persuadidos de que los terrestres y nosotros, un día, podremos cooperar amistosamente para mayor beneficio de unos y otros.

»Nuestro comando está dispuesto a abogar en favor de estos proyectos cuya realidad deseamos no tarde demasiado en

efectuarse. Y siguiendo estas ideas, ¿puedo encargarle a usted, general Floyd O'Malley,

que transmita a su gobierno nuestro testimonio de simpatía?

—Naturalmente que puede, comandante, puesto que gracias a usted, a su comando, hemos podido salvar nuestras vidas. Esta prueba de amistad, que ustedes nos han testimoniado, esta abnegación...

El jefe del Comando de Vigilancia le interrumpió con un gesto:

—Amistad, sí, general. Pero, honradamente, «abnegación» me parece superfluo. Considere la situación con toda objetividad y no tardará en comprender que al salvarles no obedecíamos a unos sentimientos puramente desinteresados. No sería honrado afirmar lo contrario.

Los americanos se miraron entre sí, por lo menos sorprendidos por aquella franqueza inesperada.

—Reflexione —prosiguió el comandante Roondkor—. Ustedes tienen en nosotros, *si así lo desean*, unos amigos dispuestos a apoyar esta cooperación que, hoy por hoy, está lejos de conseguir en nuestro país toda la acogida deseada. Pero no hemos hecho todavía nada en concreto a fin de determinar su confirmación, lo cual sabemos desde ahora que podrá conseguirse en un futuro próximo. Se trata únicamente de un problema de estrategia... política. ¡Algunos dirían «maniobras» políticas! Y ello depende de nuestro comando al tomar ciertas medidas y suposiciones para hacer admitir al fin en su justo grado el principio de este acercamiento terro-marciano.

»Es cierto que, sin estos cálculos básicamente materialistas, habríamos igualmente intentado intervenir para salvarles la vida. Pero, al hacerlo, nosotros sabíamos positivamente que con ello conseguíamos unos aliados. Unos aliados cuyo juicio pesará, más tarde en favor de esta cooperación y contribuirá a incitar a su gobierno a aceptar también este principio.

El general
O'Malley
movió la cabeza:

—Agradezco su franqueza, comandante. Resumiendo, ¿es un trato?

—En absoluto, general: es una evidencia que les constará claramente antes de que transcurra mucho tiempo. Ustedes y nosotros ganaremos con ello.

—Es probable, —admitió el americano—. Pero puesto que ustedes van a conducirnos hasta nuestra aeronave, ¿qué harán luego con todo el material, proyectil, vehículos y depósitos, que al igual que los rusos, nos hemos visto obligados a abandonar en su planeta?

—Lo dejaremos todo tal cual está, puesto que estas instalaciones y ese material serán indispensables a sus próximas expediciones científicas.

—¿Qué garantía tendrán ustedes, comandante, de que la próxima astronave terrestre no será un aparato ofensivo, camuflado? —arguyó Dave Sheridan.

—¿Cree usted, coronel, que nos llevaría mucho tiempo descubrir tal superchería? Uno de nuestros campos de fuerza aislaría instantáneamente la astronave cuyo armamento sería confiscado en el acto y sus ocupantes enviados de nuevo a sus casas. A menos que, cayendo en manos de los «aisladores», y sin que nuestro comando pudiera intervenir a tiempo, sus compatriotas sufrieran entonces una desgraciada suerte. Pero nosotros estamos seguros de que ustedes serán también «razonables» y renunciarán a enviar a nuestro mundo otra cosa más que misiones científicas.

»Así pues, amigos —sonrió— buena suerte y sean nuestros abogados e intérpretes cerca de su gobierno. Sus emisiones de radio, así como nuestros enviados en la Tierra, nos informarán rápidamente de lo que Washington y Moscú hayan decidido. Entonces habrá llegado la ocasión de comenzar a poner en práctica nuestro plan en favor de una campaña de persuasión eficaz en el clan de «aisladores».

El jefe del Comando de Vigilancia Exterior se inclinó ligeramente y salió por la escotilla, dejando a los terrestres ciertamente desconcertados por su discurso. Pero ya, Lena Bates, o *Yooná* se acercaba a Dave Sheridan. Visiblemente, la presencia de Lilian Gaynor al lado del ingeniero-piloto le restaba algo de su seguridad, poniéndola en una situación algo embarazosa. Menos por ella misma que por la joven, cuyos celos retrospectivos tal vez, creía imaginar en ella.

—Hemos llegado, Dave —se decidió a anunciar. Vamos a establecer un puente de contacto se efectuará en Phobos para permitir a los rusos con nuestro aparato el *Space King*. Y lo mismo llegar hasta su cosmonave.

Luego, comprendiendo que sería mejor, no fuera a herir el amor propio del superior, dirigirse al eje de expedición, se encaró rápidamente con aquel:

—Vea, general, que nuestro comando ha adquirido progresivamente una verdadera autonomía de acción... sino de autoridad en el seno del gobierno de la Zona 1. Y el mismo constituye, por así decirlo, una especie de Estado en el Estado. Con el tiempo, las reformas preconizadas por nosotros serán adoptadas; este éxito nos valdrá conseguir una audiencia mayor que nos permitirá tal vez, en un próximo indeterminado, tratar directamente con nuestros dirigentes.

Permaneció unos instantes silenciosa y sobreponiéndose a lo que la preocupaba, se dirigió de nuevo a Sheridan:

—Te mentí, en Los Angeles, Dave, al pretender haber querido convencer al Pentágono de renunciar al *Project King*. La idea de que tal tentativa pudiera triunfar no se nos ocurrió siquiera. Estos viajes, mi presencia en Washington, mi huida y mi «aparición» casi simultánea en tu casa de Los Angeles, tenían por objeto facilitar, posteriormente, el contacto que nuestro comando acaba de tener con vosotros. No se nos pudo ocurrir pensar, que este contacto, en Marte, pudiera tener lugar en unas circunstancias tan dramáticas.

»Ahora, Dave, desligándonos los dos de lo que pudiéramos llamar impedimento, abordemos el *minuto de la verdad*».

—Estaba esperándolo desde hace un rato, Lena, y creo saber a lo que te refieres. El general

O'Malley

y... Lilian están al corriente de nuestro «encuentro».

Lilian Gaynor observó a Lena Bates a los ojos, mientras sus labios esbozaban una sonrisa indulgente. Le invitaba a proseguir con un ligero parpadeo. Lena supo comprenderlo y prosiguió:

—Esto aclara la situación... y me autoriza a ser más franca. Para crear entre nosotros un lazo temporal, Dave, tuve que emplear los métodos que tal vez te parezcan discutibles, y yo te pido perdón por ello, pero era necesario conforme al plan concebido por nuestro

comando. Debía estar segura, absolutamente segura que cuando tú me encontraras en este mundo, nuestro encuentro, en el tuyo, constituiría una de las mejores razones para saber y querer escucharme y conceder así la confianza requerida al comando al cual pertenezco.

»En efecto, supón por un instante que ningún... *recuerdo* común hubiera existido entre nosotros. Al desembarcar en Marte, habrías sido puesto bruscamente en presencia de unos humanos idénticos a vosotros, cierto, pero ¿cómo hubiera sido posible en aquellas circunstancias, esperar una reciprocidad al contacto afectivo espontáneo? Por el contrario, gracias al relato hecho a tus amigos de lo que pasó en Los Angeles, tú has podido, sin saberlo, crear subconscientemente en ellos el clima favorable que nosotros esperábamos para facilitar nuestro encuentro en este mundo. Desgraciadamente, después de vuestra llegada, los acontecimientos se nos adelantaron a nuestros proyectos en un momento, ¡y vosotros estuvisteis a punto de perder la vida! Pero todo esto pertenece ya al pasado y debe quedar olvidado. *Todo* debe ser olvidado, Dave — aconsejó la joven, algo confusa, evitando mirar a Lilian Gaynor.

Con gran sorpresa, fue la joven botánica quien le respondió poniendo ligeramente su mano en la de ella.

—Ni Dave ni yo te olvidaremos jamás, Lena. Y estos recuerdos no estarán nunca mezclados con el despecho ni con rencor hacia ti. Tales sentimientos serían mezquinos, ridículos y... poco «razonables».

—Estoy muy contenta, Lilian. Y estas palabras me prueban que habríamos podido ser grandes amigas.

—Tal vez lo seamos un día, si yo tomo parte en otra misión... científica, esta vez. Y si Dave consiente en abandonar el ejército y recibe el mando de un aparato «civil».

—Es lo que deseo para vosotros dos —afirmó Lena, con sinceridad—. Pero os lo ruego: no regreséis jamás a Marte en una expedición militar. Por esta vez, hemos podido arrancaros de las manos de los «aisladores» que no acostumbran a tolerar esta clase de infracciones. Y por tanto, podemos considerarlo casi como un milagro. Y ya sabéis que, al igual que en vuestro mundo, los milagros no suceden cada día...

Los terrestres, decentemente, no habían podido negarlo. La sola

mención a la lenta ascensión en el elevador que debía conducirles al suplicio de aquella muerte lenta les daba todavía escalofríos que recorrían su espalda. La palabra «milagro» para calificar su liberación, no era excesiva.

A bordo del aparato, detrás de la pantalla de pilotaje, Lena Bates y Smith, veían alejarse al *Space King*. Este, bajo la presión de un campo de fuerza creado por una escolta marciana, iba a ser puesto en marcha a una velocidad fantástica. Una velocidad que le colocaría en la órbita circunterrestre en unas doce horas solamente, mientras que ellos habían necesitado treinta y cinco días para efectuar el recorrido en el viaje de ida.

Un poco más lejos, al cuidado de otra escolta, la nave soviética en Phobos emprendía también la marcha. Se alejaban de aquel Planeta Rojo al que, ni rusos ni americanos, volverían, por lo menos, vistiendo uniforme, en mucho tiempo.

El piloto marciano instalado en los mandos, inclinó ligeramente la cabeza y anunció:

—Un mensaje para ti, Yoona.

Alejándose de la pantalla, Lena y su compañero vieron aparecer en el campo de televisión, al anciano de cabellos canos que una hora antes, había pronunciado la sentencia contra los terrestres, y que les dirigía una sonrisa cómplice:

—¿Todo bien?

—A las mil maravillas —respondió Yoona—. Nuestros amigos conservarán durante mucho tiempo, y lo transmitirán a sus semejantes, el santo temor que les hemos inspirado.

—Yoona, estás empleando las expresiones de nuestros huéspedes efímeros, ¿no crees? —reprochó el anciano, bromeando.

—Es verdad, y lo lamento —sonrió ella, antes de proseguir—. Es casi cierto que el peligro, imaginario, al cual han escapado los rusos y americanos les hará reflexionar. Esta lección les hará respetar a partir de ahora nuestras disposiciones. No olvidarán nuestra prohibición de desembarcar aquí militarmente. No cabe duda, tampoco, que los gobiernos terrestres se sentirán inclinados a aceptar nuestras propuestas de cooperación técnico-económica sugeridas como «posibles» por nuestro comando *reformador*.

»Nuestra primera aparición en escena les ha aturdido, verdaderamente. Una idea genial la de esta pseudo-catástrofe en la

que desaparecieron dos astronaves, con tripulación y todo. Esas simples naves teledirigidas llenas únicamente de sodio y magnesio, hicieron mucho efecto al explotar en la periferia del hongo de la bomba H de los americanos. Estos estaban realmente aterrados, ya lo habéis visto, al saber que sus compañeros habían sido los responsables de aquella «hecatombe». Mejor, este sentimiento de culpabilidad, en el futuro, les hará sentirse un poco más humanos.

»Y estoy convencida de que antes de que transcurra mucho tiempo, viviremos en buena inteligencia con nuestros vecinos planetarios. Magnánimos, decidiremos olvidar este «accidente» espacial, tras el cual nuestro comando hubo de intervenir para evitar a los terrestres sangrientas represalias. Gracias a las cuales ellos saben el poder de nuestro pueblo y el adelanto de nuestra técnica.

Como puede suponerse, el anciano no ofrecía ya aquel aspecto de «procurador general», severo, implacable, que había aparecido frente a nuestros amigos durante la interpretación de su papel en el proceso de aquéllos.

Riéndose de buena gana, dijo:

—Por casualidad, ¿los terrestres no conocen aquel proverbio que dice *el temor del Señor es el comienzo de la sabiduría*?

FIN

AMANECER EN MERCURIO

POR ROBERT SILVERBERG

Mercurio, el planeta más pequeño del sistema solar, estará entre los primeros mundos que explore la humanidad. Ya se habla hoy en los centros de investigaciones especiales, de un Ranger robot que se dirija al pequeño y soleado planeta en una fecha que caerá dentro de la próxima década. Pero sólo la imaginación puede considerar la llegada a Mercurio del hombre, puesto que las condiciones físicas de nuestro astro vecino son imposibles para que los seres humanos las puedan soportar. Robert Silverberg, en el presente relato, deja volar su fantasía y, siempre con bases sólidamente científicas, nos presenta lo que a su juicio será una de las mayores aventuras de la humanidad.

A quince millones de kilómetros del soleado Mercurio, con el *Leverrier* oscilando en una serie de espirales que le bajarían dentro del Sistema Solar hasta su más pequeño planeta, el Segundo Astrogador Lon Curtis decidió acabar con su vida.

Curtis había estado tumbado en su sillón-litera super-amortiguador esperando que se efectuara el aterrizaje; su trabajo en la operación había terminado, por lo menos hasta que las patas de aterrizaje del *Leverrier* tocasen la ardiente superficie de Mercurio. El eficiente sistema de refrigeración sódica del navío, contrarrestaba los efectos del calcinante sol visible, a través de la pantalla trasera. Para Curtis y sus siete compañeros, no había problemas en sí: sólo tenían que esperar mientras que el autopiloto (piloto automático) hacía descender la nave para efectuar el segundo aterrizaje humano en Mercurio.

El comandante de vuelo Harry Ross se hallaba sentado cerca de Curtis cuando advirtió de pronto el súbito envararse del astrogador, más perceptible por la crispación de sus mandíbulas. Curtis bruscamente extendió la mano para manipular la hebilla de control, un mando especial que servía para deshidraulizar el sistema de amortiguadores de la litera. De las válvulas por las que escapó el líquido espumoso salió una bocanada verdosa de flúor-cromo. La almohadilla hidráulica se desinfló y Curtis se puso en pie.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó Ross.

La voz de Curtis sonó áspera.

—Sólo... sólo a dar una vuelta.

Ross volvió a prestar su atención al microlibro mientras Curtis se alejaba. Se produjo el chirrido metálico inconfundible del cierre roscado de una mampara al abrirse y Ross experimentó un momentáneo escalofrío cuando el aire más fresco del super-refrigerado compartimiento del reactor entró en la cabina.

Volvió la página con el botón automático. Entonces...

¿Qué diablos está haciendo en el compartimiento del reactor?

El piloto automático estaría controlando el flujo de combustible, manejándolo al miligramo, de una manera que ningún sistema humano podría igualar en precisión. El reactor estaba calibrado para el aterrizaje, el combustible se hallaba en el depósito nodriza, el compartimiento se hallaba cerrado herméticamente. Nadie —y menos que nadie un Segundo Astrogador— tenía nada que hacer en aquella sección del navío.

Ross en un instante, hizo que se disolviera la espuma hidráulico-amortiguadora de su litera y, en menos de un segundo estuvo en pie. Se precipitó corriendo por el pasillo y cruzó la abierta mampara entrando en el refrigerado compartimiento del reactor.

Curtis se hallaba ante la puerta del conversor jugueteando con el dispositivo de apertura. Al acercarse, Ross vio como el astrogador abría y ponía un pie dentro, en la rampa que conducía hasta la pila nuclear de la parte inferior de la nave.

—¡Curtis, idiota! ¡Apártate de ahí! ¡Nos matarás a todos!

El astrogador se volvió, miró inexpresivo a Ross durante un momento y empezó a levantar el otro pie. Ross saltó sobre él, en un «plongeon» prodigioso.

Cogió con sus manos la bota de Curtis y a pesar de las patadas

que el astrogador le propinaba con su pie libre, logró arrastrar a Curtis apartándole de la rampa. El astrogador luchó y empujó, tratando de libertarse. Ross vio como las pálidas mejillas de su compañero temblaban; Curtis se había «rajado», pero «rajado» por completo.

Gruñendo, Ross arrastró a Curtis lejos de la abierta boca de la rampa del reactor y cerró de un portazo. Volvió a por su compañero y lo llevó de nuevo a la sección principal, donde le dio unas cuantas fuertes bofetadas.

—¿Por qué querías hacerlo? ¿No sabías que tu masa perjudicaría la estabilidad motriz del navío si caía dentro del reactor? Conoces muy bien que la entrada de combustible ha sido ya calibrada; ochenta y cinco kilos extra y nos encaminaríamos describiendo un arco hacia el mismo sol. ¿Qué es lo que te pasa, Curtis?

El astrogador fijó en Ross sus ojos serenos e inexpresivos.

—Quiero morir —dijo simplemente—. ¿Por qué no me puedes dejar morir?

Quería morir. Ross se encogió de hombros, sintiendo que un escalofrío de horror le recorría las columna vertebral. No había prevención posible contra esta enfermedad.

Igual que los submarinistas bajo la superficie del mar padecen *vivresse des grandes profondeurs* —éxtasis de las profundidades— y no se conoce cura para tan extraña ebriedad que les induce a quitarse los tubos respiratorios a cincuenta brazas de profundidad, lo mismo les pasaba a los hombres del espacio con aquella enfermedad que les impulsaba inexplicablemente a la autodestrucción.

Ocurría en cualquier parte. Un reparador que se hallaba con su soplete en algún recalcitrante montaje de cualquier estación orbital en plan de montaje, podía bruscamente rasgarse la máscara facial y ponerse a «respirar el vacío», muriendo en cuestión de segundos; un técnico en radio, arreglando la antena exterior de su navío en pleno vuelo, podía de pronto romper el cable que le unía a la nave, disparar su cohete direccional y lanzarse a sí mismo a la deriva por el espacio, alejándose en dirección al sol. O un Segundo Astrogador podía decidir dejarse caer al conversor.

El Oficial Psiquiatra Spangler apareció y su rostro sonrosado expresaba interés.

—¿Dificultades?

Ross asintió.

—Curtís. Trató de saltar por la rampa del combustible. Doctor, está listo ya... nuestro amigo la pescó.

Ceñudo, Spangler se frotó la mejilla, luego dijo:

—Siempre eligen los peores momentos, maldición. Buena perspectiva es la de tener un psicópata en el viaje a Mercurio.

—Así son las cosas —dijo Ross cansino—. Será mejor que lo pongas fuera de combate hasta que regresemos a casa. No me gusta la idea de verle por ahí buscando diferentes medios de matarse.

—¿Por qué no me dejáis morir? —preguntó Curtis. Su rostro estaba sombrío—. ¿Por qué me detuviste?

—Porque tú, lunático, habrías matado a todos nosotros en tu loco salto al conversor. Sal por la escotilla de aire si quieres morir... pero no nos llesves contigo.

Spangler le miró llameante y como queriendo avisarle.

—Harry...

—Está bien —exclamó Ross—. Llévatelo.

El psiquiatra se llevó a Curtís. El astrogador recibiría una inyección de un producto tranquilizante y sería encerrado en una litera de espuma insoluble que no le permitiría salir hasta el término del viaje. Había una posibilidad de devolverle la razón, una vez regresaran a la Tierra, pero Ross sabía que el astrogador buscaría un nuevo tipo de suicidio en el momento en que le soltaran durante el vuelo espacial.

Pensativo, Ross se alejó. Un hombre se pasa la niñez soñando en el espacio, pensó, derrocha cuatro años en la Academia y dos más efectuando falsos vuelos. Luego finalmente parte en el vuelo verdadero y... se «raja». Curtis era una máquina de astro-navegar, no un ser humano normal; y acababa de inutilizarse permanentemente para el desempeño del único trabajo que sabía hacer.

Ross se estremeció, sintiendo un escalofrío a pesar de la masa solar que lanzando calor se veía a través de la pantalla posterior. Podía ocurrirle a cualquiera... incluso a él. Pensó en Curtis, yaciendo en alguna parte, dentro de su litera de espuma, allá en la parte posterior del navío, meditando sombríamente una y otra vez en querer morir, mientras el doctor Spangler le musitaba palabras

tranquilizadoras. El ser humano era en realidad una frágil forma de vida, consideró Ross.

La muerte parecía cernirse sobre el navío; la siniestra aura del intento de suicidio de Curtis emponzoñaba la atmósfera.

Ross sacudió la cabeza y furioso oprimió el botón de la señal para prepararse para la deceleración. El inmutable globo que era Mercurio asomó por delante. Lo divisó a través de la pantalla delantera.

Estaban acercándose al centro del pequeño planeta. Ahora podía ver la clara división: la brillantez del lado solar, el inalcanzable infierno en donde el cinc corría en ríos; y la helada negrura del lado oscuro, mate con sus llanos sin luz de helado CO₂.

Por el corazón del planeta corría el Cinturón Crepuscular, aquella faja estrecha de ni frío ni calor en donde se unían los lados solares y oscuros para producir una fina banda de territorio apenas tolerable, un anillo de quince mil kilómetros de circunferencia y de dieciséis a treinta y cinco kilómetros de anchura.

El «*Leverrier*» saltó hacia abajo. «Hacia abajo» era actualmente un contrasentido —no hay «arribas» ni «abajos» en el espacio— pero constituía la manera más simple para Ross de imaginarse el acercamiento. Dejó que sus tensos nervios se calmaran un poco. El navío quedaba en manos del autopiloto: la órbita estaba precalculada y las bancadas análogas del motor iban siguiendo felizmente el programa preparado en cinta, conduciendo a la nave a una toma de tierra en el centro de...

¡Dios mío!

Ross sintió un frío que le llegaba de los pies a la cabeza. La cinta precalculada que daba órdenes a las raneadas análogas... había sido preparada por... había sido fruto del trabajo de...

Curtis.

Un suicida loco, fue quien elaboró el programa de aterrizaje del *Leverrier*.

Las manos empezaron a temblarle a Ross.

Pensó: *Cuán fácil habría sido para una mente tortuosa como la de Curtis elaborar una órbita que colocara al Leverrier en un humeante río de lava fundida... o en el mortal helor del lado oscuro.*

Su falsa seguridad se evaporó.

No se podía confiar en el piloto automático; tendrían que

arriesgarse a un aterrizaje manual.

Ross bajó con violencia el conmutador del intercomunicador.

—Ponedme con Brainerd —dijo con voz ronca.

El Primer Astrogador apareció pocos segundos más tarde, mirándole con curiosidad por la pantalla.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Hemos tenido que relevar de todo servicio a tu ayudante Curtis. Trató de arrojarse dentro del conversor.

—¿El...?

Ross asintió.

—Intento de suicidio; se lo impedí a tiempo. Pero en vista de las circunstancias, creo que será mejor que descartemos la cinta que le hiciste preparar y que hagamos aterrizar manualmente a la nave, ¿de acuerdo?

El Primer Astrogador se humedeció los labios.

—Quizás sea eso una buena idea —dijo.

—Maldición, claro que lo es —contestó Ross, echando chispas por los ojos.

Mientras el navío aterrizaba, Ross pensó: *Mercurio es un infierno doble*.

Estaba allí el frío y helado reino El círculo más profundo de Dante... y también el imperio calcinante de otra concepción. Los dos infiernos, fuego y hielo, tenían un hemisferio propio.

Alzó la cabeza y lanzó una rápida mirada al panel de instrumentos por encima de su litera hidráulica. Revisó los diales: la situación del peso era adecuada, estabilidad 100%, temperatura externa la soportable de cuarenta y tres grados centígrados, indicando que había hecho su aterrizaje un poco hacia la parte del sol, del centro exacto de la Banda Crepuscular. Había sido una buena toma de tierra.

Conectó el comunicador.

—¿Brainerd?

—Todo bien, capitán.

—¿Cómo fue el aterrizaje? Lo efectuó manual, ¿verdad?

—Tuve que hacerlo —dijo el Astrogador—. Revisé por encima la cinta de Curtis y estaba toda equivocada. Hubiésemos entrado en órbita al alrededor del sol fallando Mercurio por un pelo. ¿Bonito?

—Estupendo —contestó Ross—. Pero no seas demasiado duro

con el muchacho; no es culpa suya que se haya vuelto psicópata. De todas maneras buen aterrizaje. Parece que estamos muy cerquita del centro del Cinturón Crepuscular, unos tres o cuatro kilómetros.

Rompió el contacto y saltó de la litera.

—Aquí estamos —anunció por el circuito general—. Que todo el mundo se reúna aquí conmigo.

Los hombres llegaron con bastante rapidez, Brainerd fue el primero, luego el doctor Spangler, seguido por el calculista técnico Krinsky y los tres tripulantes. Ross esperó hasta que el grupo entero se hubo reunido.

Miraban curiosamente en busca de Curtis, todos excepto Brainerd y Spangler. Rígidamente, Ross dijo:

... El Astrogador Curtis no estará con nosotros. Está confinado en la litera de los enfermos psicopáticos; por fortuna, podemos prescindir de él en este viaje.

Esperó hasta que las implicaciones de aquella afirmación hubieran calado hondo. Los hombres lo recibieron bastante bien, pensó, a juzgar por la rapidez con que el horror desaparecía de sus rostros.

—Está bien —dijo—. El plan nos ordena que pasemos un máximo de treinta y dos horas en Mercurio antes de regresar. Brainerd, ¿qué tal va su comprobación de nuestra posición?

El Astrogador frunció el ceño e hizo unos cuantos cálculos mentales.

—La posición corriente es una pizca más hacia el lado del sol del Cinturón Crepuscular; pero tal como me lo imagino, el sol no subirá mucho en el horizonte para hacer que la temperatura ascienda a más de cincuenta grados centígrados, por lo menos durante una semana. Nuestros trajes pueden soportar ese calor con bastante facilidad.

—Bueno. Llewellyn, usted y Falbridge instalarán el radar desmontable y montarán la torre lo más al este que puedan sin asarse vivos. Lévense el tractor, pero estén seguros de mirar bien el termómetro. Sólo tenemos un traje térmico y es para Krinsky.

Llewellyn, un hombre delgado de ojos hundidos, se agitó intranquilo.

—¿Cuánto al este sugiere usted, señor?

—El Cinturón Crepuscular cubre una cuarta parte de la

superficie de Mercurio —dijo Ross—. Ustedes tienen una zona de cuarenta y siete grados de ancho que los rodea... pero sugiero que no vayan mucho más allá de cuarenta kilómetros, poco más o menos. Empieza hacer calor después de eso y sigue aumentando a medida que pasa el tiempo.

—Sí, señor.

Ross se volvió a Krinsky. El técnico calculador era el hombre clave de la expedición; su trabajo consistía en revisar las lecturas del par de Calculadores Solares instalados allí por la primera expedición. Él tenía que medir el importe de la potencia solar creada por la energía en el lugar presente, lo más próximo a la fuente de radiación, estudiar las líneas de fuerza que operaban en el extraño campo magnético del pequeño planeta y recargar a los Calculadores para futuras lecturas en un ulterior viaje.

Krinsky era un hombre alto, fornido, de la clase que podrían soportar el peso abrumador de un traje térmico casi animosamente. El traje térmico era necesario para un trabajo prolongado en la zona solar, en donde los Calculadores se hallaban... e incluso un gigante como Krinsky podía soportar el esfuerzo sólo unas cuantas horas seguidas.

—Cuando Llewellyn y Falbridge tengan lista la torre de radar, Krinsky, colócate su traje térmico y prepárate para partir. En cuanto hayamos localizado la situación de la Estación de Calculadores, Dominic te llevará lo más al este posible y te dejaré en tierra. El resto es cosa tuya. Estaremos telemetrando tus lecturas, pero nos gustaría que volvieras vivo.

—Sí, señor.

—Eso es todo —dijo Ross—. Al trabajo.

La tarea propia de Ross era puramente administrativa y, mientras los hombres de su tripulación se movían azarosamente en sus misiones determinadas, se dio cuenta por desgracia de que se había condenado a una holganza temporal. Su función era la de supervisor; como el director de una orquesta sinfónica, no tocar instrumento alguno, siendo de su incumbencia principalmente, conseguir que el grupo funcionase con una armonía conducente al objetivo final.

Ahora lo único que tenía que hacer era esperar.

Llewellyn y Falbridge partieron, tripulando el tractor

segmentado y termo-resistente que se portaba a las bodegas del *Leverrier*. Su trabajo era sencillo: tenían que erigir la torre plástica hinchable, lo más lejos posible hacia el sol. La torre que dejó la primera expedición, hacía mucho tiempo que había quedado en la zona solar siendo licuada por el calor; la base plástica y la parábola, cubierta con una superficie reflectora ligera de aluminio, apenas podía resistir el fundente calor de la zona solar.

Allí fuera, el termómetro marcaba los mil cuatrocientos grados cuando el sol estaba más próximo; la excentricidad de la órbita de Mercurio era la causa de tan considerables variaciones de temperatura en el lado solar; pero el termómetro nunca bajaba de los seiscientos grados al sol, ni siquiera durante el afelio. En el lado de sus sombras había poca variación; la temperatura caía hasta casi al cero absoluto y escarchas congeladas de gases pasados cubría la superficie de la tierra.

Desde donde estaba, Ross no podía ver ni la zona solar ni la oscura. El Cinturón Crepuscular tenía casi mil seiscientos kilómetros de anchura y, cuando el planeta caería en su órbita, el sol primero asomaría por el horizonte y luego volvería a desaparecer. Durante un viaje de treinta kilómetros a través del corazón del Cinturón, el calor del lado solar y el frío del oscuro se anulaban en un clima temperado bastante estable; a ochocientos kilómetros a ambos lados, el Cinturón Crepuscular se iba gradualmente fundiendo con las arias de frío y de furioso calor.

Era un planeta extraño y prohibitivo. Los seres humanos sólo lo podían soportar durante breves espacios de tiempo; la clase de vida que hubiese sido capaz de resistir permanentemente en Mercurio, estaba más allá de su concepción.

De pie al exterior del *Leverrier*, en su traje espacial, Ross manipuló el control del baruquejo que bajaba un panel de vidrio óptico.

Miró primero hacia el lado oscuro, en donde le pareció ver una débil línea de siniestro oscuro, dándose cuenta de que era sólo una ilusión óptica, hacia el lado solar.

A lo lejos, Llewellyn y Falbridge estaban alzando la tramada parábola que era la torre de radar.

Pudo ver la forma burda recortarse contra el firmamento ahora... ¿Y detrás? ¿Una débil línea de brillantez bordeando los

picachos? También ilusión, se daba cuenta. Brainerd había calculado que la radiación solar era visible aquí hasta dentro de una semana. Y en una semana ya se hallarían de regreso hacia la tierra.

Se volvió a Krinsky.

—La torre casi está levantada. Volverán con el tractor en cualquier momento. Será mejor que te prepares para hacer tu viaje.

Krinsky asintió.

—Me vestiré, señor.

Mientras el técnico subía por la escalerilla del navío, los pensamientos de Ross volvieron a Curtis. El joven Astrogador había mostrado deseos de ver a Mercurio, durante todo el camino y ahora que estaban allí, Curtis yacía en una litera de espuma dentro de la nave, pidiendo tristemente que le reconociesen su derecho a morir.

Krinsky regresó, vistiendo ahora la masa aislante del traje antitérmico sobre su conjunto «*Standard*» refrigerado. Parecía más un pequeño tanque que un hombre.

—¿Se acerca ya el tractor, señor?

—Ahora miraré.

Ross ajustó la plancha lenticulada a su máscara y contrajo los ojos. Le parecía que la temperatura había subido algo. Otra ilusión, pensó, mientras escudriñaba la distancia.

Sus ojos distinguían a lo lejos la torre del radar y hacia el lado solar. Su boca se abrió, sorprendido.

—¿Ocurre algo, señor?

—¡Diré que sí! —Ross casi entrecerró los ojos del todo y volvió a mirar. Y, sí, la recién alzada torre de radar estaba cayendo pesadamente y comenzaba a fundirse. Vio a dos figuras diminutas, correr locamente por el llano cubierto de cenizas, hacia la masa oblonga y plateada que era el tractor. Y, imposiblemente, el primer resplandor de una inconfundible brillantez comenzaba asomar por las montañas detrás de la torre.

¡El sol estaba saliendo... una semana antes del tiempo previsto!

Ross carraspeó y volvió corriendo al navío, seguido por el tambaleante Krinsky. En la escotilla de aire, manos mecánicas le sacaron de su traje espacial; hizo señal a Krinsky para que permaneciese con su traje calórico y se precipitó al interior de la cabina principal.

—¡Brainerd! ¡Brainerd! ¿Dónde demonios estás?

El Primer Astrogador apareció, turbado.

—Diga, capitán.

—Mira por la pantalla —dijo Ross con voz estrangulada—. ¡Mira la torre de radar!

—¡Se está... *fundiendo*! —exclamó Brainerd asombrado—. Pero eso es... es...

—Lo sé. Es imposible —Ross miró al panel de instrumentos. La temperatura externa había subido a cuarenta y cinco grados... un salto brusco de aumento de calor. Mientras dudaba vio que el termómetro marcaba ya los cuarenta y seis grados.

Se necesitaría un calor por lo menos de novecientos grados para fundir la torre de radar de aquel modo. Ross miró parpadeando la pantalla y vio como el tractor venía tambaleándose hacia ellos: Llewellyn y Falbridge todavía vivían pero probablemente estarían sufriendo de un terrible y calcinante calor ahí fuera.

La temperatura del navío marcaba ya cincuenta grados.

Llegaría a setenta para cuando los dos hombres regresaran.

Furioso, Ross se enfrentó al Astrogador.

—Pensé que ibas a llevarnos en nuestro viaje con plena seguridad —espetó—. Repasa tus cifras de nuevo y descubre donde diablos estamos *realmente*. Luego prepara una órbita para el despegue. El sol está amaneciendo por aquellas colinas.

—Lo sé —contestó Brainerd.

La temperatura llegaba a los 50 grados centígrados. El sistema de refrigeración del navío era capaz de conservar controlado y cómodo el ambiente, hasta una temperatura exterior de 125 grados; más allá de eso corría el peligro de una sobrecarga. El tractor continuaba acercándose; probablemente en aquel vehículo se estaría como en el infierno, pensó.

Su mente sopesaba las alternativas. Si la temperatura externa subía por encima de los 125 grados, correría el riesgo de que se estropeara el sistema refrigerador de la nave esperando que llegaran los dos del tractor. Decidió que les daría un margen para que regresaran de 130 grados y entonces, fuera como fuera, despegaría. Era una locura intentar salvar dos vidas a costa de otras cinco. La temperatura externa marcaba 70 grados. Su progresión de aumento

crecía con inusitada rapidez.

La tripulación del navío sabía lo que estaba pasando ahora y sin órdenes directas de Ross, estaban preparando al *Leverrier* para un despegue cohete de emergencia.

El tractor se acercaba metro a metro. Los dos hombres no estaban ya a más de quince kilómetros de distancia; y a una velocidad media de sesenta y cinco kilómetros por hora, alcanzarían el navío en un cuarto de hora. Fuera el termómetro marcaba 72 grados. Largos dedos de resplandecientes rayos de sol se extendían hacia ellos desde el horizonte.

Brainerd alzó la vista de sus cálculos.

—No puedo lograrlo. Los malditos números no me salen.

—¿Eh?

—Estoy calculando nuestra posición... y no puedo realizar las operaciones aritméticas. ¡Tengo la cabeza espesa!

¡*Vaya con el diablo!*!, pensó Ross. En momentos tales era cuando un capitán justificaba el sueldo que ganaba.

—Apártate —espetó—. Déjame que los haga yo.

Se sentó en el escritorio y empezó a calcular. Vio las apresuradas anotaciones de Brainerd esparcidas por todas partes. Era como si el astrogador hubiera olvidado su oficio.

Veamos ahora. Si estábamos...

Su lápiz volaba por el bloque de notas, mientras trabajaba vio dónde se hallaba la equivocación. Sintió una tenebrosidad en su mente, era extraño; no parecía poder llevar adelante los cálculos. Alzando la vista, dijo:

—Dile a Krinsky que baje ahí y se prepare para ayudar a que esos hombres salgan del tractor cuando lleguen. Probablemente estarán medio asados.

Temperatura, 80 grados centígrados. Contempló el bloque de notas. Maldición, pensó, no puede ser difícil efectuar un cálculo tan simple.

Apareció el doctor Spangler.

—Dejaré libre a Curtis —anunció—. No estaría seguro en aquella litera durante el despegue de emergencia...

De dentro llegó un tranquilo musitar:

—Dejadme morir... sólo dejadme morir...

—Dile que lo más probable es que cumpla su deseo —murmuró

Ross—. Si no puedo calcular una órbita de despegue, todos nosotros moriremos asados aquí mismo.

—¿Cómo es que la calculas tú? ¿Qué pasa con Brainerd?

—Está sofocado. No puede hacer los cálculos. Y pensando en ello, yo también me noto muy raro.

Dedos de niebla parecían estrujar su mente. Miró al dial. Temperatura exterior, 83 grados. Eso daba a los muchachos del tractor un margen de 43 grados para estar de vuelta... ¿o eran 34 grados tan sólo? Estaba confuso hasta el azoramiento más absoluto.

El doctor Spangler también parecía raro. El oficial psiquiatra fruncía el ceño de manera curiosa.

—De pronto he empezado a sentir mucho sueño —declaró Spangler—. Sé que debería realmente volver con Curtís, pero...

El loco estaba alzando la voz en un balbucear monótono. La parte del cerebro de Ross que podía pensar con claridad todavía comprendió que si se dejaba a Curtís sin vigilancia era capaz de hacer cualquier barbaridad.

Temperatura, 85 grados. El tractor parecía más cerca. En el horizonte la torre del radar se estaba convirtiendo en un montón de escorias, singulares en cuanto a su forma derretida.

Se oyó un chirrido.

—¡Es Curtís! —gritó Ross, su mente volvió a la consciencia apresuradamente y de un salto salió detrás del escritorio. Corrió fuera, seguido por Spangler, pero era ya demasiado tarde.

Curtis yacía en el suelo en un sangriento montón de despojos. En alguna parte había hallado un par de grandes tijeras.

Spangler se inclinó sobre el cuerpo.

—Está muerto.

—Claro. Está muerto —repitió Ross como un eco. Su cerebro estaba lúcido por completo ahora; nada más morir Curtís se disipó la niebla que le enturbiaba. Dejando que Spangler atendiera al cadáver en lo que fuera necesario, regresó al escritorio y examinó los cálculos.

Con helada claridad determinó la posición. Habían descendido más de quinientos kilómetros hacia el lado solar de lo que pensaban. Los instrumentos no habían mentido, pero sí los ojos de alguien. La órbita que Brainerd le había asegurado solemnemente que era «segura», en realidad era casi tan mortífera como la que

había calculado Curtis con antelación.

Miró al exterior. El tractor casi llegaba ya; la temperatura era de 90 grados. Había bastante tiempo. Tendrían unos cuantos minutos disponibles, gracias al aviso que les dio la torre de radar al fundirse.

¿Pero por qué había ocurrido? No había respuesta a eso.

Gigantesco dentro de su traje térmico, Krinsky introdujo a bordo a Llewellyn y Falbridge. Se quitaron sus trajes espaciales y balbuceando algo inaudible se desmayaron. Parecían un par de langostas cocidas.

—Postración por el calor —dijo Ross—. Krinsky, llévalas a sus literas de despegue. Dominic, ¿llevas aún tu traje?

El aludido apareció en la entrada de la escotilla de aire y asintió.

—Bien. Baja y mete el tractor en su sitio. No podemos permitirnos el lujo de dejarlo aquí. Date prisa en dejarlo bien sujeto, que nada más termines despegaremos. Brainerd, ¿está lista la nueva órbita?

—Sí, señor.

El termómetro marcaba 100 grados. El sistema de refrigeración empezaba a padecer... pero su agonía iba a durar bien poco. Dentro de unos minutos el *Leverrier* habría despegado de la superficie de Mercurio... con segundos de adelanto a la marcha del sol... y se instalaría en una órbita planetaria temporal.

Así se hizo y mientras permanecía en la órbita, virtualmente conteniendo el aliento, una sola pregunta se alzó en la mente de Ross: ¿por qué? ¿Por qué la órbita de Brainerd les llevó a una zona peligrosa en vez de a la franja segura? ¿Por qué tanto él como Brainerd se vieron incapaces de calcular la partida de emergencia, uno de los cálculos más simples de toda la ciencia de astrogración? ¿Y por qué los sentidos de Spangler le habían fallado por completo... sólo el tiempo suficiente para permitir que el desgraciado de Curtis se suicidase?

Ross podía ver en cada rostro reflejarse la misma pregunta: ¿por qué?

Notó una inquietante comezón en la base del cráneo. Y de pronto una imagen se abrió paso en su mente como respuesta.

Era una gran charca de cinc fundido, yaciendo estremecida entre dos rasgadas crestas de alguna parte del lado solar. Estaba allí desde miles de años atrás; seguiría estando dentro de miles, quizás

millones de años a contar desde ahora.

Su superficie se estremecía. La brillantez del sol sobre la charca era intolerable incluso a los ojos de la mente.

La radiación caía violenta sobre la charca de cinc... la radiación del sol, dura e infinita, y luego una nueva radiación, una emanación electromagnética con una traducción amenazadora:

Quiero morir.

La charca de cinc se agitaba horripilante con súbitos impulsos de desvalimiento.

La visión desapareció con tanta rapidez como se había presentado. Asombrosamente. Estupefacto Ross alzó los ojos dudoso. La expresión de los seis rostros que le rodeaban venía a decirle lo que quería saber.

—Vosotros lo sentisteis igual también —dijo.

Spangler asintió, luego Krinsky y el resto de los hombres.

—Sí —dijo Krinsky—. ¿Qué demonios era?

Brainerd se volvió a Spangler.

—¿Estamos todos locos, doctor?

El oficial psiquiatra se encogió de hombros.

—Alucinación masiva, hipnosis colectiva...

—No, doctor —Ross se inclinó hacia adelante—. Lo sabes tan bien como yo. Esa cosa real; está ahí abajo, fuera, en el lado solar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no fue ninguna alucinación la que tuvimos. Es la *vida*... o lo más cerca de ella a que puede llegar Mercurio —las manos de Ross temblaban, se esforzó en calmarse—. Hemos tropezado con algo muy grande —dijo.

Spangler se agitó intranquilo.

—Harri...

—¡No, no he perdido la razón! ¿No comprendes que esa cosa de ahí abajo, sea lo que sea, es sensible a nuestros pensamientos? Recogió el lúgubre lamentarse de Curtis del mismo modo que el radar capta las ondas electromagnéticas. Los suyos eran los pensamientos más fuertes que aquí se producían; así que actuó sobre ellos e hizo cuanto condenadamente pudo para ayudar a Curtis a realizar su deseo.

—¿Quieres decir que nos nubló nuestras mentes y nos hizo creer que estábamos en zona segura, cuando en realidad nos hallábamos

muy próximos al territorio por donde sale el sol?

—¿Pero por qué se tomó tantas molestias? —objetó Krinsky—. Si quería ayudar a Curtis a matarse, ¿por qué no arregló las cosas para que aterrizáramos en el mismo lado solar? De ese modo nos habríamos asado más rápidamente.

Ross sacudió la cabeza.

—«Eso» sabía que el resto de nosotros no quería morir. La cosa de ahí abajo debe ser un pensador que multi-valora las cosas. Recibió las emanaciones contradictorias de Curtis y de nosotros y arregló las cosas para que él muriera y los demás, no —se estremeció—. Una vez Curtis estuvo fuera del camino, «eso» actuó para ayudar a que los supervivientes tripulantes se pusieran a salvo. Recordaréis todos que nada más morir Curtis actuamos con mayor rapidez que nunca...

—Que me aspen sino es así —dijo Spangler—. Pero.

—Lo que yo quiero saber es: ¿vamos a volver a bajar? —preguntó Krinsky—. Si esa cosa es lo que usted dice, no estoy muy seguro de querer ponerme a su alcance. ¿Quién sabe lo que «nos» podría hacer en esta ocasión?

—Quiere ayudarnos —dijo Ross con terquedad—. No nos es hostil. No tendrás miedo, ¿verdad? Contaba contigo para que salieras y exploraras la cosa con tu traje térmico.

—¡Yo no! —exclamó apresurado Krinsky.

Ross frunció el ceño.

—Pero esta es la primera forma de vida inteligente con que liemos tropezado en el sistema solar. ¡No podemos huir y escondernos! —Se volvió a Brainerd—. Prepara una órbita que nos vuelva a la superficie del planeta de nuevo... y esta vez colócanos donde no vayamos a fundirnos.

—No puedo hacerlo, señor —dijo Brainerd con llaneza—. Creo que la seguridad de la tripulación quedará mejor atendida si regresamos a la Tierra en grupos.

Enfrentándose al grupo, Ross les miró a la cara uno a uno.

Había miedo en los rostros de todos. Supo lo que cada cual estaba pensando: *No quiero volver a Mercurio.*

Seis pensaban así; uno, no. Seis eran ellos; él sólo uno. Y aquella «cosa» servicial allá abajo...

Todos habían superado a Curtís en la proporción de siete contra

uno que poseía un deseo de morir. Ross se daba cuenta de que nunca podría generar bastante fuerza de pensamiento para contrarrestar el miedo que dominaba la mente de los otros seis.

Esto es sedición, pensó, pero en cierto modo no se preocupó de si decía o no su pensamiento en voz alta. Aquel era un caso en el que un oficial superior podía legítimamente ser destituido de su cargo en pro del bien común, y Ross lo sabía.

La criatura de abajo estaba presta a ofrecer sus servicios. Pero, multi-valoradora, como debía ser, sólo había allí una espacionave y uno de los dos —él o el resto de los viajeros espaciales— tendrían que conformarse con ver incumplido su deseo.

Sí, pensó, la charca había de esforzarse en complacer a los dos grupos. Antes complació al hombre que quería morir y a quienes querían seguir con vida. Ahora, seis deseaban volver... ¿acaso iba a ignorar la voz ferviente del séptimo? *¡No te estás portando bien conmigo!*, pensaba Ross con todas sus fuerzas, dirigiendo su abrupto pensamiento hacia el planeta. *¡Quiero verte! ¡Quiero estudiarte! ¡No les dejes que me lleven a la fuerza a la Tierra!*

Cuando el *Leverrier* regresó a la Tierra, una semana más tarde, los seis supervivientes de la Segunda Expedición a Mercurio podían todos explicar con gran lujo de detalles cómo se había apoderado del segundo astrogador Curtis, un invencible deseo de morir que le llevó a suicidarse.

Pero ninguno de ellos pudo recordar qué le había sucedido al comandante de vuelo Ross, ni por qué se habían dejado en Mercurio el único traje térmico de la expedición.